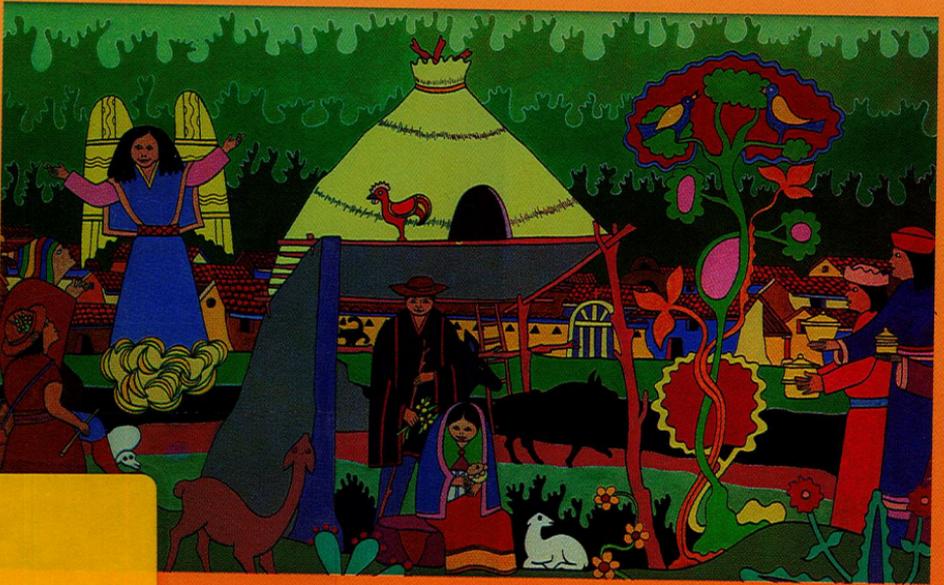


Edificándonos como Pueblo de Dios

Cuaderno 1 / Presentación General
Parte Introductoria: Presupuestos



LP
5

Coordinador del Trabajo y Autor del Libro
Juan E. Scopellaro

Proyecto Eclesiástico de Renovación y Evangelización - PDR/E
Propuesta Pastoral Teoría y Práctica de una experiencia



Edificándonos como Pueblo de Dios

Cuaderno N° 1



CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO

Edificándonos como Pueblo de Dios

*Proyecto Diocesano de Renovación y Evangelización
(PDR/E)*

*Propuesta Pastoral
Teoría y Práctica de una Experiencia*

Juan B. Cappellaro

SERVICIO DE ANIMACIÓN COMUNITARIA
del Movimiento por un Mundo Mejor

COLECCIÓN FORMACIÓN PASTORAL - 7

Con las debidas licencias eclesiásticas.

© Consejo Episcopal Latinoamericano, CELAM
Derechos Reservados
Carrera 5 N° 118-31
Apartado Aéreo 51086
E-mail: celam@celam.org
Tels: (571) 6121620, 6714789
Fax: (571) 6121929
Santa Fe de Bogotá, 1999

© Servicio de Animación Comunitaria
Derechos Reservados
Carrera 6a. N° 35-57
Tel: 2327215 - Fax: 2454812
E-mail: sadacmmm@andinet.com
Santa Fe de Bogotá, D.C. - Colombia

ISBN 958-625-422-4
Edición - Primera, 1999

Diseño Carátula:
Diseño CELAM - Alexis Cerquera Trujillo
Ilustración: «El Nacimiento del Señor» - Chongos Alto - Perú

Diseño y Diagramación:
Doris Andrade B.

Impresión:
LITOCAMARGO LTDA.

Impreso en Colombia - Printed in Colombia

PRESENTACIÓN

Llevar adelante la Nueva Evangelización es el deseo que mueve a los Pastores del Continente, en respuesta al apremiante llamado formulado por el Santo Padre y confirmado en estos días a través de la Exhortación Apostólica *Ecclesia in America* (E.A.). En efecto, evangelizar constituye *la vocación y gozo* de la Iglesia (E.N. 13), un imperativo de la fe y una urgencia de la caridad (cf. E.A. 1).

Pero, como bien dice el Santo Padre, *la Nueva Evangelización requiere de métodos y expresiones renovadas para anunciar a Jesucristo “rostro humano de Dios y rostro divino del hombre”* (E.A. 67.1) y llegar al corazón del hombre y la mujer contemporáneos, así como para involucrar corresponsablemente en esta misión a todos los miembros de la Iglesia.

Esta búsqueda de nuevos métodos movió al Comité Editorial del CELAM a participar en una coedición de la Colección “Edificándonos como Pueblo de Dios”, preparada por el Servicio de Animación Comunitaria del Movimiento por un Mundo Mejor, dentro de nuestra colección *Formación Pastoral*.

No se trata de que el CELAM esté promoviendo sólo este método evangelizador. Sin embargo, como esta experiencia está presente en muchas diócesis, nos

pareció oportuno contribuir con este servicio, con quienes lo están implantando. Con el mismo espíritu estamos abiertos a apoyar otras iniciativas que estén conformes con el sentir de la Iglesia.

+ Jorge Enrique Jiménez Carvajal
Obispo de Zipaquirá - Colombia
Secretario General del CELAM

Santa Fe de Bogotá, 25 de enero de 1999
Fiesta de la Conversión de San Pablo

ESQUEMA GENERAL

Parte introductoria: Presupuestos

Primera parte: La situación

Sección primera: Planteamiento del problema

Sección segunda: Método para definir el modelo de situación

Segunda parte: Modelo prospectivo

Introducción

Sección primera: Algunos principios teológico-espirituales

Sección segunda: Aspectos pastorales y metodológicos

Sección tercera: Espacios de integración de las diversidades (la comunidad en sus diversos niveles)

Sección cuarta: Espacios de expresión de las diversidades (dones, carismas y ministerios)

Sección quinta: Dinamismo orgánico y unitario de la Iglesia local

Sección sexta: La unidad y sus ministerios

Sección séptima: Fin y objetivo último

Tercera parte: Método para definir el modelo de diagnóstico

Cuarta parte: Modelo operacional

Sección primera: Plan global

Sección segunda: Planificación pastoral

Sección tercera: El método de planificación

Epílogo: Iglesia Testigo

“La Pastoral de Conjunto... exige:

- una renovación personal, y
- una acción pastoral debidamente planificada de acuerdo con el proceso de desarrollo de América Latina.

La renovación personal implica un proceso de continua mentalización y “aggiornamento”...

Una acción pastoral planificada exige:

- estudio de realidad del ambiente
- reflexión teológica sobre la realidad
- elaboración del plan pastoral
- evaluación de las realizaciones” (Medellín, 15, 34).

“La Nueva Evangelización exige una renovada espiritualidad que, iluminada por la fe que se proclama, anime, con la sabiduría de Dios, la auténtica promoción humana y sea el fermento de una cultura cristiana” (Sto. Dom. 45).

Cuaderno N° 1

Presentación General

Parte Introductoria

Presupuestos

PRESENTACIÓN

Esta obra es fruto de veinticinco años de experiencias y de reflexiones en las que intervinieron centenares de personas de diversos países de los cinco continentes y de las más diversas culturas con el único fin de dar respuesta a dos exigencias fundamentales de nuestro tiempo:

- Cómo traducir en estilo de vida y de acción, la visión de Iglesia que nos ha ofrecido el Concilio Vaticano II.
- Cómo evangelizar a los cristianos que se sienten al margen de la Iglesia y de modo que se evangelice la misma Iglesia.

Este fue el desafío inicial al que, de alguna manera, se ha dado una respuesta que hoy se expresa en cientos de parroquias y más de 60 diócesis que en los diversos continentes están realizando este proyecto concebido no como una respuesta-receta sino como punto de referencia en aquello que es común en la Iglesia universal. Para su aplicación en un lugar se ofrece el método que ha de expresar la originalidad de cada Iglesia local.

Sentido de esta obra

A primera vista y para algunos lectores, esta obra puede parecer una especie de tratado de práctica pastoral, y en un sentido lo es, pero, en realidad, se trata de una “espiri-

tualidad pastoral” que se engloba, a su vez, en una espiritualidad más amplia y que llamamos de “comunión”.

Una “espiritualidad pastoral”. Lo que aquí se ofrece no es una simple guía de práctica pastoral sino que se mira al espíritu del “pastor”, del “buen pastor” que, puesto en acción en las condiciones del mundo y de la Iglesia de hoy, produce un determinado “camino pastoral” de evangelización, global y misionera. A partir del evangelio, no se puede hablar de la acción pastoral sin referirnos a las actitudes del pastor, que constituyen el alma de la acción. Si queremos superar el activismo y el dualismo existente entre acción pastoral y espiritualidad, es necesario reencontrarnos en una espiritualidad que dé sentido y armonía a cuanto la Iglesia trata de hacer en razón de su misma naturaleza.

Precisamente aquí, en la naturaleza de la Iglesia, se encuentra el núcleo mismo de una espiritualidad que no es simplemente la espiritualidad de la acción pastoral, sino la espiritualidad de la Iglesia misma: su naturaleza de “comunión”. Comunión que, en cuanto misterio constitutivo, es su razón de ser en la historia, es y debe ser su visibilidad sacramental de signo e instrumento y, por lo mismo, es y debe ser el sentido último de toda su acción pastoral.

Así llegamos al sentido y significado de esta obra: la **espiritualidad de comunión** que funda y genera un determinado camino pastoral y una acción pastoral que, a su vez, sirve y edifica la comunión eclesial en grados cada vez más intensos y más amplios de unidad. Espiritualidad de comunión que involucra e integra toda la vida de la Iglesia —personas, grupos e instituciones, carismas y ministerios— en una experiencia fundamental: la de la “vida en el Espíritu”. Espíritu que es compartido por el pueblo de Dios y que es como el alma del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia.

Espíritu que es uno y único y que se expresa en la multiplicidad de sus dones. Espíritu que, por lo mismo, hace la comunión de todos los creyentes en Cristo y, mediante sus dones, los pone a todos al servicio los unos de los otros y al servicio de la misión de la Iglesia en el mundo. Por esto, la espiritualidad pastoral está incluida en la espiritualidad de comunión que es su origen y su fin.

Sin embargo esto no quiere decir que la presente obra sea un tratado de la espiritualidad de comunión, cosa que, por otra parte, este Servicio de Animación Comunitaria está tratando de elaborar, sino que se trata de una propuesta de *pastoral de comunión*, expresión y servicio a esa “comunión” que es la misma Iglesia. Esta, por otra parte, no es fin de sí misma sino que está al servicio de la expansión del reino de Dios y de sus exigencias, es decir, al servicio de la comunión de la humanidad con Dios, por Cristo y en el Espíritu.

Por ello, y al mismo tiempo, es una propuesta de *evangelización*, que mediante un plan diocesano de pastoral de conjunto, pone a todos los bautizados y personas de buena voluntad, desde el comienzo, en condiciones de hacer un camino de conversión permanente al Evangelio o proceso de educación en la fe como pueblo de Dios. Plan que canaliza el conjunto de las acciones que la Iglesia debe realizar en los diversos campos o áreas del quehacer pastoral como servicio a la evangelización, mientras ella misma se va evangelizando.

Comunión y evangelización son las dos caras de este Proyecto y no son otra cosa que la misma naturaleza de la Iglesia en su razón de ser y en su misión, puesta en acción. A esto se refiere el título de esta obra: *Edificándonos como pueblo de Dios*. Con él se ha querido sintetizar lo que San Pablo nos dice en su carta a los Efesios:

ya no sois extraños ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios, edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, siendo la piedra angular Cristo mismo, en quien toda edificación bien trabada se eleva hasta formar un templo santo en el Señor, en quien también vosotros estáis siendo juntamente edificados, hasta ser morada de Dios en el Espíritu (Ef 2,19-22).

Qué se ofrece

Lo que se ofrece, por tanto, no es un tratado de pastoral en el sentido de una doctrina pastoral ni es, la narración de una o más experiencias, sino el fruto de una búsqueda de síntesis entre la teoría y la práctica, entre la espiritualidad y la acción pastoral, entre éstas y los métodos técnicos, adecuados y coherentes. Por lo mismo, se trata de una *propuesta pastoral*, madurada en la relación dialéctica entre reflexión doctrinal y práctica pastoral.

Se trata, además, de un *Manual*, es decir, del conjunto de elementos teórico-prácticos que un agente de pastoral necesita para realizar el Proyecto que se ofrece. Elementos doctrinales, espirituales, pastorales y metodológicos que fundamentan y explicitan la propuesta tanto en su proyecto ideal como en su proyecto operativo. Además, y en orden a la aplicación del mismo en contextos diversos, se ofrecen todos los elementos metodológicos para convertir la propuesta en *un plan pastoral* de una determinada diócesis.

El carácter de Manual de la presente obra constituye su límite y su valor. El límite, porque no es de fácil lectura como podría haber sido la narración detallada de una o varias experiencias o la simple presentación del proyecto para su comprensión, más o menos profunda. Por tratarse de un

Manual son necesarios todos los elementos metodológicos que, de por sí, requieren un lenguaje abstracto. También se requieren una serie de indicaciones prácticas que no siempre facilitan su lectura. La necesidad de explicitar mínimamente los fundamentos doctrinales y espirituales de las diversas partes ha producido un texto más amplio de lo previsto. Por otro lado, la publicación en cuadernos, ha obligado a algunas repeticiones que parecieron necesarias, además de otras que sin duda se han impuesto por la misma estructura del texto. Por último, el carácter no académico del texto sino de “manual para la práctica” ha permitido referirse genéricamente al aparato bibliográfico y de documentación que sustenta esta obra y que, para algunos, aparecerá ciertamente como un límite.

Al mismo tiempo, el valor de este “manual” consiste, precisamente, en que en él se encuentran, por una parte, los fundamentos doctrinales, espirituales, pastorales y metodológicos indispensables para la comprensión de la propuesta, y por otra, se ofrece el fruto de las experiencias y su elaboración teórica así como el conjunto de las indicaciones y de los elementos metodológicos necesarios para adaptar, completar y realizar en forma autónoma la misma Propuesta.

Además, con anterioridad se han publicado otros libros relacionados con el mismo Proyecto, aunque a nivel de propuesta parroquial. Esperamos hacer otras publicaciones más simples para presentar y difundir en forma más amplia el PDR/E y otras en las que se narren las experiencias y se presenten otros aspectos específicos siempre relacionados con esta Propuesta global.

Destinatarios

Son los agentes de pastoral. Los Obispos y Presbíteros en primer lugar. Son ellos los que han recibido el sacramento y ministerio del orden al servicio de la unidad. Son ellos los que en virtud del sacramento han recibido el ministerio de convocar, presidir y coordinar al pueblo de Dios en el cumplimiento de la común misión de dilatar el reino de Dios. Son ellos los llamados a identificarse con la espiritualidad de comunión para ser instrumentos de la misma al servicio de todo el pueblo de Dios. También se ofrece a los diáconos permanentes que participan del mismo ministerio apostólico y a los demás agentes de pastoral que de diversas maneras y grados participan de los diversos ministerios confiados a los laicos. A todos ellos que, con el esfuerzo de cada día, tratan de servir a Cristo en su cuerpo que es la Iglesia.

A decir verdad, dos fueron desde el comienzo los destinatarios de esta obra: los pobres y los agentes de pastoral. Los pobres que, en la Iglesia, son las mayorías bautizadas que, además de ser generalmente pobres materialmente, permanecen marginadas de la vida eclesial, carentes de evangelización, aunque se les tenga singularmente en cuenta en sus múltiples necesidades materiales y se les ayude de mil maneras. Los agentes de pastoral, especialmente los Obispos y presbíteros que, en los profundos cambios vividos por el mundo y por la misma Iglesia se encuentran muchas veces desorientados, desilusionados, dispersos, como impotentes ante una realidad que se les escapa de las manos. Y esto no por falta de orientación doctrinal, que abunda, sino por falta de una orientación pastoral clara y coherente con esa doctrina. En realidad, desde el comienzo de esta aventura pastoral, fueron ellos los destinatarios de las preocupaciones y de los esfuerzos por aclarar, pro-

bar, intentar, experimentar, hasta madurar la propuesta que ahora se les ofrece.

Agradecimiento y dedicación

Al presentar esta obra no puedo dejar de agradecer a los centenares de personas que, directa o indirectamente, la han hecho posible: Obispos, Párrocos, Vicarios de la Acción Pastoral, Expertos en eclesiología, en sociología, en psicología, y más en general a muchos presbíteros, religiosos, religiosas y laicos. Por lo mismo, me excuso de nombrarlas, aunque algunas merecerían un gracias muy especial.

También un gracias muy particular a todos los miembros del Servicio de Animación Comunitaria que han promovido las diversas experiencias en los diversos países y continentes. Algunas de ellas han sido decisivas no sólo en la clarificación y formulación del presente proyecto sino también en compartir en la fraternidad de la fe, los innumerables esfuerzos y sacrificios que se han vivido a causa de reacciones negativas en cierta medida inevitables ante toda innovación. Gracias a Dios y a esas experiencias nunca faltó la esperanza y con ella el ánimo y la constancia para llevar a término lo que juntos creímos ser un servicio válido a la Iglesia.

Sin embargo, hay dos personas a quienes quiero dedicar esta obra porque en ellas se han polarizado los esfuerzos de toda la Iglesia por reexpresarse en términos de comunión y de evangelización: S.S. Pablo VI, el Papa de la *Lumen Gentium* y de la *Evangelii Nuntiandi* y S.S. Juan Pablo II, el Papa que ha proclamado insistentemente a todas las Iglesias del mundo la necesidad de una evangelización “nueva en su ardor, en sus formas y en sus métodos”. Todo el es-

fuerzo que esta propuesta y su realización implica, se puede resumir en la voluntad de servir a que la Iglesia traduzca en estilo de vida y de acción cuanto proclama en su magisterio universal y local. Esto es lo que sincera y humildemente creemos.

Dios quiera que así como Él ha hecho posible la realización de tantas experiencias y la elaboración de este Manual que las expresa, también haga posible que esta Propuesta pastoral se difunda y llegue a ser propiedad y vida de la Iglesia. En definitiva, es el amor a Cristo en su Iglesia el que originó este esfuerzo y con el mismo amor es a la Iglesia a quien se le ofrece, en la esperanza de servir a Cristo, para alabanza del Padre.

INTRODUCCIÓN

Esta primera parte se justifica por su título. Los “presupuestos” no constituyen el “proyecto o propuesta” pastoral que se presenta más adelante, pero sin ellos no es posible comprenderlo ni situarlo en el contexto de la historia y de la Iglesia de hoy.

Se parte de la historia en la que se ha ido elaborando y experimentando la propuesta y a la que continuamente se hará referencia (capítulo 1). Es así como los lectores se encontrarán con las múltiples preguntas que la situación actual plantea aún hoy a la pastoral. A ellas se ha tratado de dar una respuesta que, si no es la mejor ni la ideal, es sin duda, fruto de una sincera voluntad de investigación y de práctica pastoral, coherente con los “signos de los tiempos” y con las orientaciones del magisterio actual de la Iglesia.

Para que ello quede más en evidencia se afrontan dos temas relacionados con la historia: los desafíos que plantea el mundo a la Iglesia y las condiciones para que ésta pueda responder a ellos, cuya base son la espiritualidad de comunión y las opciones para darle forma histórica de acuerdo con el nuevo paradigma que ella significa y que nos ha ofrecido el Vaticano II (capítulos 2 y 3).

Los cuatro capítulos que siguen (4-5-6-7) están orientados a dar los elementos esenciales de esa espiritualidad de comunión que es constitutiva del ser de la Iglesia, a ver

sintéticamente sus características, a poner en evidencia algunos de los aspectos relativos a la originalidad y novedad de esta espiritualidad y a descubrir la ascesis comunitaria correspondiente y cómo un plan pastoral es parte indispensable de la misma. Así, se llega a la conclusión de que un plan pastoral, en su elaboración y aplicación, es parte de una espiritualidad: la de la Iglesia.

Se presentan, después, los diversos componentes de la pastoral: su definición y sus características, a partir de las experiencias y de la reflexión sobre las mismas (capítulo 8); para, a su vez, tomar en consideración el documento “Directorio Pastoral de los Obispos” que dedica dos capítulos a la pastoral de conjunto y su planificación (capítulo 9).

Se entra así en los últimos capítulos de esta parte (10,11,12) en los que se explica el concepto de “plan pastoral” a fin de superar, en cuanto es posible, un lenguaje equívoco, cosa que de hecho crea no pocas confusiones. Además, parece oportuno recordar los múltiples motivos que justifican y, en cierta medida, exigen la planificación pastoral por parte de la Iglesia. Finalmente, se presentan las diversas características de la “propuesta” que se ofrece.

Así, con la presente parte introductoria, se quiere responder a algunas de las innumerables preguntas y dificultades más comunes que los agentes de pastoral se hacen a propósito de un plan pastoral y que de hecho se pueden hacer ante el proyecto-propuesta que se les ofrece. Por ello, esta primera parte quiere ubicar desde distintas perspectivas a los agentes de pastoral ante el proyecto que se presenta, para ayudarles a entrar en la síntesis que todo plan conlleva.

Algo de historia del proyecto y su aplicación

1. Antecedentes remotos

**2. Antecedentes próximos:
el Proyecto de Renovación Parroquial**

**3. El Proyecto Diocesano de Renovación/Evangelización
(PDR/E)**

4. Algunos frutos de las primeras experiencias

Como ya se dijo en la presentación, el proyecto-propuesta que se presenta tiene una larga historia de búsqueda y de experiencia. Historia que ahora se ofrece para una mejor comprensión del mismo, así como los principales interrogantes que ha generado y que la Iglesia continúa haciéndose hoy en el campo pastoral.

Todo ha surgido de dos preocupaciones constantes. La primera: cómo traducir en la práctica pastoral, en un modelo histórico de Iglesia, la doctrina eclesiológica del Concilio Vaticano II y la renovación/conversión que esa doctrina implica. La segunda: cómo llegar y evangelizar a los cristianos marginales, a los así llamados “alejados”, y a las personas de buena voluntad. En estas dos direcciones se puede condensar la historia de la búsqueda que este *Grupo promotor o servicio de animación comunitaria* ha realizado en los últimos veinticinco años y que aún está realizando.

Sin embargo, la razón última de esta preocupación pastoral ha sido la convicción de que mientras la Iglesia no se presente al mundo como testigo de la unidad no tendrá la eficacia apostólica que Cristo quiere (cfr. LG 1). Jesús nos ha dicho que el mundo creerá en él a condición de que el conjunto de la Iglesia revele la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu (Jn 17, 20ss). Esta es la conversión que la Iglesia necesita y la convicción que ha motivado permanentemente el proceso de búsqueda, de elaboración y de ejecución del presente proyecto.

1. Antecedentes remotos

Punto de partida son las “Ejercitaciones por un Mundo Mejor” o retiro de espiritualidad comunitaria y las múltiples orientaciones y propuestas pastorales tanto del P. Lombardi S.J. como del naciente Grupo Promotor del Movimiento por un Mundo Mejor (1956).

De hecho, el Grupo entonces presente en el Brasil, teniendo en cuenta la magnitud de las parroquias y la cantidad de poblaciones rurales que no podían contar con la presencia de sacerdotes, elaboró un plan de renovación de las parroquias proponiendo las *Comunidades Eclesiales de Base* (CEB) como un medio de descentralización de las mismas y de evangelización del pueblo. Este plan, propuesto en el año 1960, fue asumido, luego, por el Episcopado del Brasil (1964) y de allí se extendió a la Iglesia universal.

En el mismo período, el Canónigo Boulard, difundió en muchos países la visión de “la pastoral de conjunto” como una respuesta a las nuevas exigencias de los tiempos y entendida como la coordinación orgánica de cuanto hacía y debía hacer la acción pastoral de la Iglesia.

Hacia los años 1967-1970, el Grupo que hoy llamamos “Servicio de Animación Comunitaria”, primero en Argentina y luego en la Sede Internacional en Roma, al mismo tiempo que promovía las CEB, se hacía una serie de preguntas a partir de las experiencias existentes: ¿quiénes y cuántos miembros las componen? ¿cómo concebirlas y distinguirlas de una serie de grupos relativamente pequeños que existían ya en muchos sitios? ¿las CEB son tales desde el comienzo o deben realizar un itinerario de educación en la fe?... en este caso ¿cuál? ¿se deben promover una por una o al mismo tiempo como expresión del pueblo cristiano? En

cualquier caso ¿cómo acompañarlas y coordinarlas entre sí?, ¿cómo coordinarlas con las otras realidades parroquiales?, ¿qué hacer con el resto de bautizados que no participan en estas comunidades?, ¿cómo evangelizar al pueblo como tal? ¿Qué tipo de ministerios necesitan y cómo se suscitan y forman? Las respuestas a estas y otras preguntas y la conciencia creciente de la necesidad de una pastoral de conjunto hicieron intuir la necesidad de una nueva imagen de parroquia, entendida, en un primer momento, como comunión de comunidades.

Entre tanto, se había realizado el Concilio Vaticano II (1965) y la Iglesia se encontraba empeñada en difundir las enseñanzas conciliares y en aplicar lo decidido. Se multiplicaron los encuentros tanto de reflexión teológica como de aplicación pastoral y de renovación estructural. El Grupo, por su parte, convencido de que no bastaba la reflexión teológica ni la sola aplicación práctica del Concilio, sino de que era necesaria la conversión de la mente y del corazón de quienes debían aplicarlo, se preguntó cómo servir a esa conversión de modo que llegue a todos, cómo hacer que el Concilio pase a ser vida de la Iglesia, se convierta en su estilo de vida. Pregunta que rápidamente se convirtió en otra: cómo evangelizar a las mayorías bautizadas que, cada vez más, se sentían al margen de la Iglesia. Preguntas que, en definitiva, se reducían a una sola: cuál es el tipo de Iglesia que se debía edificar en este momento de la historia, en coherencia con el Concilio y como fruto de la evangelización.

En el Cenáculo (Asamblea General) de 1972, el Grupo se preguntó cuál era el camino más eficaz para promover la renovación-conversión de la Iglesia como tal. Se llegó a la conclusión de que la palabra más eficaz para ello era la de los “modelos” o “experiencias tipo”, es decir, experiencias que por sí mismas probaran la posibilidad real de vivir y de

poner en práctica la visión conciliar de la Iglesia y pusieran en evidencia la conversión-renovación que esa visión implica.

2. Antecedentes próximos: el Proyecto de Renovación Parroquial

Para dar respuesta a esas intuiciones iniciales, se concentraron los esfuerzos en dos líneas complementarias: una de reflexión-investigación doctrinal sobre temas de actualidad y otra de experiencias “tipo” a nivel parroquial.

Las investigaciones

En este ámbito y con la aplicación y adaptación del sistema interuniversitario de “investigación científica”, en el año 1969, se inició el estudio sobre los “signos de los tiempos”, con la participación de algunos Grupos nacionales del MMM. Luego, con participación creciente, los otros Grupos se fueron agregando a los otros estudios sobre: Diálogo (1970), Secularización (1971), Liberación (1972), Discernimiento (1974), Mundo y Reino de Dios (1975/6). Hacia qué imagen de Iglesia (1977/8), Participación (1980/1), La justicia, cuyo fruto es la paz (1984/5) y nuevamente sobre “los signos de los tiempos” (1993/4). Estos estudios contaron con la contribución de expertos (teólogos, biblistas, psicólogos, sociólogos...) de los países de pertenencia de los Grupos nacionales, además de recoger bibliografía y documentación oficial de la Iglesia y de otras instituciones.

Fruto de estos estudios ha sido una primera convicción pastoral: toda renovación de la Iglesia es eficaz en la medida en que integra a todo el pueblo de bautizados con sus líderes en un proceso orgánico de concientización. No basta la

renovación de los agentes de pastoral. Es necesaria una pastoral de conjunto, global (todos y todo) y planificada. Sólo así la acción pastoral podía ser realmente una nueva evangelización-transformación de la cultura y de las culturas. De aquí la segunda convicción: la necesidad fundamental y consecuente de crear estructuras orgánicas de comunicación y participación de modo que todos los bautizados y personas de buena voluntad se sientan y sean realmente protagonistas del cambio, al menos en alguna medida.

Algunos de estos estudios, además, se han expresado en diversos cursos o retiros espirituales comunitarios, que de hecho sirven de soporte y de animación de los procesos que se han desencadenado con los proyectos de renovación parroquial y diocesana.

Las experiencias

Entre diciembre de 1970 y enero de 1971 se inició la primera experiencia de renovación parroquial en el “Vajont” (Pordenone, Italia), una parroquia relativamente pequeña y al mismo tiempo sumamente compleja, hasta aparecer como un microcosmos de la problemática actual. En 1972/74 se realizan una serie de encuentros-taller, de 15 días de duración, a nivel internacional, aplicando el método “Prospectivo” con el fin de ir elaborando el proyecto en su forma teórica. Luego en 1973/4, comienza una segunda experiencia en Arzachena (Sassari, Italia), unida a la problemática del turismo, y otra tercera en Stuttgart (Alemania) con los inmigrantes italianos.

Estas primeras experiencias unidas al método de planificación permitieron superar la imagen de la parroquia concebida sólo como “comunidad de comunidades” para pasar a la de “un pueblo en comunión de comunidades”. No se trataba

ya, como en el pasado, de que el pueblo continuara siendo el destinatario del apostolado del clero y de los comprometidos, sino de que el conjunto de los bautizados –pueblo y clero– fuera al mismo tiempo sujeto y destinatario de la acción pastoral, cada uno según sus dones, carismas y ministerios. Entonces, el plan apareció como un instrumento apto para que el conjunto de los bautizados y personas de buena voluntad se edificaran mutuamente como pueblo de Dios.

Además y unido a ello se clarificó un punto determinante: la evangelización no constituye un área o campo de acción pastoral específico sino que atraviesa toda la acción de la Iglesia cualquiera sea el campo específico de la misma. Toda acción debe ser evangelizadora. Por lo mismo se comenzaron a clarificar con mayor precisión los diversos niveles o campos de la acción pastoral, de acuerdo con la finalidad de cada uno de ellos. Se definieron las diversas categorías de acción para distinguir y coordinar el desarrollo de la acción. Así se pasó de las categorías teológicas de definición de la Iglesia a categorías operativas de acción orgánica.

En 1977, en Lima (Perú), durante dos meses de reflexión y de capacitación de los responsables de los Grupos de América Latina, se rediscutieron los diversos niveles o campos de acción pastoral, se reflexionó sobre el itinerario básico de la evangelización de la cultura y se diseñó la articulación del proceso del conjunto de la acción pastoral en relación con ese itinerario. Así se tuvo un primer esbozo orgánico del “proyecto-propuesta” de un modelo de Iglesia, a nivel parroquial, en sus diversas partes: planteamiento del problema, esbozo del modelo ideal, guía para el análisis y el diagnóstico y el proceso tipo de transformación del presente en el ideal deseado y querido.

Posteriormente, se inicia la difusión y, al mismo tiempo, la expresión teórica del Proyecto. Surge la primera experiencia en AL (Parroquia SS. Apóstoles, Chorrillos, Lima) y los Agentes de pastoral de la diócesis de Chulucanas (Perú) deciden iniciar en todas las parroquias el Proyecto de Renovación Parroquial (1977). En 1978 se hace un encuentro de capacitación con los Grupos de Europa Occidental y se inician las experiencias en esta Area. Más tarde lo harán todos los Grupos del MMM. En 1978 se publica el primer libro “Comunión de Comunidades; Parroquia 1990” (en italiano y en español). En 1981 se edita en distintas lenguas el libro: “De masa a pueblo de Dios”, que de hecho es el manual de base para la comprensión y puesta en acción del Proyecto de Renovación Parroquial.

Como complemento de este Proyecto-Propuesta global, entre 1982 y 1985, se elaboraron y se publicaron en Italia los Proyectos de pastoral Juvenil (*Gioventù, voce profetica*, 1985) y de pastoral Familiar (*Quale famiglia per quale mondo*, 1987). Además, se hizo un esbozo de proyecto sobre los ministerios y se hizo una guía más acabada del análisis y diagnóstico y del método de planificación parroquial. En 1991, se publicó el primer volumen de las Guías para los Grupos familiares (*Alla ricerca di senso*) y en 1994 el segundo.

Actualmente existen experiencias de Renovación Parroquial en los cinco continentes.

3. El Proyecto Diocesano de Renovación/ Evangelización (PDR/E)

Este proyecto no es más que la consecuente y lógica ampliación y aplicación del Proyecto de Renovación Parroquial a todas las realidades existentes a nivel diocesano: perso-

nas, grupos e instituciones. Supone el consenso y la cooperación orgánica de todos los agentes de pastoral –presbíteros, religiosos, religiosas y laicos comprometidos– y exige la coordinación dinámica de toda la acción pastoral que se desarrolla a nivel parroquial, de decanato (o arciprestazgo o Vicaría Foránea) y diocesano y de todos los campos en que esa acción se desarrolla: liturgia, catequesis, caridad, jóvenes, familia, sectores varios, multitudes, agentes, estructuras de propuesta, de decisión, de conducción y de actuación orgánica, etc.

En Agrigento en 1983 (Italia) y en Glasgow en 1985 (Escocia), después de algún esfuerzo inicial poco claro, se hace el primer análisis y diagnóstico de la diócesis, se definen los niveles de planificación, se decide el primer plan de conjunto y se inicia su aplicación. Pero, los límites de estas dos primeras experiencias pusieron en evidencia la necesidad de crear un proceso pedagógico o una estrategia pastoral “previa” para que los agentes de pastoral puedan madurar poco a poco el “consenso” necesario para iniciar un plan pastoral, global y progresivo. Los agentes de pastoral necesitan sentirse protagonistas del plan no sólo en el sentido de decidirlo sino también de participar, en alguna medida, en su elaboración. Esta carencia inicial, aunque no faltó una propuesta-aceptación inicial, creó en algunos agentes una reacción contraria que se ha arrastrado hasta hoy sin poder superarla a pesar de las múltiples explicaciones que se han dado.

Entre tanto en Colombia, al igual que en Chulucanas (Perú), el clero de la diócesis de Socorro y San Gil, en 1980, decide iniciar en todas las parroquias la puesta en marcha del Proyecto de Renovación Parroquial. Más tarde iniciarán la misma experiencia en la Arquidiócesis de Tunja. Lo mismo acontece en Papua Nueva Guinea, donde siete diócesis deciden

iniciar el Proyecto de Renovación Parroquial en todas sus parroquias (1980/1985). Son diócesis en las que los agentes de pastoral deciden un objetivo estratégico común o diocesano: realizar el Proyecto de Renovación Parroquial en todas las parroquias. Pero esto no significa tener un plan diocesano de pastoral: no quedan involucrados los organismos e instituciones diocesanos ni las parroquias avanzan a un mismo ritmo ni quedan involucrados los movimientos, grupos y asociaciones apostólicas a nivel diocesano.

Estas experiencias, incluida la de Chulucanas, con todos los esfuerzos que ello implicaba, crearon las condiciones iniciales y obligaron a profundizar el tema de la planificación diocesana. Además de otras reflexiones menores, en 1985 se realiza un encuentro de quince días, en Funza (Colombia) –con la participación de doce personas: algunos Vicarios Episcopales para la Acción pastoral y otros miembros del Grupo de Colombia, de Méjico y del Centro Internacional– sobre la estrategia para comenzar la puesta en marcha del proyecto y sobre el organigrama “tipo” de la diócesis. Estas reflexiones constituyeron la clave para pasar del nivel parroquial al diocesano. De esta reflexión, completada posteriormente con los Equipos Diocesanos de Animación Pastoral de otras diócesis, surgieron: el Proyecto de Espiritualidad Diocesana o plan de la etapa previa al Proyecto de Renovación Diocesano y el esbozo de la organización diocesana. Se aclararon, así, tanto los criterios básicos de la organización participativa como el lugar de los presbíteros, de los laicos, de los religiosos, de los movimientos, asociaciones y grupos apostólicos en el organigrama de la Iglesia local. La diócesis de Ipiales (Colombia) inicia la aplicación del Proyecto de Espiritualidad Diocesana o etapa previa.

En 1986/88, se elabora un primer texto multicopiado de “Notas para el Proyecto de Renovación Diocesano”, en el que

se incluían un conjunto de premisas necesarias para la comprensión de un plan de pastoral de conjunto, el planteamiento del problema y una exposición larga y detallada del Proyecto ideal. En 1987, la Dirección General del GP organiza el primer encuentro de experiencias, en el que participaron las diócesis de: Glasgow, Agrigento, San Gil, Tunja e Ipiales. El encuentro, además del intercambio de experiencias, sirve para la profundización del Proyecto.

En 1988, se encuentra en Facatativá (Colombia) un grupo similar al precedente de Funza que estudia y verifica el texto antes dicho. El año siguiente, en 1989, se inicia la planificación anual en cada diócesis: en San Gil, Tunja e Ipiales. Siempre en 1989, se clarifica el modo de distinguir el nivel diocesano del parroquial. En 1990, en Chulucanas se elabora un plan-puente para pasar de la planificación parroquial a la de la diócesis. Además, se pasa de la planificación anual a la trienal, distinguiendo claramente entre planificación y programación. En todas las diócesis el plan diocesano se elabora para tres años, correspondientes a la duración de cada fase del proceso, dejándose a las parroquias y a los diversos organismos diocesanos la programación anual.

En este mismo año, 1990, se realiza en Colombia el primer curso de mes a nivel Latinoamericano para capacitar a los Equipos Diocesanos de Animación Pastoral para la conducción y difusión del proyecto. También se hacen cursos de una semana para la presentación de la propuesta a los Sres. Obispos y otro sobre los “presupuestos” que fundamentan el proyecto.

A partir de la reflexión antes dicha y de las primeras experiencias, ya en 1989 se definió el Proyecto de Espiritualidad Diocesana o Etapa Previa al Proyecto Diocesano de Renovación/Evangelización. Con ello parece que hemos acla-

rado el punto de partida: cómo poner a los agentes de pastoral en condiciones de elaborar el propio plan diocesano. Esta etapa previa consiste, como luego explicaremos en detalle, en un proceso de espiritualidad y metodológico que se ofrece a las diócesis para que sus agentes de pastoral definan un plan global, coherente con el Magisterio de la Iglesia a partir del Concilio Vaticano II. Se ofrece, además, nuestra experiencia y los materiales que hemos ido elaborando en las diversas experiencias.

La experiencia nos enseñó a enfocar y englobar toda la acción pastoral en el marco de la espiritualidad de comunión, fundamento además de todo el proyecto. Para ello se iniciaron cursos de tres meses, que ahora se han reducido a mes y medio en los que se hace una lectura de los signos de los tiempos, se profundizan las actitudes de comunión y se capacita para la conducción del Proyecto. Destinatarios son los Agentes de pastoral, especialmente los Equipos Diocesanos de Animación Pastoral. Entre otras actividades de apoyo cabe destacar el curso-retiro para señores Obispos y Vicarios Episcopales para la Acción Pastoral sobre “Eucaristía, Proyecto de Renovación Diocesano e Imagen del Obispo”.

A partir del 1989, hemos iniciado la difusión del Proyecto, tanto en Europa como en América Latina y se han capacitado seis Equipos para la difusión del mismo: dos en América Latina (1989 y 1992), dos en lengua inglesa (1992 y 1993), uno en lengua francesa (1993), otro en lengua italiana (1989-1993). Se ha iniciado la capacitación de otros Equipos tanto en África como próximamente en Asia.

En 1992, después de años de reflexión, de experiencia parroquial y diocesana, se ha podido editar el libro: “Planificación Pastoral, Método Prospectivo”. En 1993, a su vez,

se publica, en español, el libro “Servir al pueblo desde la diócesis” o manual de la organización diocesana. Con ello, más una gran cantidad de material de todo tipo, se puede hoy animar y acompañar con suficiente seriedad y serenidad las nuevas experiencias.

Para abril de 1998, después de sólo ocho años, ya existen aproximadamente 80 diócesis que lo ponen en práctica, teniendo en cuenta las ya iniciadas y las que están iniciando: 55 en América Latina (Argentina, Colombia, Ecuador, Méjico, Puerto Rico, Perú, Venezuela), 7 en Europa (Escocia e Italia), 14 en África (Burkina Faso, Congo-Zaire, Camerún, Costa de Marfil, Tchad) y 5 en Oceanía (Papua Nueva Guinea, Islas Salomón).

4. Algunos frutos de las primeras experiencias

De las experiencias actuales la que va más adelantada es la de la diócesis de Chulucanas. Algunos datos pueden decirnos algo de dicha experiencia. Con 428.021 habitantes, parte en las montañas de los Andes y parte en el desierto que da al mar; con el 96% de católicos, 16 parroquias, 27 sacerdotes y 50 religiosas; con parroquias que además del centro parroquial tienen entre 50 y 182 caseríos y a los que se llega sólo en mula, y eso en los 6 meses en que no llueve, se ha logrado:

- 1.141 zonas pastorales que funcionan como si fueran parroquias: con Coordinadores, Asamblea, Grupos Familiares o pequeñas comunidades, Equipos de catequesis, de liturgia dominical y festiva, de ayuda fraterna, de administración...; otras zonas están en formación;

- más de 22.000 laicos comprometidos: 1.115 coordinadores de zonas, 1.167 responsables de la red de mensajeros y 2.315 mensajeros, 1.104 responsables de la liturgia, 1.169 responsables de la catequesis, 1.036 responsables de la ayuda fraterna, 1.090 responsables de la administración, etc.;
- 3.500 pequeños Grupos de Amistad Cristiana o Grupos Familiares, futuras Comunidades Eclesiales de Base; que funcionan gracias a 1.876 animadores y 1.881 moderadores, algunos de ellos cumpliendo las dos funciones.

Al inicio de la experiencia había 25 sacerdotes, de los cuales sólo uno era peruano y diocesano, los demás eran todos religiosos provenientes de EE.UU., Italia y España. Actualmente hay 9 sacerdotes diocesanos y 18 religiosos, de los cuales 20 son peruanos y 7 extranjeros. Todo esto se ha logrado con la ayuda de Dios, la inmensa buena voluntad de la gente y la constancia, paciencia y esperanza de los agentes de pastoral, especialmente, con la generosidad y el sacrificio de un pequeño grupo de 5-7 personas (2 sacerdotes, 1-2 religiosas y 2-3 laicos) presidido por el Sr. Obispo.

Entre los muchos frutos que el Señor ha permitido gozar y gustar hay uno que, a nuestro juicio, parece sumamente importante para el futuro de la Iglesia: haber comprendido, primero intuitivamente y luego en forma refleja, que el Concilio Vaticano II al contemplar a la Iglesia como misterio de comunión, es decir como una realidad teologal, espiritual y visible, nos ofrece una espiritualidad de Iglesia o de Comunión, fundante de todas las otras espiritualidades en la Iglesia.

Además, poco a poco, se han descubierto tanto algunos de los componentes de esa espiritualidad como la ascesis que ella exige para poder traducirse en la práctica.

Así se ha llegado a la conclusión de que la planificación pastoral global, parroquial y diocesana, es ni más ni menos el instrumento adecuado e indispensable para que la Iglesia local pueda edificarse como comunidad-Iglesia, como comunión visible y orgánica, en fidelidad al Espíritu que es comunión.

Los desafíos del mundo a la Iglesia

- 1. La democratización del poder mundial**
- 2. Unidad y diversidad**
- 3. Ecología**
- 4. Una ética común**
- 5. Una espiritualidad de las relaciones**

La lectura de los “signos de los tiempos” a la que se ha hecho referencia, constituye uno de los fundamentos de la propuesta pastoral que se hace. Por ello, ya que la Iglesia no es fin de sí misma sino que existe para el mundo, es particularmente importante ver si esta propuesta responde a los desafíos que el mundo plantea a la Iglesia. De este modo puede quedar en evidencia que el proyecto-propuesta tiene un fin ambicioso pero en definitiva inevitable: la renovación del mundo. En efecto la pastoral no puede reducirse a un mejor ejercicio del ministerio pastoral sino que debe llegar a poner a la Iglesia en condiciones de dar una respuesta al mundo. Ella existe para el mundo.

Además, la Iglesia puede y debe responder al mundo mediante un testimonio claro y significativo del mensaje del que ella, por voluntad de Cristo, es portadora. Testimonio que da sentido y contenido a la palabra que trasmite, a la acción que realiza y a la presencia que ofrece.

Dada la naturaleza del presente trabajo, no interesa inmediatamente la descripción de la situación del mundo, ni la de los “acontecimientos” que, como características y signos de nuestro tiempo, revelan los dinamismos de conciencia que, a pesar de su ambivalencia, indican y presionan hacia futuros mejores. Esto se encuentra en el último estudio sobre los “signos de los tiempos”, realizado por el Servicio de Animación Comunitaria. Ahora interesan aquellos fenómenos o conjunto de hechos que, en una situación global, ponen en evidencia la situación-límite, los puntos críticos, las situaciones en las que el mundo de hoy corre el mayor peligro de frustración y de bloqueo, es decir, allí donde se juega la vida o la muerte de futuros mejores. Estos

desafíos, por tanto, no reflejan toda la situación del mundo sino aquellos fenómenos o conjunto de hechos que, como puntos críticos, desafían a la humanidad, y, por lo mismo, a la Iglesia, respecto a futuros mejores posibles. Son desafíos a la conciencia colectiva que impulsan un cambio en términos de justicia y paz, de convivencia más humana.

1. La democratización del poder mundial

La concentración, a nivel mundial, del poder económico, político, cultural y militar en manos de pocos pone a la inmensa mayoría de los países del mundo ante una nueva forma de dependencia, de explotación y, al mismo tiempo, de “no-tenidos-en-cuenta” en cuanto a las consecuencias de esa misma dependencia.

El hambre, la miseria extrema, las enfermedades crónicas, etc., unidas a la impotencia de los Estados para superar esas situaciones y a la inanición y frustración creciente de cientos de millones de personas y de una gran parte de los pueblos, clama a la conciencia de la gente honesta y fuerza por un cambio en términos de justicia, de respeto de los derechos humanos, de participación en las decisiones internacionales en situación de igualdad, etc...

La superación de estas extremas desigualdades, el control y el ordenamiento del poder económico y político mundial en favor de relaciones internacionales justas, de distribución equitativa de las riquezas, de superación de las controversias y de los desequilibrios internacionales, de aplicación de los derechos humanos, etc. exigen:

- la democratización, tanto a nivel económico como político, del poder mundial y de los poderes nacionales;

- la supremacía de lo político sobre lo económico;
- una autoridad mundial, representativa de todos los pueblos y aceptada por todos;
- las estructuras y organización de ese gobierno mundial;
- y las estructuras de participación y corresponsabilidad a nivel nacional (democracia real).

Pero ¿es posible que los que concentran el poder económico mundial en sus manos quieran compartirlo con otros o tenderán a concentrar cada vez más poder? ¿No ha sido así en toda la historia de la humanidad? ¿No es ésta la lógica del poder?

Un estado que hoy se siente el centro de este nuevo imperio mundial ¿estará dispuesto a perder los beneficios que esta situación le supone tanto en términos económicos como políticos? ¿qué otros tipos de competición se darán entre los mismos países ricos, además de la guerra económica actual, para obtener la supremacía del poder mundial?

Por otra parte, ¿hasta cuándo los pueblos soportarán una situación por la que, a cambio de su trabajo, reciben sólo las migajas que los grandes de este mundo les conceden? ¿Qué reacciones hay que esperar?

2. Unidad y diversidad

El proceso creciente de interdependencia y de unificación planetaria que toca toda la vida de la humanidad y se da en todos los niveles de relación: política, económica, financiera, militar, cultural, científico-técnica, de comunicaciones,

de investigación, de deportes, de sexos, etc. genera una cultura universal, cuyos maestros son los medios de comunicación social que dictan los parámetros de conducta y de comportamiento, crean criterios de vida, suplen la carencia de conciencia crítica, presentan los modelos que hay que imitar, etc...

Por otra parte y como contraposición a esta nivelación universal surgen los movimientos en defensa de las culturas locales y nacionales con los consiguientes peligros del uso de la fuerza para defender los propios derechos.

Pero esto que se da en la relación entre lo universal y lo particular, se da también, en todas las relaciones sociales. Salidos de un mundo en el que los grupos humanos eran homogéneos, pertenecientes a la misma cultura y habiendo entrado en una situación de cultura multiétnica, nos encontramos impreparados para asumir las diversidades. El otro, en cuanto "otro", diverso, original, es visto como una amenaza, como algo desestabilizante, como un potencial "enemigo".

La humanidad está descubriendo a la mujer como "partner" del varón en todos los campos de la vida y del quehacer humano. Ello explica la reacción masculina frente a la mujer, pues la afirmación de la misma en todos los campos de la sociedad, que antes estaban reservados a los varones, pone a muchos varones en situación de miedo y de oposición, ya que un nuevo papel de la mujer implica un cambio de papel para el varón. Significa también una relación en situación de igualdad. Pero la mujer que lucha por su propia afirmación en los diversos campos de la vida social, desde la familiar a la política, pasando por la empresarial, científica, etc. ¿será capaz de conservar su feminidad y de expresarla en el cambio de la sociedad, o terminará por ser ella misma "masculinizada"?

Del mismo modo, las minorías étnicas, sociales, religiosas, etc. en su afán por ser aceptadas, ¿no terminarán por aceptar calladamente su situación de dependencia y opresión, con tal de asegurar en un mínimo su propia subsistencia? Y las mayorías que consideran a esas minorías como una amenaza ¿no terminarán con nuevas formas de racismo, de discriminación, de explotación, como de hecho sucede?

¿Existe la voluntad política de dar a esa gente un lugar en la convivencia social en términos de igualdad de derechos y deberes, al igual de los demás ciudadanos, o el viejo concepto de patria y de estado será la justificación de la “exclusión”? ¿Volveremos a una versión moderna de la caza de brujas?

3. Ecología

Los problemas ecológicos –desertización, contaminación del aire y del agua, efecto “estufa”, disminución del ozono en la estratosfera, desaparición de numerosas especies de animales, etc.– ponen a la humanidad ante el problema de su propia supervivencia.

Pero los países y los pueblos ricos que se benefician del desarrollo económico incontrolado, mientras exigen controles al Tercer mundo ¿estarán dispuestos a sacrificar su modelo de vida y a cambiar su estilo? ¿Los políticos de estos países están en condiciones de pedir sacrificios de este tipo a sus pueblos?

La conciencia de que la humanidad debe prestar atención preferente al problema de la ecología ¿encontrará una vía para combinar el actual tren de vida de los países ricos con las exigencias ecológicas? ¿Cómo favorecer la conciencia

crítica en este campo cuando los poderes económicos son los que se benefician con la explotación indiscriminada de la naturaleza? ¿Cómo formar una opinión pública favorable a los sacrificios que la ecología exige?

¿La ciencia y la técnica lograrán una solución adecuada y a tiempo para asegurar el nivel de vida y al mismo tiempo no destruir la naturaleza? Y si la encuentran ¿qué nuevas dependencias creará a los países pobres?

La naturaleza, a su vez, ¿cómo va a reaccionar si las cosas siguen como están? Además de la extensión del cáncer de piel y de pulmón, ¿qué otras nuevas enfermedades pueden aparecer? Hemos llegado a un orden irracional o desorden y al mismo tiempo somos incapaces de sacrificar el bienestar que se ha conseguido.

Si el hombre quiere seguir habitando su mundo-hogar debe respetar las leyes de la naturaleza y asumir unas relaciones con ella basadas en unos criterios "objetivos": ecologistas... ¿Quién definirá estos criterios? ¿Es, además, posible?

En realidad, el problema ecológico pone en tela de juicio el modelo de desarrollo. Hablar de ecología sin querer cambiar el modelo de desarrollo no tiene sentido. Sin cambios sustanciales, inspirados en una mayor sobriedad y austeridad, no es posible un cambio de modelo. ¿Es posible este cambio? Basta un ejemplo.

Hoy existen 400 millones de automóviles y otros vehículos, de los cuales 32,9 millones han sido construidos en 1987. ¿Podrían las industrias automovilísticas reducir el número y la cilindrada de esos vehículos? Para ello, las industrias del sector deberían reducir drásticamente el número de los

trabajadores; pero con la cantidad de desocupados que ya es alta ¿dónde encontrarían trabajo? Lo mismo habría que decir de todas las demás industrias contaminantes. La realidad es que “estamos condenados al desarrollo” y, lamentablemente, hemos entrado en una vía de desarrollo de la que no parece posible volver atrás.

Algunos han propuesto el “crecimiento cero”, es decir, parar el desarrollo en el punto que actualmente estamos. Pero dados los mecanismos del poder, por una parte, y las necesidades de los países pobres, por otra, éste no se puede parar, con todas las consecuencias negativas que ello implica.

Por ello el problema ecológico no puede ser resuelto por pequeños grupos políticos y con programas que están entre lo utópico y lo ingenuo. Es necesario que todas las fuerzas políticas y sociales, de los Estados y de los gobiernos de todo el mundo, de los empresarios y de los sindicatos, y el conjunto de la población asuma el problema ecológico como problema primario. ¿Sucederá?

4. Una ética común

Hoy el hombre se encuentra continuamente perturbado por nuevas preguntas éticas. Preguntas que provienen del problema ecológico ya señalado, del fin que justifica el sistema actual y de los medios que éste usa, de los nuevos descubrimientos de la ciencia y de la técnica, de la convivencia multiétnica, etc...

Los horizontes abiertos por estos problemas van en dos direcciones: o hacia la destrucción del planeta o hacia nuevas e impensables formas de vida y de convivencia social.

Pero nos preguntamos de nuevo: ¿cómo se puede llegar a definir principios éticos comunes, cuando la opinión pública mundial está en manos de los que no tienen ningún interés por crear nuevos parámetros de vida sino que tratan de defender sus propios intereses y el sistema que los sustenta? La conciencia colectiva ¿llegará a cambiar de rumbo antes de que sea demasiado tarde? Mas en el caso que llegase a tiempo, ¿quién tendría el poder de hacer respetar estos principios en la vida concreta de cada día?

Por otra parte, cómo evitar que, sin una ética común, la convivencia humana llegue a ser dominada por la ley de la jungla, esto es, por la búsqueda y defensa de los propios intereses, en una competitividad exasperada en la que el único objetivo es el “tener” a toda costa? ¡La humanidad puede correr hacia la autodestrucción!

La humanidad tiene necesidad de un nuevo sentido de responsabilidad frente al medio ambiente, de solidaridad para asumir todos juntos las soluciones necesarias, de austeridad y sobriedad, de justicia social y de una redistribución equitativa de los bienes materiales, de espíritu comunitario para una convivencia orientada al bien común, de educación cívica sobre la responsabilidad planetaria de todos y cada uno... Solidaridad que es “determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común; es decir, por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de todos”. Pero “el ejercicio de la solidaridad dentro de cada sociedad es válido sólo cuando sus miembros se reconocen unos a otros como personas” (Juan Pablo II, SRS 38 y 39).

Para ello hay que superar el concepto de “desarrollo”, reducido de hecho al crecimiento económico, para pasar al de “desarrollo humano” que integre todas las dimensiones de

la persona (biopsíquica, intelectual y de voluntad) y satisfaga todas sus necesidades materiales, espirituales y culturales. Es el desarrollo humano integral que comprende las dimensiones económica, social, política, cultural y religiosa (sentido último de la vida y de la historia). Entonces será posible una convivencia nueva en la que encuentren su lugar los valores de la dignidad personal, de los derechos humanos, de la solidaridad, de la aceptación del “otro” (persona, cultura, raza, etc.) y de la armonía con el universo.

5. Una espiritualidad de las relaciones

La ética puede establecer las normas de comportamiento y dar las justificaciones oportunas sobre las relaciones entre el hombre y la naturaleza, y de los hombres entre sí. Pero el problema radical de la humanidad hoy está en la espiritualidad, es decir, en las opciones fundamentales y en los modos de ver, de ser y de actuar que esas opciones conllevan.

En efecto, la humanidad hoy está ante la urgencia de una opción fundamental por un nuevo sentido de desarrollo integral y de motivaciones últimas que justifiquen y den sentido a la vida, a la convivencia humana –nacional, internacional y mundial– y a una relación contemplativa con la naturaleza. La humanidad necesita una espiritualidad:

- *ecológica*: por la que la naturaleza es considerada no sólo como un recurso para explotar sino como creación y entorno humano que contemplar y servir; espiritualidad de pobre, de austeridad y sencillez de vida, que ve la creación en su valor objetivo y descubre en ella la presencia de Dios, por ello objeto de contemplación: es el cántico de S. Francisco, “hermano sol... hermana luna... hermana agua...”;

- *dialógica*: por la que el “otro”, todo “otro”, es visto no como contrincante, enemigo en ciernes, sino como alteridad que respetar y promover por sí misma y que vivir en la complementariedad y enriquecimiento recíprocos; espiritualidad, por tanto, de aceptación mutua en la originalidad de cada uno, de amistad y de servicio recíproco... entre personas, entre grupos y entre naciones y pueblos;
- *solidaria* y, por lo mismo, de comunicación de bienes materiales, culturales y espirituales, de modo que la convivencia humana sea el medio en el que la humanidad crece como “persona”; espiritualidad cuyo horizonte es la unidad del género humano, en la universalidad de los tiempos y de las razas y culturas;
- *comunional*, que es comunión con Dios, el *todo-otro*; comunión con todos los otros en la participación de un mismo sentido de vida; comunión consigo mismo, que es silencio y escucha, allí donde Dios es la intimidad de la propia intimidad; comunión con la naturaleza creada que es armonía y contemplación.
- *universal*, es decir, una espiritualidad que abre las personas, los grupos y las naciones a la mundialidad entendida como mentalidad universal, como actitud de armonización y síntesis de lo diverso y complejo, como compromiso por crear en lo particular una respuesta a lo universal, como dimensión normal de la vida personal y colectiva.

Sólo una espiritualidad con estos contornos puede dar sentido a un mundo en el que las aspiraciones a la unidad universal, a la paz y a la justicia, a la salvaguarda de lo creado encuentren, si no una respuesta idílica, sí una realización

adecuada y suficiente para orientar todas las energías y posibilidades del mundo actual hacia un desarrollo humano integral.

Pero las religiones ¿serán capaces de ofrecer y transmitir un tipo de espiritualidad que dé sentido a las relaciones, en todas sus direcciones? ¿Cómo hacerlo si ellas mismas están llenas de divisiones internas y externas y de intolerancias recíprocas? ¿Cómo converger en una espiritualidad común? ¿Estarán en condiciones de establecer un diálogo a favor de la humanidad? He aquí el reto último y determinante: ¿encontrará el hombre el sentido último de la existencia y de sus relaciones? De esto dependen los acontecimientos de que hemos hablado, pero también depende la misma supervivencia de la humanidad y de cada persona.

La Iglesia ante estos desafíos

- 1. Ser ella misma**
- 2. Opciones pastorales**
- 3. Conversión pastoral**
- 4. Exigencia fundamental: proyectar el futuro**

Mirando los desafíos del mundo actual, la Iglesia está llamada a contribuir, en cuanto le corresponde y según sus posibilidades, a la solución positiva de los mismos, mediante la puesta en acción de su misma naturaleza de “misterio de comunión” que es con Dios, entre las personas en Dios e integrando la naturaleza y el cosmos en esa misma comunión.

1. Ser ella misma

De hecho, en esta su razón de ser como Iglesia-comunión, don de Dios y respuesta de la fe, “acontecimiento” y germen de vida, está precisamente la respuesta a esos desafíos. En realidad la Iglesia, en cuanto “misterio de comunión”, es la antítesis de la búsqueda de poder para dominar a los demás, conlleva la plenitud de la diversidad en la plenitud de la unidad, tiende a dar a la naturaleza y al cosmos la plenitud de sentido en la armonía de todo lo creado, de la que la humanidad necesita para su misma armonía, genera relaciones de igualdad y participación, reciprocidad y corresponsabilidad, solidaridad y amor que fundamentan una ética común, señalando el destino final de todas las relaciones interpersonales, sociales y planetarias: la justicia y la paz, el amor y la unidad.

Pero, sobre todo, el “misterio de comunión” constitutivo del ser de la Iglesia es en sí mismo espiritualidad, conlleva intrínsecamente la vocación de todo el pueblo de Dios a edificarse en la unidad de Dios Trino y a ser para el mundo un signo y sacramento de la unidad salvífica universal. La

Iglesia, como se verá más adelante, es espiritualidad y está llamada a servir al mundo ofreciendo espiritualidad: un modo de ver, ser y actuar que haga de todas las relaciones humanas, por el amor y la verdad, un símil de las relaciones Trinitarias¹.

La Iglesia, por tanto, lleva en sí misma el germen de una respuesta que dará su fruto en la medida en que exprese en su vida y en su acción la comunión que la constituye. En esto consiste el desafío que el mundo le plantea: realizar con la mayor coherencia posible lo que ella reconoce ser. Este es su primer servicio al mundo.

2. Opciones pastorales

En esta óptica la Iglesia debe hacer claramente algunas opciones estratégicas que le permitan transformar lo que aún queda del viejo modelo de Iglesia-sociedad y dar forma a esa nueva imagen histórica iniciada con la aventura del Concilio Vaticano II. Se trata de opciones a nuestro juicio determinantes para que la Iglesia sea un auténtico signo y sacramento de la unidad del mundo². Opciones que se encuadran, así lo creemos, en la base del proyecto que aquí se ofrece.

1 GS 24. "El Señor, cuando ruega al Padre que todos sean uno, como nosotros también somos uno (Jn 17, 21-22), abriendo perspectivas cerradas a la razón humana, sugiere una cierta semejanza entre la unión de las personas divinas y la unión de los hijos de Dios en la verdad y en la caridad".

2 LG 1. "Y porque la Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea signo e instrumento, de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano...".

2.1. Opción por la globalidad

En un mundo que camina hacia la unidad y donde la interdependencia es cada vez mayor y a nivel planetario, la Iglesia debe hacer una **opción por la globalidad**. Es un cambio de óptica, de visión, de mentalidad determinante, que significa partir del conjunto para ir a lo particular. Ya decía Aristóteles que el “todo” no es igual a la “suma” de sus partes. Y toda la teología de la Iglesia como Cuerpo de Cristo y la de la Iglesia-comunión, orgánica y dinámica, exigen la globalidad como enfoque de todo lo particular. Dicho de otro modo, toda realidad particular es comprensible sólo en la realidad global y sólo desde ésta es posible dar una respuesta adecuada. De lo contrario se multiplicarán esfuerzos sin fin, que no darán los frutos deseados, como de hecho acontece.

En efecto ¿por qué tanta ineficacia pastoral de la Iglesia? La primera respuesta es que a una gran mayoría de obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos comprometidos, es decir, a los líderes de la Iglesia, les falta una visión global de la situación del mundo y de la Iglesia en él. Aún viven, al menos en parte, dominados por una visión parcial, localista, inmediata y, sobre todo, dominada por una cultura eclesial de tipo racionalista, que privilegia la comunicación de la fe más como síntesis doctrinal que como experiencia de vida.

La falta de visión global impide a muchos agentes de pastoral ver la proyección, densidad y trascendencia del cambio que Dios le pide a la Iglesia y las consecuencias de todo tipo que de ese cambio se siguen. Además, los agentes de pastoral, mientras no asuman una visión global, no se liberarán del peso del pasado, aunque conceptualmente hayan aceptado una serie de vocablos y conceptos de la nueva

teología. Al faltar la visión global del mundo, no se puede ver la trascendencia de vida y de acción que esa misma visión teológica conlleva. Por lo mismo, la doctrina teológica queda a nivel de teoría y no de práctica.

2.2. Opción por la espiritualidad de comunión o comunitaria

Mirando más directamente los desafíos del mundo actual, la Iglesia debe hacer con extrema lucidez la **opción por la espiritualidad de comunión o comunitaria**. Es el segundo núcleo determinante del futuro. La Iglesia debe reconocer que la espiritualidad actual está todavía marcada por un individualismo que filtra toda la doctrina conciliar impidiéndole pasar a la vida. El filtro individualista hace que las mejores visiones teológicas queden reducidas a teorías, negadas en su valor práctico, si no se pasa a la espiritualidad conciliar: la de comunión. Comunión que es Trinitaria, vivida entre aquellos que en Cristo son hechos **uno**.

Espiritualidad que no es sólo interioridad sino estilo de vida, no sólo vida interior sino modo de ver, de ser y de actuar; que tiene su núcleo catalizador en la comunión con Dios, con los otros en Dios y que integra en la misma toda la creación. Espiritualidad que responde, como ya se dijo, al conjunto de los desafíos y de sus características, antes enunciados. Así la visión global se convertirá en comunión universal, con sus métodos y estructuras apropiadas, por la que se estará en condiciones de comprometerse por los valores del reino de Dios, en coherencia con los “signos de los tiempos”.

2.3. Opción por la comunidad como sujeto

Otro aspecto determinante para una respuesta positiva a los desafíos del mundo actual es que la Iglesia ponga en evidencia, se haga realmente y aparezca como discípula de Cristo y que, como tal, quiera caminar con el mundo hacia realizaciones mejores. Por ello debe hacer una ***opción por la comunidad cristiana como sujeto de evangelización***. Es decir, por hacer de todos los bautizados –sean éstos pastores o fieles, cristianos débiles o fuertes, niños o maduros, pecadores o santos– el sujeto colectivo, comunitario, de la evangelización, de su continuo peregrinar hacia la madurez de Cristo.

De hecho, en gran medida, todo esfuerzo de evangelización está minado en sí mismo porque una parte de la Iglesia, la minoritaria, no crea los caminos para que todos los bautizados puedan ejercer el derecho/deber que les corresponde, el de evangelizar. Es así como, de hecho, los pobres en la Iglesia son marginados; y mientras no sean ellos también sujeto de evangelización, no podemos decir que los esfuerzos de los pastores sean plenamente evangélicos. Es verdad que cada uno debe hacerlo según el don, el carisma y el ministerio recibido del Espíritu. Pero esto no puede servir de justificación para que el común de los cristianos, los que consideramos “alejados”, no tengan su lugar en la Iglesia. Ellos también están marcados por el Espíritu y, por tanto, no debemos hacer la acción pastoral de tal modo que se los mantenga marginados, haciendo ineficaz el ministerio de la evangelización. Ministerio cuya finalidad es la edificación del Cuerpo de Cristo, para que la Iglesia, a su vez, realice su misión: la difusión, expansión, del Reino de Dios en el mundo.

De esta opción depende, en gran medida, la superación del clericalismo, la puesta en marcha del nuevo modelo de Iglesia-comunión, la coherencia con la espiritualidad de comunión y la posibilidad para la Iglesia de dar el testimonio evangélico de unidad que hoy le pide el Señor a través de los signos de los tiempos.

3. Conversión pastoral

Todas estas opciones dependen de una conversión pastoral, es decir, una conversión en el modo de situarse ante los destinatarios de la acción y de realizar la misma acción. Normalmente los planes diocesanos de pastoral se proponen ofrecer a los destinatarios aquello que los “pastores” –el Obispo, el clero y los otros agentes de pastoral– creen oportuno para la “conversión” de esos destinatarios: la gente “alejada” y los no católicos. Esto que, en otros tiempos podría estar bien, hoy, por un conjunto de razones que veremos al hablar del “planteamiento del problema”, significa comunicar una fe racionalizada y una cultura eclesial y desde una posición de superioridad y autoridad que, de hecho, impiden la recepción del mensaje por parte de esos destinatarios.

La gran conversión a la que la Iglesia está llamada, es la de partir de la situación y de la cultura en que se encuentran los destinatarios y allí descubrir a Dios presente y operante que empuja la humanidad y a este pueblo concreto a la realización de su reino. Es la lectura de los signos de los tiempos, en general, y los de esta Iglesia, en particular.

A partir de esto, se debe hacer una mediación cultural entre esa condición y cultura de los destinatarios y la cultura eclesial. Lo que Jesús hizo con la samaritana, con los discí-

pulos de Emaús, con Zaqueo, con sus discípulos. Es decir, los agentes de pastoral deben *ponerse al alcance del otro para, desde su situación y cultura, comunicarle el mensaje en forma dosificada y así ayudarlo a comprender, aceptar y conformarse, paso a paso, a la verdad que se le ofrece progresivamente.*

De una acción pastoral “para” los “otros” hay que pasar a otra que parte “desde” los otros, se hace “con” los otros y “para” que todos juntos alcancemos progresivamente la madurez de Cristo. Es una pastoral de pueblo de Dios: desde, con y para este pueblo concreto que es de Dios y al que Dios le pertenece. Es hacerse compañeros de camino de los destinatarios para caminar todos juntos como discípulos hacia la plenitud de Cristo. Es la Iglesia discípula, que evangeliza y se deja evangelizar para ser cada vez más conforme con Cristo, su Señor.

4. Exigencia fundamental: proyectar el futuro

A estas opciones y conversión va unida, consecuentemente, la exigencia fundamental de trabajar con planes pastorales que expresen esta conversión y respondan a esas mismas opciones (proyectar el futuro).

Debe ser un plan global, que integre todas las realidades de la diócesis: personas, grupos e instituciones. Debe ser un plan global que se funde en la espiritualidad comunitaria y esté al servicio de la misma, es decir, de un estilo de vida caracterizado por el diálogo, la participación y corresponsabilidad, la comunicación de bienes, la reconciliación, el amor recíproco, etc. y por el crecimiento gradual y permanente en la unidad querida por Jesús. Es la exigencia de una ***pastoral de conjunto, orgánica y planificada.***

No basta hacer planes diocesanos de pastoral para responder a “urgencias” ni bastan los planes que piden concentrar las energías en un campo de acción por un determinado tiempo. Son planes parciales y como tales están condenados al fracaso ya que no responden a los desafíos del mundo actual ni satisfacen las exigencias del nuevo paradigma que parte de la eclesiología del Vaticano II. Para dar esta respuesta, la Iglesia debe optar por una planificación global que tome toda la vida de la Iglesia y la proyecte hacia su plenitud en la santidad-unidad y en la misión-expansión del reino de Dios en el mundo.

Concluyendo. Con estas opciones es posible que la Iglesia responda a los desafíos del mundo actual y a dos exigencias que surgen de su renovada autoconciencia: poner en marcha un nuevo modelo histórico de Iglesia-comunión y, al mismo tiempo, una nueva forma de evangelización permanente. En esta dirección, los agentes de pastoral encontrarán una nueva coherencia entre la doctrina y el estilo de vida y de acción y recuperarán el sentido y la experiencia de la esperanza. Los agentes de pastoral que de hecho viven las experiencias del proyecto que ahora se propone han reencontrado una cierta eficacia pastoral y, con ella, el gozo del Señor que viene y que cada día se manifiesta y experimenta en los frutos que Él concede a quienes lo buscan (en su pueblo) con sinceridad de corazón y le sirven con generosidad y entrega. Son los frutos que las experiencias ofrecen. Frutos lentos, continuos y progresivos que llenan de sentido y de gozo a los agentes de pastoral. ¡El Señor está aquí y llama!

La espiritualidad de comunión

- 1. Qué se entiende por espiritualidad**
- 2. La espiritualidad del Concilio**
- 3. En qué consiste esta espiritualidad
(sus componentes esenciales)**

Punto de partida para la elaboración de un plan es la comprensión de la espiritualidad que lo origina tanto en su conjunto como en sus diversas partes. En verdad, todo plan de acción como toda organización depende de una filosofía o de un conjunto de principios y valores que orientan la práctica pastoral y constituyen el fin o la razón última del hacer humano. Pero en la Iglesia partimos no de los simples principios doctrinales sino de éstos en cuanto deben ser vividos y constituyen el sentido permanente del quehacer eclesial. Por esto partimos de la espiritualidad, que es la del evangelio, pero según el modo de entenderla hoy, en el contexto del magisterio de la Iglesia actual y como respuesta a los desafíos del mundo actual.

1. Qué se entiende por espiritualidad

En la teología espiritual, la definición más común de la espiritualidad afirma que consiste en “los modos particulares de sintetizar vitalmente los valores cristianos, según diversos puntos prospectivos o catalizadores... Son síntesis vividas a nivel de personas individuales o de movimientos y corrientes de espiritualidad”³.

De este modo toda espiritualidad da un color determinado a la vida y a la misión de sus seguidores. Un color que surge de la opción fundamental y que como punto focal es el

³ G. Moiola, *Teologia Spirituale, Dizionario Teologico Interdisciplinare*, Edit. Marietti, 1977, p. 56.

origen de una síntesis de vida evangélica. Lo que es común es vivido desde la peculiaridad de una determinada perspectiva, de la cual emerge un modo peculiar de vivir la vida cristiana, es decir, una espiritualidad.

2. La espiritualidad del Concilio

De hecho, el Concilio Vaticano II elige una óptica, la de la Iglesia como “misterio de comunión” que constituye una opción que define su modo de ser y de actuar en la historia y, al mismo tiempo, es el núcleo catalizador en torno al cual se ha de vivir el conjunto de valores de la vida cristiana. Así, el Concilio da comienzo a un modo peculiar de ver, de ser y de actuar de la Iglesia en cuanto tal y para el mundo.

El Concilio repropone la espiritualidad evangélica en cuanto vivida y llamada a vivirse como comunión y comunidad, como Iglesia, Cuerpo de Cristo. La Iglesia se concibe a sí misma como una espiritualidad. Este es el carisma del Espíritu dado a nuestra época mediante el Concilio.

En efecto, cuando la Iglesia dice de sí misma que “es misterio” afirma un hecho teológico, una realidad existente: el encuentro entre el don de Dios que quiere hacer partícipes de su vida a los seres humanos y la respuesta humana de la fe, de la esperanza y de la caridad. Es la comunión constitutiva del ser-Iglesia. Por ello se puede afirmar sin lugar a dudas que el Concilio Vaticano II es un Concilio de espiritualidad y de espiritualidad de comunión y comunitaria.

Ésta, la espiritualidad comunitaria, recibe su sentido del encuentro-comunión con Dios, Uno y Trino. En esta visión trinitaria se origina un nuevo modo de encarar las relaciones interpersonales y sociales a partir de esa única, origi-

nal y originante “comunidad de amor” que es la Santísima Trinidad⁴. La creación, la salvación y la santificación que tienen al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo como agentes y protagonistas de la historia, han marcado todo lo humano con un sello comunitario y al mismo tiempo dinámico.

Por tanto, el adjetivo “comunitaria” pertenece a la esencia misma de la espiritualidad cristiana. Esto implica que el sujeto es la comunidad cristiana, un “nosotros” (padre nuestro-hijos e hijas y hermanos-hermanas); comunidad que resulta al vivir las relaciones de tal modo:

- que son relaciones de amor (relaciones interpersonales entre seres humanos; no son suficientes las relaciones funcionales que exigen unas estructuras a su vez relativas), en el amor que es Dios, compartido en la fe, esperanza y caridad;
- que tienen un fin común: la realización de la voluntad salvífica universal del Padre;
- que unifican a las personas y sus vidas en la Iglesia, en mutua cooperación y organización jerárquica.

3. En qué consiste esta espiritualidad (sus componentes esenciales)

3.1. Es la espiritualidad que radica en Dios (amor compartido, Trinidad de Personas), que crea al ser humano a su imagen y semejanza; más aun, que se comunica al ser hu-

⁴ LG 2.3.4; AG 2.3.4; DV 2.3.4.

mano y al comunicarse lo llama a una santidad como la suya. “Vocación” que es al mismo tiempo “convocación” a la comunión con Él, comunión que se convierte en posesión común de aquellos que lo acogen (LG 2-5; DV 2-5; AG 2-5; UR 2).

3.2. Radica además en la respuesta del ser humano que consiste en el hecho de hacerse siempre más comunidad - pueblo- familia de Dios. Él quiso santificarnos-salvarnos no aisladamente sino como pueblo santo (LG 9; cfr. GS 24; Ef 4,1-16; 1 P 2, 1-10 y otros).

Este pueblo participa y comparte una misma vocación y misión; pueblo profético, sacerdotal y real que, como tal, es llamado a la santidad y en él cada una de sus partes.

3.3. Es la espiritualidad cuyo dinamismo interno consiste en las relaciones de diálogo con Dios, entre los seres humanos en Dios, integrando-unificando toda la realidad (creación e historia). Es la santidad de las relaciones que se da en las mismas relaciones, es decir, santidad comunitaria; (ver arriba y cfr. 2 Co 8 y 9; Flp 1, 3-11; y 2, 1-11; Col 3, 5 al 4, 6 y otros).

Más aún, el diálogo como discernimiento comunitario o dinamismo compartido de búsqueda de la voluntad de Dios en una situación concreta (cfr. Hch 15; Ef 4, 15). Es el dinamismo del amor y del servicio mutuo, en el horizonte de la universalidad (cfr. Jn 13, 1-20; Mt 18... LG 5).

3.4. Espiritualidad cuyo fin último consiste en la madurez de la Iglesia en Cristo, en la plenitud de su desarrollo, en su perfección como “cuerpo”. Esto implica:

- organicidad (integración de las diversidades en la unidad);
- dinamicidad (tensión hacia la perfección y la eficacia);
- en una comunidad que vive la comunión de fe-esperanza-caridad y en la fe-esperanza-caridad.

Es la espiritualidad-santidad de la Iglesia que tiende a revelar en su rostro y en formas cada vez más perfectas a Cristo, en cuanto la Iglesia debe ser siempre más plenamente Iglesia-signo e instrumento de la salvación universal en la caridad. Esto implica la renovación del modelo histórico de Iglesia con nuevos modelos siempre abiertos a ulteriores metas de perfección en la unidad mediante la caridad.

3.5. Espiritualidad de Iglesia peregrina en este mundo, que realiza su itinerario de configuración con Cristo mediante la conversión-renovación permanente de las personas, de los grupos, y de las instituciones, como un todo en camino de perfección.

Esta renovación consiste en una creciente fidelidad a Dios y a la persona y se define mediante la lectura en la fe de los “signos de los tiempos”. La Iglesia, comunidad, puede así responder a las expectativas más profundas de la humanidad en aquellos núcleos donde Dios la mueve a realizar su Plan para hacerse compañera de camino en la búsqueda del sentido de la vida: Dios, Uno y Trino. De esta forma la Iglesia revela su naturaleza de discípula de Cristo y, al mismo tiempo, su carácter misionero que convence más por el testimonio de la vida que por la palabra que comunica.

Es la espiritualidad-santidad que implica una conciencia de los propios límites e imperfecciones, entendida como carencia de integración en la unidad plena (Dt 26, 5-10; Is 55; 58, 1-2; Jr 31, 31-34; Os 2, 16-25; Rm 8, 18-20; Ef 4, 22-24; Flp 3, 12-21; Hb 11; 2 P 3, 11-18; Ap 2 y 3; LG 8, 48; UR 6 y 7; AG 5; GS 40 y 43).

De este modo la Iglesia vive en el anhelo, propio de la esperanza, de aquello que todavía falta, en el horizonte último de la patria definitiva, la plenitud de Dios-Futuro-Absoluto (LG 48).

3.6. Todo esto en el horizonte de la vocación de la humanidad entera, llamada a convertirse en la familia de los hijos de Dios por la realización de su Reino para el cual existe la Iglesia (Jn 15; 1 Co 12; Ef 4, 1-16; LG 7, 9, 32, 41; GS 24, 92; EN 14 y 18-20; AA 4, 6-8; PO 14, 6 y 7-11).

Características de la espiritualidad de comunión

- 1. La esperanza**
- 2. La participación**
- 3. La reconciliación-conversión-renovación comunitaria**
- 4. El diálogo**
- 5. El discernimiento comunitario**
- 6. La comunicación de bienes**
- 7. La liturgia y oración**

La comunión con Dios, que al mismo tiempo es comunión entre todos los que en Dios son hechos uno, y que integra a la fraternidad humana todo lo creado –naturaleza y cosmos– se caracteriza por una serie de valores sin los cuales la misma comunión sería imposible. Son características que, a su vez, contienen en alguna medida el conjunto de los valores que el cristiano y la Iglesia están llamados a vivir. Con todo, en esta breve exposición no es posible abarcarlos todos, ni expresarlos en su plenitud⁵. Por lo que ahora interesa, se explicitan sintéticamente sólo seis características fundamentales de esta espiritualidad de comunión, que se refieren al dinamismo de crecimiento de toda comunidad y de la misma comunidad eclesial, la Iglesia particular.

1. La esperanza

“El cristianismo es escatología, es esperanza, mirada y orientación hacia el futuro, pero es, por lo mismo, apertura al presente y a su transformación” (Moltman). La esperanza abre al futuro absoluto y trascendente, reconocido como don de Dios, que no puede ser conquistado sino solamente acogido. Esperar es creer en las promesas de Dios, en su fidelidad, por la que lleva a cumplimiento todo cuanto ha prometido e iniciado en nosotros al hacernos hijos suyos. La esperanza nos induce a amar el futuro como plenitud de un presente todavía parcial y limitado. Un futuro querido por

⁵ El “Servicio de animación comunitaria está elaborando un ‘tratado’” de espiritualidad, de comunión o de Iglesia y de la ascesis comunitaria que ella exige.

Dios y, por lo mismo, posible. Un futuro presente en el anhelo de plenitud, pero nunca plenamente alcanzado por las realizaciones humanas. Así sucedió en Cristo, nuestra Esperanza. Por eso la Iglesia, y nosotros en ella, vive en este mundo como desterrada, extranjera y peregrina. En actitud crítica frente a toda realización humana. Esta misma actitud le ayuda a interpretar lo que en el presente es signo de la presencia de Dios, para secundarlo, y lo que hay como signo del mal, para vencerlo y superarlo.

La esperanza se convierte en profecía de la historia y se traduce en el compromiso por transformarla según el querer de Dios “ya” presente en ella, aunque “todavía no” haya alcanzado la plenitud a la que está llamada. La esperanza se convierte en operativa, buscando alcanzar “lo mejor posible” aquí y ahora. La esperanza es creadora del futuro esperado.

Vivir en esperanza es una exigencia para las personas y para las comunidades. Vivir en el anhelo de Dios-Futuro-Absoluto, se expresa como vida de oración, ansia de una humanidad abierta al infinito y a la plenitud de Dios, búsqueda permanente de los caminos por recorrer en la realización del Plan de Dios. Es vivir en estado de proyección, dando forma ideal a las expectativas, deseos y propósitos de futuro, presentes en la conciencia colectiva. Es vivir en el discernimiento del presente: como análisis de la situación del mundo; como diagnóstico interpretativo y contemplación de Dios que actúa en la realidad; como programación de todo cuanto debe hacerse para corresponder al plan de Dios mediante el paso posible.

En el dinamismo de la esperanza la Iglesia vive una tensión que la conduce a vivir el amor transformante que renueva la faz de la tierra.

La persona de esperanza vive en los confines donde la realidad “ya es, pero todavía no es”. Se siente pacificado en un presente que “ya es” y, al mismo tiempo, vive insatisfecho ante ese futuro que “todavía no es” y que, por la caridad, se debe realizar. Su vida, así, es una continua pascua, un continuo paso. Es un ser humano de nuestro tiempo, tiempo de cambios permanentes, acelerados y universales. En esta situación, vive el presente como una posibilidad de transformación al orientar la realidad hacia el Futuro absoluto que es Dios.

2. La participación

Hablamos de participación en el sentido de “formar parte” y de “tomar parte”, allí donde se es llamado o allí donde se tiene el derecho o el deber de estar y de hacerse presente. En ambos sentidos, participar es un imperativo de la persona llamada a ser protagonista de su propio futuro. Dios ha querido llamar a toda persona humana y a la misma humanidad en su conjunto a colaborar en su obra creativa pero, más aún, ha querido comunicar y participar su propia vida –comunidad de amor– a todos los creyentes en Cristo y así convocarlos en la Iglesia. Esta, cuerpo de Cristo y templo del Espíritu, es el espacio en el cual todos los cristianos com-parten la misma vida de Dios, el mismo amor que es Dios, en comunión creciente y en corresponsabilidad eficaz tanto en la edificación de la misma Iglesia como en la difusión-expansión del reino de Dios en el mundo.

Participación que es esfuerzo constante y paciente por estar siempre presentes allí donde corresponde; por “tomar parte”, es decir, por vivir intensamente aquello de lo que se participa y por pronunciarse deliberadamente y con sinceridad en lo que se cree para bien de la comunidad. La parti-

cipación supone prestar tiempo y atención, reflexión y estudio, a la información necesaria y adecuada según la naturaleza de aquello en lo que se participa. La participación exige disponibilidad y apertura a los otros y a sus puntos de vista, y libertad y humildad para pronunciarse según las propias opiniones. La participación exige, además la creatividad que trata de comprender e interpretar los problemas, que busca e inventa, intenta y arriesga soluciones nuevas, que procura con todas sus fuerzas la realización plena de cuanto se propone el grupo humano en el que se participa. Es la energía del Espíritu para colaborar y comprometerse en la edificación de cuanto es común.

3. La reconciliación-conversión-renovación comunitaria

Sólo Dios es absoluto, sólo su Reino y las exigencias que implica son definitivos. Todo lo que lleva la figura de este mundo es relativo y destinado a perecer. Sólo Dios es; todo lo demás pasa. Por esto la misma Iglesia, “santa y al mismo tiempo siempre necesitada de purificación, progresa continuamente por el camino de la penitencia y de la renovación” (LG 8). Y, con “la ayuda del Espíritu Santo, no cesa de renovarse a sí misma, hasta que alcance por la Cruz la Luz sin ocaso” (LG 9, y 15; GS 40, 43 y 48). “La Iglesia peregrina en este mundo está llamada por Cristo a una reforma permanente de la que ella, como institución terrena y humana, tiene necesidad permanente” (UR 6).

“Toda renovación de la Iglesia consiste esencialmente en el crecimiento de la fidelidad a su vocación” (UR 6) e implica, al mismo tiempo, la renovación interior o conversión y la renovación exterior o reforma. Una conversión que el mis-

mo Concilio define en sus tres aspectos esenciales: “renovación interior, (abnegación) anonadamiento de sí y libérrima efusión de la caridad” (UR 7).

La conversión es un hecho interior que se expresa en la renovación exterior o reforma. Esta consiste, a su vez, en la restauración de la forma y del orden debidos (cfr. UR 6), pero tiene su raíz en la reforma interior o crecimiento en la fidelidad. El dinamismo de la Iglesia se convierte, por lo mismo, en un dinamismo constante de renovación, conversión, y reforma, entendidos como sinónimos, aunque se expresen en diversas facetas de un único dinamismo. Pablo VI, en la encíclica *Ecclesiam Suam*, especifica este dinamismo como:

- toma de conciencia o necesidad de que la Iglesia descubra su naturaleza, de que mire a Cristo como a su Principio, estimulada por las condiciones cambiantes de los seres humanos, y por sus necesidades;
- reforma y deber de configurarse con los valores descubiertos en la intimidad de la conciencia para entablar un diálogo o relación salvífica y eficaz; el diálogo es el nuevo nombre de la caridad;
- diálogo que debe realizarse en círculos cada vez más amplios tanto hacia el interior de sí misma como con las demás realidades religiosas y con la sociedad.

Este dinamismo unitario implica:

- un nuevo modo de ver la realidad o nueva conciencia, es decir, un conjunto de convicciones sobre la realidad global y sobre cada uno de sus aspectos;

- una conversión profunda del corazón o de la libre voluntad para adoptar esta verdad redescubierta, que implica un nuevo esquema de vida;
- una adecuada adaptación real y concreta, históricamente perceptible, de todos los comportamientos que derivan de aquellas verdades y valores. Comportamientos individuales y comunitarios, relaciones, estructuras que las regulan, acciones, tareas, obras e instituciones en las que aquellos se expresan, todo debe adaptarse a la nueva visión y a las nuevas actitudes. Dicho de otro modo: un nuevo modo de ver y de pensar; un nuevo modo de ser y de vivir; un nuevo modo de hacer y de actuar.

Conversión-renovación-reforma, que son ante todo un don de Dios, siempre fiel a su amor eficaz y potente. Que son obra y don de su Espíritu, de su Aliento, que crea y renueva la faz de la tierra. “Conversión-renovación-reforma que son respuesta a la iniciativa de Dios, fruto y expresión de nuestra fidelidad a sus dones. Dones que compartimos en un único Cuerpo, con una respuesta que debe ser comunitaria y global, como un hecho de Iglesia. El conjunto de la Iglesia en sus personas, comunidades y grupos, relaciones y estructuras, está sujeta al Espíritu y es objeto del proceso de renovación-conversión-reforma. Tiene como fin alcanzar la plenitud como Cuerpo de Cristo, la madurez de Cristo para ser plenamente eficaz en su servicio a la salvación universal e integral de la humanidad y del mundo.

Esta renovación exige la lectura de los signos de los tiempos para entender y acoger la Palabra de Dios en la historia, su presencia operativa, que conduce a la humanidad y a la misma Iglesia hacia ulteriores metas de unidad. Es así como la renovación exige una reforma de todo aquello que a lo largo del tiempo y por distintas circunstancias se ha

deteriorado, sea en las costumbres, o en la disciplina eclesiástica, o en el modo de exponer la doctrina, para que todo sea renovado según el orden debido (cfr. UR 6).

La conversión de actitudes en relación a Dios y a los hermanos, es otra exigencia de la renovación. Se expresa, ante todo, en el reconocimiento de que se es pecador y en la conciencia de que el perdón de Dios Padre es proporcional al perdón que nos ofrecemos mutuamente no una sino setenta veces siete. Se expresa, además, en la reconciliación mutua, en la capacidad de rescatar, recomponer y rehacer nuestras relaciones recíprocas con Dios, con los otros y con la misma naturaleza y cosmos. Reconciliación que es el medio en el que se da, mantiene y crece el diálogo de salvación. Se expresa, en fin, en la corrección y promoción fraternas, es decir, ese mirarnos los unos a los otros en la fe, esperanza y caridad que llama al otro a la conversión, que lo empuja hacia metas superiores y le comunica la misericordia, bondad y benevolencia del amor de Dios.

Así, ayudados por Dios que está y opera en todos y ayudados los unos por los otros caminamos todos juntos, como Iglesia, hacia la santidad, hacia la unidad salvífica universal. Es el itinerario permanente de crecimiento, es el camino espiritual de maduración de la Iglesia hacia la plenitud de Cristo.

4. El diálogo

El diálogo entendido como la intercomunicación de las conciencias, como relación auténtica entre las diversas partes –personas, grupos e instituciones– y, por tanto, entre los diversos dones, carismas y ministerios, se establece en la intercomunicación de la fe, de la experiencia de Dios propia y original de cada uno. En cuanto que es compartida, esta experiencia hace de todos un “nosotros” sujeto de una úni-

ca y común experiencia de Dios. Así Dios es compartido no sólo a nivel del espíritu en la intimidad de las conciencias, gracias al don de la fe, sino a nivel visible de comunidad fraterna, de Iglesia. Esta es la primacía de la comunión con Dios, vivida en la relación fraterna. Entonces la experiencia que cada uno tiene de Dios se universaliza. En primer lugar cuando se hace experiencia de otros y en segundo lugar cuando acoge cada uno la experiencia de los otros. En el diálogo nos hacemos uno y diversos a semejanza de Dios Uno y Trino.

El diálogo está hecho de silencio y de palabra. Silencio exterior e interior, silencio de las propias pasiones y de las propias facultades, en una palabra, silencio de sí. En la escucha y en la acogida, que el silencio permite, penetra en nosotros la palabra del otro, mejor aún, la Palabra de Dios, a través del otro. Silencio místico del anonadamiento de sí mismo, por el que madura, en la intimidad, la palabra que se ofrecerá a los demás, la que Dios quiere comunicarles. Es el silencio-soledad interior que genera la comunión y la palabra que la construye. El silencio-soledad, por tanto, se hace palabra que edifica, interpreta y educa al “otro”, a todo otro. Una palabra que emerge de la profundidad del ser humano pacificado, no como fruto de reacciones, ni expresión de las tendencias naturales, sino como expresión del señorío del espíritu sobre el ser humano. Palabra que expresa la originalidad del espíritu para edificar la comunidad. Silencio y palabra son fruto del señorío de Dios en una medida que sólo él conoce. Silencio y palabra, expresión de la libertad oblativa de los hijos de Dios, fuente de comunión y amistad⁶.

⁶ Jn 15. Es la comunión que se expresa en la imagen de la vid y de los sacramentos; es el mandamiento del mutuo amor; es la amistad que surge del “sois mis amigos porque yo os he comunicado todo lo que el Padre me ha comunicado”.

5. El discernimiento comunitario

Consiste en buscar conjuntamente la voluntad de Dios. Es el diálogo aplicado a la interpretación valorativa de la situación en la que se actúa o se quiere actuar y al análisis de las diversas alternativas de acción y a la identificación de medios y modos de actuar para llevar a cabo la voluntad de Dios tal como se descubrió. El discernimiento es confrontación con la Palabra de Dios actualizada por el magisterio de la Iglesia y la vida, en función de una opción que es conversión y que redimensiona el compromiso precedente y todo lo actuado hasta ahora. El discernimiento expresa la virtud de la prudencia o virtud de la acción y, más ampliamente, expresa la sabiduría de la fe que se deja guiar por la Palabra de Dios, de la esperanza que pone la seguridad en el poder de Dios y de la caridad que opta por Dios y por su Plan en las situaciones históricas concretas.

El discernimiento se aplica en diversas situaciones. En el análisis de una situación concreta en orden a individuar el problema que ésta presenta. En la valoración de motivos que mueven a escoger una alternativa sobre otras. En la valoración de la libertad para optar. En la elección de medios y modos de acción coherentes con la opción adoptada.

El discernimiento exige, en primer lugar, la ponderación de los diversos factores que intervienen en la situación. Exige además la identificación de los diversos elementos y su mutua comparación, para deducir conclusiones. Exige, además, la purificación de los esquemas preestablecidos, de las posiciones adoptadas, de los prejuicios, de los intereses particulares, etc. para estar abiertos a lo que se nos muestra, a la luz de la Palabra de Dios y de la situación concreta como “lo mejor posible”. A la ponderación y a la purificación les sigue la capacidad de resolución, la exigen-

cia de escoger, es decir, de pasar de la fase de búsqueda a la fase de elección. En esta fase se escoge una dirección o una alternativa entre otras posibles. El discernimiento nos lleva a salir de la perplejidad, aceptando la precariedad de tener que optar sin estar absolutamente ciertos de optar por lo mejor. Por una parte, es la aceptación de la precariedad humana y de su pobreza existencial, pero al mismo tiempo, es el ejercicio del señorío de la voluntad sobre sí misma y sobre las cosas. A la opción le sigue el compromiso coherente de usar los medios y formas más idóneos para llevar a cabo las opciones realizadas. Este compromiso exige tenacidad y paciencia para llevar a buen fin lo decidido, sin dejarse desviar por otros intereses. El discernimiento se convierte entonces en auténtico señorío del espíritu, ejercicio de libertad, amor verdadero, porque es una opción hecha en común en orden a edificar el bien común y para el crecimiento común.

El discernimiento exige honestidad en la búsqueda de razones que justifiquen las diversas alternativas y exige una purificación de las intenciones y de los motivos que impulsan hacia una opción determinada. La purificación comunitaria exige silencio, oración, comunicación espiritual y diálogo. Hay que superar la tentación de buscar la verdad en el sólo nivel de debate o discusión o, peor aún, de caer en la simple conversación de “café”. La purificación compromete la sensibilidad en un desapego de todo; la afectividad, en una independencia de todos; la inteligencia, en una honestidad en la búsqueda; y la voluntad, en una disponibilidad total a la voluntad de Dios. La purificación de sí implica que nada podrá impedir la libertad de opción y que la persona-comunidad tendrá el dominio de sí para escoger “lo mejor posible”, que aparece como voluntad de Dios, dando lugar al Espíritu para que sea Él quien nos conduzca.

6. La comunicación de bienes

En el mundo actual, no es posible hablar de espiritualidad de comunión si no se expresa en alguna forma de comunicación de bienes. Existe una brecha progresiva entre ricos y pobres que se traduce en que cientos de millones de personas no tienen el mínimo necesario para sobrevivir, mientras otros pocos acumulan riquezas que ofenden a la misma conciencia de la humanidad. Vivimos en un mundo que, en razón del lucro, ha llegado a poner en peligro la misma supervivencia del planeta tierra. El mundo actual necesita absolutamente de justicia y equidad, de solidaridad y caridad.

Estas no se darán sino en la medida en que las relaciones humanas estén orientadas, consciente y libremente, al bien común universal. Esta utopía es posible en la medida en que la búsqueda del mismo va acompañada de una sincera y efectiva comunicación de bienes espirituales, culturales y materiales. Bienes espirituales que se comunican mediante la participación y el diálogo, en el que se comunican no sólo los valores de la conciencia personal de los interlocutores sino que busca comprender, mediante el estudio y la investigación, las situaciones del presente y sus causas para encontrar, a su vez y mediante el discernimiento, las soluciones factibles y eficaces a los problemas presentes. La comunicación de bienes culturales, por su parte, se realiza mediante todas las formas de educación y las diversas formas y niveles de transmisión de la cultura, pero de modo que los destinatarios resulten protagonistas de su propio destino. La comunicación de bienes materiales, por su parte, implica la aceptación de los principios de reciprocidad, de solidaridad y de caridad tanto en las relaciones interpersonales como en las sociales, sean éstas locales, continentales o planetarias.

El principio de la reciprocidad exige la superación de los privilegios y la creación de una real y efectiva igualdad de oportunidades. Es la condición básica de la justicia. El principio de la solidaridad exige dar a cada persona según sus necesidades, lo que no es posible sin múltiples formas estructurales de solidaridad social, de redistribución de bienes y de servicios colectivos que estén al alcance de los pobres y excluidos, y los promuevan en dignidad y libertad. Por último, el principio de la caridad exige la disponibilidad y el compromiso por el bien común, local y universal, por la libre y gratuita comunicación de bienes en pro de la fraternidad universal. Es el mandamiento nuevo que Jesús nos dejó: “ámense los unos a los otros como yo os amé”; “en esto conocerán que sois mis discípulos”. Así, la justicia cristiana es “superior a la de los escribas y fariseos”, a imitación del amor del Padre que hace llover sobre buenos y malos. Es la justicia cuyo fruto es la paz.

La comunicación de bienes, por tanto, no es otra cosa que la expresión histórica de la comunión eclesial y de la vocación de la humanidad a la fraternidad universal. Es la participación de todos –personas, grupos y pueblos– en los bienes naturales y en aquellos que son fruto del trabajo de la humanidad para que todos puedan vivir con dignidad y libertad. De este modo, la humanidad y la Iglesia, en sus relaciones interpersonales, estructurales e institucionales, comparten los dones que el Señor ha destinado a todos. Así se profesa la fe en Dios, Padre dador de todo bien, y se comunica entre todos el don supremo del Amor que es Dios mismo, participado por Cristo, en la comunión del Espíritu.

7. La liturgia y oración

La liturgia es la fuente y cumbre de la espiritualidad comunitaria. Presupone una Iglesia que convoca y hace la Eucaristía y, a la vez, es la Eucaristía la que hace y edifica la Iglesia. Es la celebración del misterio de Cristo y de la vida de la Iglesia, en cuanto ésta es el sacrificio espiritual incorporado al sacrificio de Cristo y Sacramento de la comunión con Dios Padre, por Cristo en el Espíritu. Es el sacrificio de acción de gracias y de alabanza de la Iglesia, que se sabe a la vez salvada y necesitada de salvación.

La Liturgia celebra y actualiza el sacrificio de Cristo al que va unido el sacrificio de la Iglesia. Es la celebración del Cristo total, del dinamismo de integración en Cristo de toda la realidad humana y cósmica, de la cual la misma Iglesia es el signo. Es la celebración y actualización día tras día:

- del confluir en **uno**, como comunidad creyente en Cristo, en la unidad del único Espíritu;
- de la reconciliación fraterna fundada y establecida en Cristo;
- de la fe de la Iglesia, comunidad de escucha-acogida de la Palabra;
- del Sacrificio de Cristo unido al sacrificio de la Iglesia y para edificación de la unidad que Cristo mismo instituyó en su Sangre para la salvación del mundo;
- de comunión fraterna en la comunicación de bienes espirituales y materiales y en la primacía de la caridad universal;

- de la misión a ser llamados y enviados a comunicar la Buena Nueva a toda la humanidad.

La liturgia llevada a la vida es espiritualidad de las relaciones: comunidad fraterna que nace del don de Dios y de la oblación de sí, del encuentro-comunión en el único amor de Cristo Jesús compartido en la reciprocidad de las relaciones. Es el sacrificio espiritual exigido por el hecho mismo de establecer relaciones de conocimiento y comprensión, de perdón y reconciliación, de benevolencia y misericordia, de paciencia, de concordia y de paz. Es el sacrificio espiritual que nos edifica conjuntamente como Cuerpo de Cristo mediante el diálogo, el discernimiento, la participación corresponsable, la programación y evaluación, las estructuras orgánicas y funcionales. El sacrificio espiritual de una Iglesia que se edifica continuamente en Cristo, hacia una santidad que no tiene fin, exige esfuerzo y disciplina. Es el sacrificio de alabanza al Padre que Cristo sigue realizando y completando en su "Cuerpo" al seguir dando la vida por los hermanos y construyéndose a sí mismo en el amor. Es el **sí**, es el **amén** de Cristo -Cabeza y miembros- al Padre, es el **sí** de la Iglesia que vive en Cristo y por Cristo. Este es el único sacrificio agradable al Padre. Todo lo que se vive y todo lo que se hace en "nombre" de Cristo y, por tanto, como Iglesia, se convierte en sacrificio salvífico para el mundo en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

La auténtica oración es por lo tanto la que Cristo realiza en nosotros por su Espíritu y a la cual nosotros correspondemos. Responder a Cristo, a la voluntad del Padre y a su Espíritu, no es otra cosa que incorporarse al misterio de Cristo Dios y Hombre y, en Él, al misterio por el cual todos somos una sola cosa en Él. Así somos miembros los unos de los otros, según la diversidad de dones, de carismas y de ministerios. Nuestro **sí** a Dios es el **sí** de Cristo y, por lo

mismo, de la Iglesia. El ser humano no puede separar lo que Dios ha querido unir en Cristo: Dios y la humanidad, haciendo de los dispersos un solo Cuerpo, para alabanza y gloria de Dios Padre. En la medida en que nuestra oración se identifica con el querer de Dios, se identifica también con la humanidad redimida en Cristo y se convierte en instrumento de su actuación en el hoy de la historia. Así la oración incorpora a la persona, a la comunidad y a la misma Iglesia al misterio del Cristo Total, misterio que se celebra en la Liturgia y se edifica en la historia.

En definitiva, Liturgia-oración-unidad de vida son las dimensiones de una experiencia unificante, experiencia de vida en el Espíritu, de santidad compartida a lo largo de tiempos y culturas, a partir de diversos carismas personales y comunitarios. Toda la santidad es santidad de todos y de cada uno en el único Espíritu y la peculiaridad de la santidad de cada uno pertenece a todos. Es la comunión de los santos en el Santo, de los que nos precedieron y viven en la gloria de Dios y de los que viven todavía en este mundo, miembros todos del único Cuerpo de Cristo, formando parte de un grandioso Plan: Cristo, como principio, centro y fin de la historia humana, en el cual se recapitularán todas las cosas para Gloria de Dios Padre.

Originalidad de esta espiritualidad

- 1. Espiritualidad de Iglesia en cuanto tal**
- 2. Espiritualidad de Iglesia local**
- 3. Espiritualidad “nueva”**
- 4. Espiritualidad fundamento de todas
las otras espiritualidades**
- 5. Espiritualidad mariana**

De cuanto se ha dicho sobre la espiritualidad de comunión podemos deducir algunas cualidades que la definen y sitúan frente a otras espiritualidades existentes en la Iglesia. Son los aspectos que ponen en evidencia su originalidad, su novedad y peculiaridad.

1. Espiritualidad de Iglesia en cuanto tal

La espiritualidad de comunión que acabamos de describir, coincide, como ya se ha dicho, con la espiritualidad que corresponde al hecho de ser Iglesia. De hecho, cuando el Concilio Vaticano II nos propone el misterio de la Iglesia, desde la óptica de la comunión con Dios, nos está proponiendo, no sólo una doctrina, sino ante todo y sobre todo, un hecho teológico, una realidad vital, que da a la Iglesia su razón de ser y su justificación en la historia, en virtud de su esencia específica, que la configura, de acuerdo con un modo de ver, de ser y de actuar en el mundo: el de Cristo. Así se puede legítimamente decir que la Iglesia no sólo tiene una espiritualidad sino que ella misma es espiritualidad.

Es el misterio de Comunión con Dios y, por tanto, de comunión entre aquellos que fueron convocados por Dios en la Iglesia de Cristo para formar parte de un único Cuerpo. Es la espiritualidad que corresponde a todos los que, a través del bautismo quedaron integrados en la familia común de los hijos de Dios. Por medio de la fe y del bautismo fuimos incorporados a Cristo y a su Cuerpo que es la Iglesia. En virtud del bautismo somos convocados a la santidad de este "Cuerpo". En Él y por Él, somos llamados a dar la vida por toda la humanidad.

Esta espiritualidad de Iglesia es la única espiritualidad evangélica vivida como Iglesia, como Cuerpo de Cristo, como Templo del Espíritu Santo. Por lo mismo, es una espiritualidad al mismo tiempo personal y comunitaria. Personal, ya que por el bautismo la persona es injertada en la Iglesia, es miembro vivo del Cuerpo de Cristo y sólo en él participa de la vida y santidad del Espíritu Santo. Su crecimiento depende de su perfección como “parte”, en comunión y al servicio del todo. Comunitaria, ya que es el Espíritu Santo, uno y único, el que hace de todos una única realidad interdependiente y complementaria, con el fin común de extender el reino de Dios en el mundo. Dimensión comunitaria que es posible, mediante la complementariedad de los dones, de modo que cada uno contribuye a la edificación de Cristo en la medida que le corresponde, según el don recibido y el todo, a su vez, contribuya a la edificación de cada uno en el mismo Cristo. Tanto más nos maduramos como personas cuanto más nos integramos en la Iglesia comunidad y tanto más comunidad somos cuanto más maduramos como personas “en Cristo Jesús”.

2. Espiritualidad de Iglesia local

Espiritualidad-santidad de Iglesia que se actualiza, vive y celebra en la Iglesia particular. Esta es la comunidad cristiana en la que se expresa o debe expresarse en plenitud (aunque relativa en el tiempo) la espiritualidad de comunión y la ascesis comunitaria que ella exige. La Iglesia “acontece” en las Iglesias particulares o Diócesis como una y única Iglesia de Cristo, en comunión con las demás Iglesias presididas por la Iglesia de Roma. Por eso, la Iglesia particular es la primera Comunidad de salvación en la cual y mediante la cual se participa en la Iglesia universal.

La espiritualidad de Iglesia no se realiza por encima de la Iglesia particular o Diócesis (provincia eclesiástica, iglesia nacional, continental) porque en este caso se diluye toda referencia a lo concreto: lugar, cultura, tiempo, posibilidad de encarnación de la salvación en la existencia de los seres humanos. Tampoco por debajo de la Iglesia particular o Diócesis (parroquias y otras comunidades eclesiales) porque lo que no se sitúa realmente en ella y en comunión con ella, no es comunidad eclesial. Así la espiritualidad de Iglesia en su realización concreta es la espiritualidad de las Iglesias locales o Diócesis.

Y si ésta es la espiritualidad de todo bautizado, lo es doblemente, en razón del ministerio, la espiritualidad del Obispo, de los presbíteros y de los diáconos. En ella se juega la identidad presbiteral, sacramento –signo e instrumento– del pueblo de Dios, santo y llamado a la santidad. Dar la vida para que este pueblo sea cada vez más de Dios y Él sea siempre más Señor de su pueblo, hacia la perfecta santidad-unidad, en la perfecta comunión. Esta es la identidad más profunda de su ser presbiteral: la que celebra en la Eucaristía.

3. Espiritualidad “nueva”

La espiritualidad de Iglesia, del “ser Iglesia”, es una espiritualidad “nueva”. No en el sentido original y ontológico propio de la única espiritualidad evangélica, sino en el sentido de su explicitación y realización histórica.

La situación histórica ha llegado a tal grado de interdependencia y mundialización que ya no es posible vivir la espiritualidad evangélica con autenticidad, sin vivirla en esa dimensión de comunión universal que hace del evangelio una

respuesta siempre nueva. Además, después de casi cinco siglos, en los que prevaleció la perspectiva individual de la espiritualidad, la Iglesia ahora se llama a sí misma a una nueva perspectiva, la comunitaria, la de comunión, propia de su misterio y visibilidad histórica. En definitiva, es la misma espiritualidad evangélica que la Iglesia proclama y se propone a sí misma para responder a los desafíos de nuestro tiempo y para servir a la evangelización del mundo.

Esta espiritualidad es nueva porque el sujeto de la llamada a la santidad es el nuevo pueblo de Dios, en el que toda persona encuentra y explicita la propia vocación a la santidad. Es la nueva óptica, la comunitaria, desde la cual se mira cada uno y en la que se mide la autenticidad evangélica de todos. Es la espiritualidad de las relaciones eclesiales cuyo entramado encuentra su síntesis en Cristo.

Es una nueva espiritualidad porque la óptica que la configura emerge de una nueva comprensión del ser constitutivo de la Iglesia y, por lo tanto, de un carisma que se le ha dado en nuestro tiempo por mediación del Concilio Vaticano II.

4. Espiritualidad fundamento de todas las otras espiritualidades

La Iglesia se define a sí misma como espiritualidad. Por eso, la espiritualidad de Iglesia no es una más entre las muchas existentes, sino el fundamento de todas ellas. De hecho, el Espíritu Santo, autor de toda santidad, es Uno y en Él nos unifica a todos. A partir de esta condición de unidad, expresa sus múltiples dones, haciendo de todos un único Templo de Dios, un único Cuerpo de Cristo, Uno, en

la diversidad de miembros y funciones. De este modo, brotan del Espíritu las diversas formas de la espiritualidad, en el ámbito de la Iglesia y por su mediación.

Vivir en comunión, es decir, ser Iglesia, constituye esa unidad que precede ontológicamente a cualquier diversidad o distinción. De ahí se deduce que, cualquier espiritualidad vivida en la Iglesia, para ser auténtica, debe fundarse y ser vivida en la dimensión eclesial, como expresión de la espiritualidad común que llamamos espiritualidad de Iglesia.

Afirmar la espiritualidad de Iglesia, como fundamento de cualquier forma de espiritualidad, es construir sobre una base teológico-espiritual la unidad de vida y de acción de la Iglesia en su conjunto.

5. Espiritualidad mariana

La espiritualidad de Iglesia se identifica, en fin, con la espiritualidad mariana en su sentido más auténtico. Esta no es más ni menos que el **sí** de María a la voluntad del Padre que la hace Madre de Dios-hecho-hombre, por obra del Espíritu Santo. Es su renovado **sí** al misterio de Cristo, a través de su presencia en la vida, muerte y resurrección de su Hijo y en el comienzo de la Iglesia en Pentecostés.

Del mismo modo la Iglesia es el **sí** de esa porción de la humanidad que cree en el misterio de Cristo y se hace instrumento suyo para que ese misterio se desarrolle en el tiempo. Por esto ella, la Iglesia, tiene en María su “tipo” y su “modelo” de respuesta al don de Dios y de fecundidad espiritual. “En orden a su deber ser, místico y teologal, la Iglesia se reencuentra en María, Madre y Esposa inmaculada, en

cuanto que Ella, como persona singular, elevada a tal misión, “fundida” y “universalizada” por el poder del Espíritu, se convierte en principio de toda eclesialidad. La espiritualidad Mariana, tomada en su sentido exacto, es idéntica por tanto, a la espiritualidad eclesial, que precede a cualquier diferenciación de los carismas particulares” (Hans Urs von Balthasar).

La ascesis comunitaria y el plan pastoral

- 1. Qué se entiende por ascesis**
- 2. La ascesis comunitaria**
- 3. Plan pastoral y ascesis comunitaria**

A toda espiritualidad corresponde una ascesis o disciplina hecha de esfuerzos y método para alcanzar su fin: la perfección. Así podemos decir que a una espiritualidad comunitaria corresponde una ascesis también comunitaria. Es lo que ahora nos interesa precisamente porque si un plan pastoral supone una espiritualidad que lo genera, supone, también y sobre todo, un conjunto de esfuerzos hechos por muchas personas y un método que los canalice e integre en una unidad dinámica. Supone, por tanto, una ascesis.

1. Qué se entiende por ascesis

El sentido de lo que llamamos ascesis lo encontramos en el evangelio cuando Jesús nos invita a perderlo todo, a morir a nosotros mismos, para seguirlo a Él: “El que no lleve su cruz y venga en pos de mí, no puede ser discípulo mío” (Lc 14, 27). Y S. Pablo nos ofrece un testimonio personal de lo que le significa esa ascesis de seguimiento de Cristo.

Siendo libre de todos, me he hecho esclavo de todos para ganar a los más que pueda... Me he hecho débil con los débiles para ganar a los débiles. Me he hecho todo a todos para salvar a toda costa a algunos. Y todo esto lo hago por el Evangelio para ser partícipe del mismo. ¿No sabéis que en las carreras del estadio todos corren, mas uno solo recibe el premio? ¡Corred de manera que lo consigáis! Los atletas se privan de todo; y esto ¡por una corona corruptible!; nosotros, en cambio, por una incorruptible. Así, yo corro, no como a la ventura; y ejerzo el pugilato, no como dando golpes en el vacío, sino que golpeo

mi cuerpo y lo esclavizo; no sea que, habiendo proclamado a los demás, resulte yo mismo descalificado (1 Co 9, 19-27).

Aparecen claramente los dos componentes de toda ascesis. El esfuerzo personal por hacerse esclavo de todos, cuya justificación está en la conformación al Evangelio, a Cristo. Y, al mismo tiempo, se trata de un esfuerzo disciplinado, al modo de los atletas, para no dar golpes en el vacío, sino para acertar en lo que se pretende. Es decir, hay que esforzarse metódicamente. Esto no quiere decir que la Sagrada Escritura ofrezca métodos concretos y determinados para alcanzar la perfección, pero sí exige esfuerzos metódicos o coherentes con un método. Esfuerzos orientados al señorío del Espíritu sobre la naturaleza humana, a la subordinación (ordenación) de ésta a aquél (cfr. Mt 16, 24; 1 Co 9, 24-25 y 27; 2 Tm 2, 3; relacionados con el tema de la penitencia, de la lucha y del combate espiritual, de la abnegación, de la renuncia, de la aceptación del sufrimiento, etc.), (cfr. Ch. Bernard, *Ascesis, Nuovo Dizionario di Spiritualità*, EP, 1979).

Al mismo tiempo, S. Pablo reconoce que lo que es, lo que ha logrado ser, lo es por la gracia de Dios (1 Co 15, 10) y que de lo único que debe gloriarse es de su flaqueza para que en ella se manifieste el poder de Dios (2 Co 11 y 12). La concepción cristiana de la persona, creada a imagen de Dios, pero todavía sometida a la ley del pecado, exige la ascesis, el esfuerzo que es lucha permanente contra el pecado y sus manifestaciones tanto en la persona como en el mundo. Pero la verdadera liberación o libertad en el Espíritu no depende de ese esfuerzo sino del don de Dios, de su amor y vida que gratuitamente comparte con nosotros. Más aún, este don de Dios no es proporcional al esfuerzo humano sino que es principio de ese mismo esfuerzo; “es Dios el que infunde el aumento de la fe, de la esperanza y de la

caridad, que constituyen la esencia de la vida espiritual” (l.c.).

En definitiva, “la actividad del ser humano consiste en disponerse a la acción de Dios que da inicio al crecimiento de la vida espiritual... El fundamento de cualquier ascesis –y al mismo tiempo su límite– hay que buscarlo en el principio general que afirma que Dios ha querido la cooperación del ser humano en la obra de su propia salvación... Sea cual sea la medida de las prácticas ascéticas que uno considere indispensables, una cierta ascesis es inevitable, al menos, bajo la forma de una disciplina de vida (l.c.).

2. La ascesis comunitaria

Si tomamos en cuenta que toda ascesis queda determinada por el fin que se propone, habrá que decir que la espiritualidad de la Iglesia local o de Comuni3n o Comunitaria exige un tipo de esfuerzo y de m3todo que configuran la ascesis tambi3n comunitaria de la Iglesia local, para facilitar y disponer el cuerpo eclesial al don de Dios, que es la santidad del pueblo de Dios en la unidad universal.

La ascesis comunitaria de la Iglesia local exige entre otras cosas:

- a) El esfuerzo de toda persona para establecer relaciones de fe con los dem3s; para realizar un di3logo interpersonal sobre la propia experiencia de Dios; para darse al otro con 3nimo oblatoivo, a fin de que ambos, y en definitiva el pueblo de Dios en su conjunto, alcance la plenitud.
- b) El esfuerzo de grupos, movimientos, asociaciones e instituciones apost3licas y religiosas para abrirse los unos

a los otros, para conocer los dones y carismas de cada uno y para darles el lugar adecuado en el propio corazón y en la organicidad de la Iglesia; el esfuerzo por encontrar espacios comunes de intercomunicación en la fe, de intercambio de experiencias, etc. superando todo espíritu de indiferencia, de rivalidad o de competición, a fin de reencontrarse como hermanos y hermanas en la única realidad de la Iglesia.

- c) El esfuerzo de todos para madurar juntos la conciencia colectiva del querer de Dios sobre su Iglesia y expresarlo en objetivos y metas comunes, para colaborar cooperativa y orgánicamente en su consecución y evaluar juntos el camino realizado conjuntamente.
- d) El esfuerzo por someter a discernimiento la vida y la misión de la Iglesia que, portadora de la figura de este mundo, está llamada a una purificación permanente a fin de realizar un servicio eficaz al mundo. Este discernimiento atañe a las personas, a los grupos e instituciones, a las diversas dimensiones de la vida de la Iglesia, a su camino de crecimiento progresivo. Un discernimiento que se convierte en análisis, propuesta y opción operativa.
- e) El esfuerzo por crear y recrear estructuras de participación y comunión, a fin de que todos los bautizados tengan la oportunidad y la posibilidad real de ocupar el propio lugar en la Iglesia.
- f) El esfuerzo por crear y aplicar métodos de reflexión y comunicación, de diálogo y de discernimiento, de oración y de consenso, de planificación y evaluación, que pongan a la comunidad, Iglesia local, en condición de conocer la voluntad de Dios sobre sí misma, para tradu-

circa en propuestas y objetivos comunes y encontrar los mejores caminos para su actuación o puesta en práctica.

- g) El esfuerzo por mantener la disciplina que exigen los métodos y que facilitan el trabajo de conjunto en el que se canalizan las diversidades en función de la unidad; el esfuerzo por capacitarse en el uso de métodos y escoger los más adecuados al fin apostólico y pastoral del compromiso cristiano. Esta disciplina se traduce en el aceptar el “paso a paso”, en aplicar la pedagogía propia de los procesos educativos, en vivir la paciencia de la esperanza, a fin de hacer opciones responsables y actuar con seriedad y eficacia.

La ascesis consiste, por tanto, en el progreso de la Iglesia local en su visibilidad sacramental, como signo e instrumento de la unidad salvífica universal. Un progreso que, si bien es don de Dios, exige también un esfuerzo colectivo y orgánico de crecimiento como cuerpo social, mediante el uso de los métodos y estructuras adecuados. El esfuerzo de cada uno, en el marco de un método común, facilita la convergencia y armonía de la voluntad de todos: he ahí las dos perspectivas de una única ascesis comunitaria de la Iglesia local.

En cuanto esfuerzo interior de cada uno, la ascesis no se identifica con el esfuerzo de planificación pastoral, pero, en cuanto es esfuerzo, debe orientarse y realizarse en el ámbito de la caridad que conduce a la unidad; y al tratarse del esfuerzo de muchos, que deben converger en la edificación de la unidad, requiere un Proyecto o Plan que los unifique y hacia el cual converge el conjunto de acciones. En la armonía de este conjunto podrá contemplarse el camino de crecimiento de todos en la unidad.

3. Plan pastoral y ascesis comunitaria

a) Necesidad de un plan global

En la historia del último siglo de la Iglesia, la ascesis tenía un carácter preferentemente personal y se expresaba en proyectos personales de vida que incluían tiempos y modos de oración, esfuerzos conducentes al dominio de sí en relación con las diversas virtudes por alcanzar, así como tiempos y modos de control, tanto por parte de la persona como de su Director espiritual. Existía además una ascesis comunitaria especialmente en las órdenes monásticas y, más tarde, en todos los Institutos religiosos y, de algún modo, hasta en los presbiterios diocesanos. Todo esto en el marco de una institución más amplia como la Iglesia, considerada intocable e inmutable.

Pero la ascesis personal y la de grupos e Instituciones, precisamente por su carácter particular, característico de una parte de la Iglesia local, no era suficiente para avanzar todos juntos en la unidad visible, orgánica y dinámica de la Iglesia. De hecho, la dispersión pastoral que actualmente se vive y la fractura actual entre la Iglesia y la vida de la gente, incluidos los bautizados, lo demuestra. Hace falta un marco de referencia común a todos los bautizados, según la propia función, que comprometa a todos en una misma dirección y les dé un mismo sentido. Existe la necesidad de una planificación global que abarque a todas las personas, todas las acciones y todas las estructuras de la Iglesia local, en un todo armónico, y en función del crecimiento del conjunto. La Iglesia local no es la suma de sus partes, sino la presencia de una única Iglesia de Cristo, que necesita canales apropiados para su expresión y para su crecimiento como un todo único, para que se convierta cada vez más en “Sacramento universal de salvación en la unidad”.

De este modo, el carácter dinámico, comunitario y eclesial de la ascesis exige un proyecto o plan pastoral, que, si bien no agota la ascesis necesaria para crecer como Iglesia local, orienta, canaliza, y lleva a convergencia los esfuerzos de todas las partes –personas, grupos, instituciones– hacia la unidad, querida por Cristo como signo de la credibilidad de la Iglesia ante el mundo.

b) El plan pastoral fruto de la ascesis comunitaria

El plan en sí mismo es fruto de la ascesis comunitaria, ya que no emerge de un grupo reunido en torno a una mesa, sino de un proceso que debe abarcar al mayor número posible de personas de la Diócesis, y especialmente, a los agentes de pastoral.

Es la ascesis de la búsqueda común de la voluntad de Dios. Esta búsqueda es análisis, que permite descubrir las semillas del Verbo presentes en la realidad. Es descubrimiento y definición, a la luz del magisterio de la Iglesia, del ideal que se quiere realizar y hacia el cual se va a tender. Es definición de un camino que, a partir del hoy, determina las diversas etapas por recorrer, las diversas acciones que es preciso realizar, la convergencia de las diversas fuerzas existentes, a fin de que, en un mismo propósito, todos y todo converjan hacia el alcance del ideal deseado y elegido. Así, finalmente, cuando el Obispo asume oficialmente el Plan elaborado en conjunto, todos deben ejercitar la obediencia al Espíritu que se manifestó a través de todos y se manifiesta, finalmente, a través de aquél que tiene el ministerio de discernimiento de los diversos carismas y el ministerio de la unidad.

De este modo, por medio de un plan diocesano de pastoral, la Iglesia local ofrece un parámetro común para que los

esfuerzos de todos converjan en su construcción en la caridad. Así, toda persona, todo grupo eclesial y toda institución religiosa deben confrontarse con este parámetro en el aspecto que le corresponde, en términos de obediencia a la voluntad de Dios, comprendida y expresada por la Iglesia local y no sólo por la persona del Obispo. Esta obediencia resulta un acto de fe, que ya no se expresa en la simple dependencia legal o en una adaptación formal, sino que exige aceptar cordialmente y asumir formalmente aquello que la Diócesis, como tal, decidió.

Es la voluntad de Dios objetivada en la voluntad de la Iglesia, en cuya obediencia se hace realidad la comunión eclesial con Dios y con la Iglesia local.

El plan, por tanto, pone a todos frente a la necesidad de dar una respuesta desde la fe a la llamada de Dios. Pone a todos frente a todo aquello que está dominado por el pecado, con la exigencia de superarlo y de vencerlo, y les indica el camino para alcanzar progresivamente lo que aparece como voluntad de Dios. Al ser una propuesta que alcanza a toda la persona en su sensibilidad, inteligencia y voluntad, y en su vida espiritual de fe, esperanza y caridad, es una experiencia que desinstala y desafía y que provoca las más diversas reacciones de aceptación o de rechazo, con la consiguiente situación de comunión eclesial o de soledad.

c) El plan, instrumento de la ascesis

El plan pastoral, sin embargo, no es una solución para todos los males existentes, ni una especie de almacén de todas las respuestas. Es un instrumento que la Iglesia local se da a sí misma para caminar todos juntos hacia la santidad-unidad que Cristo le pide. Pero no es un instrumento cualquiera, que pueda usarse o no a discreción. Es un ins-

trumento indispensable, es una *conditio sine qua non*, es decir, una condición sin la cual no se podrá canalizar el dinamismo del conjunto hacia la unidad. Su ausencia provoca la dispersión de energías con la consiguiente ineficacia pastoral y frustración de la propia función de cada uno en la Iglesia.

Vivir juntos, con relaciones de buena vecindad, sin pisarse mutuamente los pies, resulta posible con la buena organización. Pero querer vivir juntos, en tensión continua hacia ulteriores metas de unidad, querer crecer y caminar juntos hacia aquella santidad que es ser en Dios “como Tú, Padre estás en Mí y Yo en Ti, así sean ellos uno en Mí” (Jn 17, 20), no es posible sin este instrumento que se convierte de este modo en indispensable para la ascesis comunitaria, para nuestra colaboración con el don de Dios.

Este plan, además de ser instrumento indispensable, es también fundamental, porque en él se expresa el grado actual de convergencia posible de todos los agentes pastorales y, en cierta medida, del mismo pueblo de Dios. De este modo, además de ser el andamio necesario e indispensable para la construcción de un edificio, es al mismo tiempo su fundamento, el punto de partida en el cual se apoya la futura construcción.

En conclusión: he ahí cómo la espiritualidad de Iglesia o de comunión, la ascesis comunitaria y la planificación pastoral, se exigen y se condicionan mutuamente. Pero la espiritualidad de comunión es el origen, tanto de la ascesis, como de la planificación y, al mismo tiempo, es fruto de la colaboración humana expresada en el plan pastoral. Don y respuesta, ¡he aquí el misterio de la Encarnación!

Pastoral: espíritu y acción

- 1. Qué se entiende por pastoral**
- 2. Servicio, ¿en qué sentido?**
- 3. Los destinatarios**
- 4. El sujeto-agente**
- 5. Los medios**
- 6. El fin**
- 7. Algunas exigencias o criterios de acción pastoral**

Antes de entrar en el tema de la planificación, de su sentido y de sus exigencias, es necesario definir el concepto de pastoral, el cual se ha formulado a partir de las experiencias; se trata de una definición que expresa una síntesis-de-vida-en-acción.

Comúnmente, a nivel académico, por pastoral se entiende “la acción propia de la Iglesia, orgánica y jerárquica, al servicio del hombre concreto”. El acento está puesto sobre la acción y sobre un tipo de acción: la que corresponde a la Iglesia en razón de su misma naturaleza, es decir, la acción relacionada con la triple función de la Iglesia: la de evangelizar y catequizar, la de celebrar el culto y alimentar la vida espiritual, y la de vivir la caridad en la fraternidad y como “enviada” o misionera. Son las acciones relacionadas con la triple función de Cristo: profética, sacerdotal y de servicio. Esta acción es y debe ser orgánica porque exige la participación y la corresponsabilidad de todos los bautizados cada uno según sus dones, carismas y ministerios, y es jerárquica porque es al ministerio jerárquico a quien corresponde confirmar la fe de sus hermanos y coordinar la acción de los mismos al servicio del cumplimiento de la misión común⁷. En fin, al decir que esa acción se dirige al “hombre concreto” se quiere decir que el destinatario de la acción de la Iglesia no es un hombre anónimo o universal

⁷ LG 32. En la Iglesia hay una admirable variedad, pero uno solo el pueblo de Dios, sin desigualdades de los fieles en Cristo y en la Iglesia. Aunque por vías diversas, todos están llamados a la santidad. La misma distinción entre pastores y laicos está basada sobre vínculos de servicio por parte de los pastores y de colaboración por parte de los laicos en orden a la misión común de anunciar el evangelio.

sino el hombre situado en un tiempo y en un lugar. Para que “se convierta y viva”.

Esta definición, sin embargo, tiene una preocupación académica: distinguir el objeto propio de la pastoral como ciencia –la de la acción de la Iglesia– del objeto de la espiritualidad que sería la de las actitudes evangélicas o la vida en el Espíritu. Esta distinción, que puede ser razonable a nivel académico, al ser aplicada a la vida ha generado, entre otros motivos, el dualismo práctico entre espiritualidad y acción pastoral. Para muchos cristianos son como dos cosas paralelas:

- la espiritualidad, que se refiere al momento de la oración, al de las prácticas de piedad y, en el mejor de los casos, a las actitudes de la vida personal, independientes de la acción que se realiza;
- y la acción pastoral que se regula con otros criterios y que en el mejor de los casos se expresa en una acción organizada en uno o más campos del hacer pastoral.

Sin embargo, a partir de la experiencia de toda persona humana y con más razón de los santos y aún de la misma doctrina tanto espiritual como pastoral, ese dualismo no tiene fundamento. Cuando una persona actúa, pone en acción su visión del mundo, de la Iglesia, de la persona, etc.; tiene fines claros o intuitos que constituyen el sentido de lo que se hace; al mismo tiempo tiene objetivos o propósitos que quiere lograr, objetivos que pueden ser explícitos o implícitos; realiza la acción con un espíritu de mayor o menor compromiso, etc. Todo de acuerdo, al menos intencionalmente, con los valores que la persona profesa o en los que cree. Con más razón desde la fe. Todo lo que se hace tiene que ver con la búsqueda, elección y cumplimiento de la voluntad de Dios. Por ello, nada escapa a la espiritualidad. Es en la acción donde los

valores de la conciencia toman cuerpo, se encarnan y, por lo mismo, es la acción la que manifiesta lo que creemos. Por ello Jesús nos ha dicho: “Bienaventurados aquellos que hacen la voluntad de mi Padre que está en los cielos”.

Cuando se usa, por tanto, el término “pastoral” hay que referirlo tanto al espíritu del “buen Pastor” que da la vida por las ovejas, como a la acción por la que el pastor revela y encarna ese sentido reuniendo el rebaño y llevando a las ovejas a los mejores pastos y defendiéndolas de los salteadores y mercenarios (Jn 10, 1ss). El sentido de la acción eclesial y la acción en sí misma son reconducibles a Cristo que da la vida por la salvación de la humanidad (Flp 2). La profecía, el sacramento y la comunidad son tareas cuyo sentido último es la pascua en su triple realidad de pasión, muerte y resurrección.

Por ello, a partir de las múltiples experiencias de los “proyectos de renovación parroquial y de la Iglesia local o diócesis”, que el Servicio de Animación Comunitaria promueve, y de la reflexión sobre dichas experiencias, hemos llegado a la siguiente definición de la pastoral:

- *Es el servicio propio de la iglesia*
- *A las personas y a la comunidad-pueblo*
- *De un tiempo (época) y de un lugar (cultura)*
- *Para que respondan progresivamente,*
- *Como personas y como comunidad-pueblo,*
- *A su vocación a la comunión con Dios, a la santidad,*
- *Y alcancen la salvación-liberación en Cristo*
- *Y acontezca y se extienda el reino de Dios⁸.*

⁸ Cfr. “De masa a pueblo de Dios”, parte II, capítulo 1, del mismo autor. En realidad allí se encuentra un amplio capítulo explicativo de esa definición de pastoral en ocho afirmaciones y que se sintetiza en este capítulo 8.

1. Qué se entiende por pastoral

En primer lugar se dice que la pastoral es un “servicio”. Para comprender en profundidad lo que ello quiere decir hay que partir del concepto de “siervo”. Siervo es aquel que hace lo que otro decide por él. La existencia de un siervo presupone la de un señor que tiene el poder decisonal sobre el siervo y éste se siente y está obligado a obedecer. Pero un siervo es tanto más eficiente cuanto más dócil y disponible a hacer lo que el señor mande; y es tanto más fiel cuanto más se identifique con los deseos y los modos de sentir de su señor.

Al mismo tiempo, uno puede ser siervo por tres razones: por un acto dominativo de alguien que se convierte en dueño y señor de su siervo; o por necesidad laboral por la que alguien se pone al servicio de un empleador; o por amor, es decir, alguien que libremente elige ponerse al servicio de la persona amada. Actitud extrema de quien se hace siervo por amor es la del Siervo de Yahvé, la del Buen Pastor que da la vida en obediencia al Padre para la salvación de muchos. Modelo, a su vez, para la Iglesia, es María que se proclama “sierva” de Yahvé para que en ella se realice el misterio del amor del Padre.

Servicio, a su vez, es aquello que realiza el siervo. Pero se dice también de la actitud (de servicio) con la cual alguien hace una tarea y por ello calificamos a la persona de servicial, de servidor.

Por tanto, cuando se dice que la pastoral es un servicio, se afirman varias cosas. Ante todo, que la pastoral no consiste en hacer lo que la Jerarquía cree ni lo que los agentes de pastoral creen sino lo que Dios quiere. Sólo Dios es el Señor. Y Dios ha manifestado su voluntad mediante su Pala-

bra, Cristo, vivida en la Iglesia e interpretada auténticamente por el Magisterio en el “aquí y ahora” de la historia.

Pero en virtud de la encarnación redentora y del envío del Espíritu Santo, Dios está también presente y operante en la historia. Por ello, los cristianos y la Iglesia están llamados a leer en la fe los “signos de los tiempos” para descubrir en ellos tanto los signos de la presencia de Dios, las “semillas del Verbo”, presentes en la humanidad para secundarlos, como los signos del mal para contrarrestarlos y vencerlos. Y así responder a Dios que llama desde la realidad a la responsabilidad personal y comunitaria de una respuesta libre y consciente en pro o en contra de Cristo; respuesta por la que las personas y la comunidad se edifican o no a sí mismas (cfr. GS 4, 10, 44).

Por tanto, para que la pastoral sea un servicio, es necesario partir de este acto de fe en la presencia de Dios en el “aquí y ahora” de un pueblo y descubrir los “signos” de su presencia, aquellos gérmenes de crecimiento de la humanidad que conducen a Cristo y son parte de esa progresiva recapitulación del universo en Cristo. Sólo con esta condición la pastoral puede ponerse al servicio de Dios y, al mismo tiempo, de la humanidad. Es decir, de la humanidad en su orientación a Dios y de Dios en cuanto este mueve a la humanidad hacia su plenitud, desde la interioridad de la misma. Entonces la pastoral puede y debe ser realmente y, al mismo tiempo, servicio a Dios y al hombre.

La pastoral, entonces, se hace servicio real y auténtico cuando la Iglesia determina, en primer lugar, en qué consiste ese paso de crecimiento del hombre, “aquí y ahora”, según el querer de Dios, y lo expresa en objetivos o situaciones concretas que se quieren alcanzar. Además, se hace servicio eficaz cuando se eligen y determinan los medios y los

procesos de acción más adecuados para lograr ese objetivo, es decir, para realizar la voluntad de Dios en el paso de crecimiento posible como comunidad. Eficacia, en fin, que exige la selección adecuada de las múltiples acciones instrumentales, necesarias para la realización de dichos procesos de acción.

Es el plan pastoral el que, como disciplina y ascesis espiritual, permite que todo y todos converjan en la realización del plan de Dios. Es así y sólo así como la jerarquía y los agentes de pastoral subordinan todo lo que ellos son, hacen y tienen a la realización del querer de Dios, objetivado en el paso de crecimiento de la humanidad hacia su plenitud en Cristo. Esto es la caridad pastoral.

2. Servicio, ¿en qué sentido?

El servicio, a su vez y en cuanto acción, es el “propio de la Iglesia”, el que corresponde a las tres funciones de Cristo: profética, sacerdotal y real. Se trata de la acción de evangelización y catequesis, de celebración litúrgica y de vida cristiana, de caridad y misionera. Es la acción que expresa la naturaleza de la Iglesia, las dimensiones de su vida y misión.

Estas dimensiones dan lugar a un conjunto de acciones diversificadas y categorizadas según miren principalmente a los destinatarios –tanto en su realidad eclesial como en su servicio al mundo–, a los servicios típicos de la Iglesia, a los agentes pastorales y a su formación y a las estructuras organizativas. Son los diversos campos de la acción pastoral que, agrupando las acciones que tienen una misma finalidad, permiten distinguir, integrar y coordinar la diversidad en la unidad orgánica, precisamente mediante un plan así como la organización que su realización exige.

3. Los destinatarios

Destinatarios de este servicio son las personas, las que no conocen a Cristo, las que conociéndolo se han alejado de la fe y las que profesando la fe tienen necesidad de renovarla de acuerdo con los nuevos desafíos que plantea la historia (cfr. AG 8). Estas personas, sin embargo, no son consideradas individualmente sino en cuanto personas relacionadas con un modo de ver, ser y actuar colectivo, es decir, una cultura. Por ello se afirma que la pastoral se dirige a las personas y a la comunidad-pueblo, es decir, a un conjunto de personas que tienen alguna conciencia e identidad común y participan de un común sentido y destino de vida. Es así como se puede afirmar que la pastoral tiende a transformar tanto la cultura de un pueblo —su modo de pensar, sus criterios de vida, sus actitudes, su jerarquía de valores, sus modos de actuar...— como las diversas culturas existentes en ese mismo pueblo (cfr. EN 18-20).

Al mismo tiempo se tiene en cuenta que estos destinatarios están “situados” en un tiempo y en un lugar. Con ello se quiere afirmar que el servicio pastoral se dirige a una persona condicionada por una época histórica y perteneciente a una cultura determinada. No se trata de un anónimo al que basta transmitirle la verdad; ésta debe ser comunicada a partir de su condición y de su cultura y para que el destinatario la pueda acoger con la gracia de Dios, y así pueda convertirse y salvarse. De lo contrario, la pastoral no sería un servicio. Por ello, la Iglesia, con la ayuda del Espíritu Santo, tiene el deber de

escuchar atentamente, discernir e interpretar los varios modos de hablar de nuestro tiempo, y de saberlos juzgar a la luz de la palabra de Dios, para que la verdad revelada sea percibida cada vez más pro-

fundamente, sea mejor comprendida, y pueda presentarse en forma más adecuada (GS 44).

4. El sujeto-agente

Si miramos al sujeto del servicio, decimos normalmente que es la Iglesia. Pero cuando decimos “la Iglesia” ¿a quiénes nos referimos? ¿Sólo a la Jerarquía, a todos los agentes de pastoral, a todos los practicantes o a todos los bautizados, sea cual fuere su grado de pertenencia a la misma? En realidad, si no queremos negar el valor teológico y la práctica pastoral del bautismo, debemos decir que el conjunto de los bautizados es el sujeto pastoral. Pero no en forma indiscriminada sino de acuerdo a la triple ley, intrínseca a la naturaleza de la Iglesia, es decir:

- el conjunto de los bautizados es responsable de todo el evangelio para todos los hombres (LG 17-20; 28-29; 30, 33; AA 1-3);
- cada uno lo es en forma diferenciada, es decir, según los propios dones, carismas y ministerios (LG 5, 10, 11, 13, 18, 22, 28, 30-32, 37, etc.);
- en la unidad orgánica del conjunto del pueblo de Dios (LG 7, 12, 22, 23, 28, 30, 32, 37; GS 43; ChD 3-7; PO 2, 7-9; AA 2, 3, 10, 18-20, 23-27).

Pero si el sujeto de la pastoral es todo el pueblo de Dios, entonces la pastoral debe realizarse de modo que aún los cristianos más débiles, “alejados” y pobres sean, de hecho, protagonistas de la misión de la Iglesia, de su misión de evangelizar. Esto exige una profunda conversión tanto de las actitudes como de la organización pastoral. Hay que

pasar de una pastoral concebida y organizada por los agentes de pastoral “para” los bautizados, sean practicantes o no, a una pastoral realizada “con” todos los bautizados (es decir, en la que todos ellos sean tenidos en cuenta) y al servicio de todos.

Más aún, en la lógica educativa de la fe o de la pedagogía de la evangelización, hay que seguir el ejemplo de Jesús con la Samaritana, con los discípulos de Emaús, con Zaqueo...: Jesús parte de la situación concreta del destinatario y desde allí lo conduce hacia la plenitud de la verdad. Es la gran conversión pastoral: no solo realizar una pastoral “con” todos los bautizados y gente de buena voluntad sino, también, “desde” su condición cultural para, desde allí, iniciar un camino de fe que es purificación de la cultura e inculturación de la fe. Fruto de este proceso será una Iglesia “autóctona”, capaz de ofrecer al mundo y a la Iglesia universal o a la comunión de las Iglesias locales, presidida por la de Roma, su propia originalidad.

5. Los medios

Los medios por los que Cristo realiza-actualiza la salvación y santificación del mundo, son la Palabra de Dios, la Eucaristía y los sacramentos, así como la misma fraternidad eclesial. Son los medios que constituyen la misma existencia de la Iglesia. Para ofrecerlos a todos, Cristo ha instituido un ministerio pastoral: el de la palabra, el de la liturgia y el de la fraternidad o comunidad. Ministerio confiado a los Obispos con sus presbíteros y diáconos. Ministerio que constituye la comunidad eclesial, la local y la universal, y la promueve en su crecimiento permanente hacia su plena realización en Cristo. Por ello el Concilio Vaticano II dice que “los pastores de la Iglesia, siguiendo el ejemplo de Jesús, de-

ben estar al servicio los unos de los otros y de los otros fieles, y estos a su vez colaboren eficazmente con los pastores” para el cumplimiento de la común misión de edificar el cuerpo de Cristo (LG 32).

6. El fin

Por último el fin del servicio pastoral es que las personas y la comunidad-pueblo respondan a su vocación (personal y comunitaria) a la comunión con Dios, a la santidad. Es decir, participen de la vida de Dios, entren en comunión con Él, por Cristo y, aunados por el mismo y único Espíritu, compartan esta misma vida con todos aquellos que se reconocen en Cristo y forman su cuerpo, la Iglesia. Hasta que se identifiquen con los sentimientos del mismo Cristo y se hayan “revestido” de él y lleguen así a la unidad de vida personal y colectiva, como Pueblo de Dios, unificados en el único Espíritu.

Esta santidad, como dinamismo histórico, consiste en el proceso de liberación-salvación, de conformación con Cristo y de dilatación del Reino de Dios en el mundo. Se trata de una santidad que, como horizonte último personal y comunitario, no tiene término y es posible sólo con la gracia de Dios y consiste en la unidad salvífica universal.

7. Algunas exigencias o criterios de acción pastoral

De todo lo dicho hasta aquí sobre la concepción de la pastoral surgen una serie de exigencias o de criterios que es preciso tener en cuenta. La acción pastoral debe:

- partir de la condición en que se encuentran los destinatarios, es decir, de los valores de su cultura que, vistos, interpretados y aceptados a la luz de la fe, conducen a la progresiva conversión de los grupos humanos hacia la madurez de la fe y la plenitud de su misma cultura;
- desarrollarse al ritmo de la capacidad de respuesta de esos mismos destinatarios; ya que sólo así es posible crecer y madurar; sin este respeto, hay solo imposición, instrucción magisterial pero no conversión ni transformación;
- servir a la conversión y, por tanto, debe usar una pedagogía permanente de confrontación entre fe y vida que ponga a toda la gente ante la propia responsabilidad de elegir a favor o contra Cristo, facilite una respuesta positiva y de este modo crezca, paso a paso;
- determinar la sucesión de los pasos en etapas y metas progresivas, de acuerdo con un plan que organiza los procesos de acción necesarios para lograr las metas prefijadas y prevé todas las acciones instrumentales para poner en práctica dicho plan; así se determinan los estadios del crecimiento de la comunidad y el recorrido que se ha de realizar en cada uno de esos estadios;
- coordinarse y organizarse de modo que todos los agentes de pastoral canalicen sus energías y converjan en la acción al servicio de ese proceso de crecimiento comunitario, como pueblo de Dios. Todo ello como colaboración con el plan de Dios de salvación universal en la unidad-santidad.

En este contexto, la acción pastoral es sólo propuesta, invitación, sugerencia, motivación, animación, convocación... pero al mismo tiempo permanente, constante, insistente, periódica... como la misma vocación a la santidad lo exige.

Consecuentemente, la pastoral es servicio a un pueblo en su camino hacia la santidad y es servicio a Dios que ha hecho propia la causa de la humanidad. Dicho de otro modo, “la gloria de Dios es el hombre viviente”.

**Pastoral de conjunto y
planificación pastoral
(Directorio Pastoral de los Obispos)**

- 1. Pastoral orgánica o de conjunto**
- 2. Pastoral planificada/programada**

Después de explicitar el concepto de pastoral que subyace al proyecto que se ofrece como propuesta, ahora se quiere recordar lo que dice el magisterio de la Iglesia a este propósito. Para ello contamos con las indicaciones que se encuentran en el “Directorio Pastoral de los Obispos” (*Ecclesiae Imago*), de la Pontificia Congregación de los Obispos, publicado el 22 de febrero de 1973. Tratando de las “exigencias de la pastoral, hoy”, después de haber afirmado que son necesarios la renovación de la pastoral (99), el conocimiento de los fieles (100), el conocimiento del estado de la diócesis (101) y las investigaciones socio-religiosas (102), el documento nos habla de la pastoral orgánica y de la planificación/programación pastoral en los siguientes términos.

1. Pastoral orgánica o de conjunto

1.1. Acción común y orgánica (n. 103)

“La totalidad del pueblo de Dios, asumido por Cristo para ser instrumento de la redención de todos, tiene la misión no sólo de llevar a los hombres el mensaje y la gracia de Cristo sino también de animar y perfeccionar el mundo y el orden temporal con el espíritu evangélico.

Ahora bien, el Obispo, en favor de la porción de Iglesia que le ha sido confiada, no puede contribuir a la realización de un compromiso tan grande si no promueve y regula según un plan general, en forma comunitaria y coordinada, (llamada también “pastoral orgánica”), la actividad apostólica del conjunto del pueblo de Dios en todo el territorio diocesano o en una particular zona del mismo”.

1.2. Exigencias de la pastoral orgánica (n. 104)

- * *Destinatarios.* “La pastoral orgánica se dirige a todas las categorías de personas, sin descuidar ningún sector o clase de personas necesitadas de evangelización o de catequesis”.
- * *Agentes de pastoral.* “Exige la unión y la coordinación del trabajo de todos los agentes de pastoral –presbíteros de uno y otro clero, religiosos, religiosas y laicos– de modo que no se ignoren mutuamente o, peor, no se contrapongan entre ellos, salvadas en todo caso la vocación propia de cada uno y la legítima libertad de iniciativa tanto individual como asociada”.
- * *Coordinación.* “Exige, en fin, la estrecha coordinación de todos los sectores de la pastoral: esto es, de las ‘pastorales’ litúrgica, catequética, misionera, caritativa, social, cultural, familiar, escolástica, etc., bajo la autoridad y guía del obispo, de modo que todas las fuerzas del apostolado asociativo, sean personas o instituciones, sean injertadas ordenadamente en el plan común de acción para la consecución y el crecimiento del bien de toda la diócesis. Y esto, sin que ninguna forma de apostolado diocesano se arrogue un derecho de primacía sobre las otras, salvadas las preferencias establecidas por la autoridad eclesial competente”.

1.3. Condiciones para una eficaz pastoral orgánica (n. 105)

- * *Fidelidad a Dios y al hombre.* “Para ser verdaderamente pastoral, la acción orgánica de la diócesis debe estar embebida de espíritu evangélico y ser fiel a Dios y al hombre. Ella, de hecho, tiene la misión de llevar la luz y

la vida de Jesucristo a aquellos que buscan resolver sus problemas sociales y, al mismo tiempo, tiene la tarea de cultivar y de difundir el genuino 'humanismo', porque difícilmente la gracia de Cristo puede radicarse allí donde no existe el 'hombre' auténtico".

"A tal fin pueden aportar una buena contribución las diversas comunidades cristianas, en cuanto tales, con tal que sean formadas al sentido del apostolado".

- * *Cooperación de todos.* "Es indispensable, además, la magnánima y generosa ayuda de todas las personas e instituciones cristianas, bajo la guía y detrás del ejemplo del obispo, al que corresponde principalmente el derecho y el deber de pastor".
- * *Organización y espíritu de servicio.* "En fin, después de haber realizado el estudio de las situaciones humanas en cada campo de acción como se ha dicho más arriba (cfr. nn. 100-102), es necesario que los miembros y las instituciones de la diócesis más que a la óptima organización de las estructuras pastorales se dediquen y adquieran y ejerciten el espíritu de humilde y constante servicio, en el cual encontrarán la gracia de la unidad, según el dicho del Señor: 'Quien pierda la vida por causa mía y del evangelio, la salvará'" (Mc 8,35).

2. Pastoral planificada/programada

El mismo documento, en un capítulo posterior trata del Obispo como presidente y ministro de la comunidad apostólica. Después de haber expuesto los principios generales del apostolado (140-147), afronta el tema de la organización del trabajo pastoral diocesano (148-152). Los primeros tres

números de esta parte se refieren a la necesidad de la planificación y a sus características (148), a la elaboración del plan (149) y a su contenido (150).

2.1. Necesidad de la planificación y sus características (n. 148)

“Para una atención cada vez más provechosa a las almas, es indispensable que el Obispo formule un plan o programa general de apostolado para toda la diócesis. Este plan:

- * Debe tener una cierta estabilidad con el fin de que pueda continuar, no obstante el cambio de los titulares de los oficios o de los sectores;
- * al mismo tiempo debe tener una cierta elasticidad, con el fin de que pueda adaptarse a situaciones cambiantes de la diócesis y a las diferencias de los diversos ambientes, además de dejar legítimo espacio a oportunas y libres iniciativas;
- * debe tener en cuenta los principios generales de los que se ha tratado más arriba (cfr. nn. 93-98)”. (*Nota*: los principios allí tratados son los de: el bien común, la unidad, la colaboración responsable, la subsidiaridad, la coordinación, la persona justa en el lugar justo).

2.2. Elaboración del plan y aprobación del Obispo (n. 149)

“Para que el plan de pastoral orgánica sea válido en sí mismo y logre la integración de todos los componentes de la vida apostólica de la diócesis, es necesario que sea como el espejo fiel de las situaciones y necesidades de la misma, constituya el fruto del aporte de toda la comunidad, y por

último sea asumido autoritativamente por el Obispo. Por lo mismo el Obispo no adopta un plan o programa pastoral sino después de:

- un profundo conocimiento del estado de la diócesis;
- una ponderada previsión del desarrollo de la situación;
- adecuados estudios por parte de los competentes oficios diocesanos;
- haber sentido el parecer de los consejos diocesanos, además de personas prudentes y competentes;
- haber puesto, por último, sujetos verdaderamente idóneos al frente de las oficinas encargadas de procurar la ejecución del plan”.

2.3. Contenido del plan (n. 150)

“El plan orgánico de pastoral debe comprender a toda la diócesis en su conjunto y en sus distintos aspectos sociales, religiosos y humanos, tomando como ejes fundamentales tanto las circunscripciones territoriales, como la distribución demográfica y la composición sociológica de la población. En el plan hay que buscar y prever los caminos para alcanzar con intensa, sentida y disciplinada acción pastoral todos los ambientes, grupos y, en cuanto sea posible, individuos que formen parte de esas circunscripciones, y llevarles el fermento evangélico en sus elementos esenciales de catequesis, de culto, de caridad; y finalmente conseguir, en los tiempos y modos más oportunos, la deseada renovación de las almas por medio de la celebración eucarística del misterio pascual, cumbre y fuente para todos de comunión eclesial y de apostolado”.

Qué se entiende por plan pastoral

- 1. Qué se entiende por plan**
- 2. Qué se planifica**
- 3. Elección de un método**
- 4. Simplicidad-complejidad de un plan**
- 5. Qué es un plan de acción pastoral**

1. Qué se entiende por plan

Un ejemplo nos puede ayudar a comprender la naturaleza de un plan de acción. Un Señor va a la estación del tren, se dirige a una de las ventanillas y pide un billete Roma-Milán. En esta acción, este señor tiene un propósito –llegar a Milán– que, al mismo tiempo, es un objetivo que pretende alcanzar tras una serie de acciones; pero es también una intención que precede y empuja a la persona a tomar las decisiones necesarias.

De hecho, este señor podía llegar a Milán con el avión, el barco, el automóvil, etc... Entre las diversas posibilidades elige una: el tren. Pero existen diversos tipos de tren: local, expreso, rápido... Por ello, ese señor tiene que elegir qué tren va a tomar, qué día, a qué hora (de día o de noche), en primera o segunda clase... Es la elección de los medios. Para ello, a su vez, debe calcular los gastos, el tiempo de que dispone, las diversas condiciones de salud, de distancia...

Sin embargo, nadie hace un viaje si no hay alguna razón o motivación que lo justifique. Razón que está en la realidad de la vida, en su situación familiar –visitar a un pariente enfermo– o en su trabajo –hacer un negocio– o en su salud –ir a descansar– etc.

Cuando ese señor sale de su casa sabe a dónde quiere llegar o qué objetivo quiere alcanzar, cuál es el fin que lo motiva, sabe qué medios va a usar para pasar de la situación presente –la de estar en Roma– a la futura –estar en Milán–.

Así, por plan de acción podemos entender: el conjunto de las decisiones que toma un determinado sujeto en orden a su propio crecimiento en el cumplimiento de su misión.

Un plan no es un calendario de actividades que de por sí pueden estar desconectadas las unas de las otras sin un objetivo que las oriente en una misma dirección. Ni es un conjunto de orientaciones prácticas que pueden iluminar la acción que se quiere realizar, pero no dicen ni qué se propone alcanzar, ni qué se debe hacer, ni cómo hacerlo. Ni es un conjunto de indicaciones prácticas que no se sabe ni cómo ni en función de qué relacionarlas. No es una doctrina que se desea vivir ya que esto, como motivación espiritual o moral, necesita de medios concretos para traducirse en vida. No es, en fin, un conjunto de buenos propósitos que, sin los medios adecuados y coordinados en sucesión temporal, permanecen en el ámbito de los piadosos deseos.

Un plan, de hecho, puede referirse a muchas realidades: a la construcción, a la enseñanza, a la investigación, a la venta de productos, a la economía, a la política... A todos los campos del quehacer humano.

Pueden por tanto existir tantos planes cuantos son los intereses humanos que dan origen a un conjunto de actividades o de medios, articulados en la sucesión del tiempo y realizados por determinados sujetos o responsables, en orden a alcanzar un objetivo prefijado.

2. Qué se planifica

Se planifica la acción, es decir las actividades que se realizan o que se quieren realizar para alcanzar un objetivo.

No se planifica el espíritu que debe animar la acción, ni la conciencia que se debe tener de la misma, ni las actitudes espirituales con las que se realiza la acción; todo esto es responsabilidad del sujeto. Al mismo tiempo, todo esto puede expresarse en un plan:

- como sentido y fin de cuanto se hace o como valor último al que se tiende y que da sentido a todo lo que se hace;
- como principios y criterios que iluminan cuanto se hace o se planifica y de este modo asegurar que la acción corresponda a los valores que se quieren vivir.

En realidad se planifica o se debe planificar aquella acción que, en relación a los valores, puede crear condiciones más o menos ideales para vivirlos. Por ejemplo: no se planifica la oración sino un tiempo o un ejercicio de oración. La oración en sí misma es un don de Dios y una respuesta personal y, por lo mismo, no es objeto de planificación. Son planificables, sin embargo, todos los momentos y las acciones que promueven y facilitan la oración.

Más aún, cuando se planifica la acción que se quiere realizar —y de hecho se realiza— se está dando cuerpo a la conciencia que se tiene de los valores y de la necesidad de vivirlos más en profundidad. Sólo así, los valores se traducen en vida y no quedan reducidos a conceptos abstractos o teorías doctrinales, a deseos veleidosos, a sueños imaginarios. Se planifica precisamente para no ser de aquellos que dicen: Señor, Señor... sino para encontrarse entre aquellos que haciendo la voluntad de Dios son “bienaventurados” como hermanos, hermanas y madre de Cristo, según el Evangelio.

Por tanto, en un plan no se debe buscar la exposición doctrinal, la exhortación espiritual o las disposiciones legales en sí mismas, sino cuanto se refiere a la acción, a la práctica concreta, aunque ella se exprese con sus motivaciones.

Está demás decir que un plan de pastoral se funda en la Palabra de Dios –vívida durante siglos por la tradición de la Iglesia y actualizada por el Magisterio– y en los signos de los tiempos que caracterizan el mundo contemporáneo, al que está destinado el servicio de la Iglesia. Fundamento que aparece en los fines y en las motivaciones que sustentan los diversos objetivos, metas e iniciativas. Se trata, en definitiva, de la fidelidad a Dios y al hombre. Y es en relación con esta fidelidad como hay que evaluar todo plan pastoral.

3. Elección de un método

Supuesta la claridad sobre lo que se quiere planificar, es necesario elegir y aplicar un método para hacerlo.

Existe una infinidad de métodos para que se pueda elaborar un plan de acción. Sin embargo hay dos orientaciones fundamentales:

- a) hay métodos que se basan sobre las necesidades, puntos críticos y desafíos que plantea el presente para proyectarlos en el futuro como objetivos o situaciones resueltas (métodos de extrapolación);
- b) o métodos creativos de modelos ideales en los que encuentran cabida nuestros deseos, aspiraciones, propósitos... (métodos de interpolación o prospectivos).

Además, hay que distinguir métodos que toman en consideración las situaciones de conjunto (plan global) o alguna de sus partes (plan parcial). Métodos que responden a situaciones complejas y métodos más simples para realidades también simples. Por tanto se trata de elegir un método adecuado a lo que se propone el planificador y correspondiente a su mentalidad (valores, criterios de vida...).

Existen métodos para definir una estrategia de ventas (marketing), para la expansión de industrias, para la gestión/administración de una empresa, para organizar la economía y la política de un país, para la investigación científica, para los viajes en el espacio, etc. Métodos que ayudan a planificar a largo plazo con sistemas técnicos de previsión, otros que sirven para tomar decisiones más o menos a corto plazo, etc. De este modo no es fácil elegir un método adecuado. Esto depende:

- de los objetivos que se propone el planificador,
- de los valores que se quieren vivir como sentido de la acción.

Todo método, sin embargo, exige definir claramente:

- la situación de la cual se quiere salir (donde estamos),
- la situación que se quiere alcanzar en el futuro como solución a la situación presente (donde queremos llegar),
- el itinerario o camino que es preciso recorrer para pasar de una situación a la otra.

Dicho de otro modo, un plan conlleva:

- el análisis de la situación actual o qué se quiere superar o transformar (es el porqué de un plan);

- el objetivo o los objetivos que se quieren alcanzar y en los cuales se expresa la situación de futuro a la que se quiere llegar; es la intención que orienta la acción a realizar (es el qué se quiere obtener),
- la secuencia de los medios con los que se quiere alcanzar el objetivo (cómo alcanzarlo).

Pero hay que tener en cuenta, además, que todo método implica una filosofía o teoría de la acción y, por tanto, quien planifica debe tener en cuenta si esa filosofía está de acuerdo con sus objetivos y sus valores. Entonces, la elección de un método para la planificación pastoral es algo que se debe ponderar con gran cuidado: debe poderse componer con los valores y objetivos que se propone la Iglesia. No es verdad que un método vale lo mismo que otro. Cada elección debe hacerse con todo cuidado.

En fin, en relación con la multiplicidad de métodos hay que tener en cuenta que cada uno tiene un lenguaje y, por lo mismo, se usan términos comunes con significados diversos, según la lógica de cada método. Por ello, palabras que en el lenguaje común se usan como sinónimos (por ej. fin, objetivo, meta) en el lenguaje metodológico adquieren un significado preciso y determinado que las diferencia entre sí.

4. Simplicidad-complejidad de un plan

Un plan se expresa en objetivos o situaciones ideales que se quieren alcanzar y en un conjunto de medios organizados en sucesión temporal precisamente para el logro de dichos objetivos.

Pero la simplicidad y complejidad de un plan depende de la mayor o menor amplitud de la realidad que se planifica; es decir, cuanto más compleja es la realidad que se quiere planificar tanto más complejo será el sistema de planificación y el mismo plan.

Pongamos un ejemplo: la planificación de los gastos de una semana para la comida de una familia es mucho más simple que la de un hospital. Más complejo aún será si se quiere planificar toda la actividad del hospital. En este caso es necesario distinguir los servicios generales, y los que corresponden a las diversas secciones; en cada una de ellas, a su vez, hay que distinguir lo que corresponde a la organización del personal, a la coordinación de las diversas actividades, a la logística, etc. Son los diversos campos de la acción. No existen planes simples o complejos sino una realidad que siendo simple o compleja exige una planificación correspondiente.

Por ello, de acuerdo con la realidad u objeto que se quiere planificar, la planificación procede primero definiendo los campos de acción y después articulando el plan con su objetivo general, los objetivos específicos de cada campo de acción; aquellos que se deben alcanzar a corto, medio y largo plazo; los procesos de acción (concatenación de los medios) correspondientes tanto a cada campo de acción como al proceso general del conjunto de la acción.

En el caso del presente proyecto-propuesta todo gira en torno a las acciones que facilitan la maduración de la conciencia colectiva del pueblo de Dios. En este sentido es un plan simple: sirve a la vocación de todo el pueblo a la santidad. De este modo, en términos cristianos, la acción pastoral está al servicio de la conversión-renovación de la conciencia colectiva. De la maduración de esta conciencia colectiva

deberá brotar un estilo de vida que sea “signo e instrumento” de la unidad salvífica a la que el mundo está llamado.

Al mismo tiempo es un plan complejo porque debe tener en cuenta las múltiples diversidades existentes en el pueblo de Dios y las múltiples acciones que la Iglesia debe realizar y que el plan debe categorizar y armonizar. Acciones que se refieren a la familia, a los niños y jóvenes, a los diversos sectores sociales en los que los cristianos están comprometidos y deben dar testimonio de su fe, a los diversos ámbitos de catequesis, liturgia y caridad, a la formación de los agentes de pastoral y a las diversas estructuras de comunión y participación. La organicidad de un todo y su coordinación dinámica es siempre compleja.

5. Qué es un plan de acción pastoral

Objeto de planificación en una diócesis es toda la acción que entra directamente bajo la misión apostólica de la Iglesia. Aquella acción que, confiada por Cristo a los apóstoles y en ellos a sus sucesores los obispos, debe ser orgánicamente y dinámicamente realizada y coordinada, con la colaboración de todos los bautizados, para el cumplimiento de su misión como Iglesia enviada al mundo.

Acción apostólica que incluye toda la realidad de la diócesis, esto es:

- todas las acciones que se refieren al triple oficio o “munus” de evangelización y catequesis, de liturgia y vida espiritual, de caridad y misión; acciones que la Iglesia local realiza tanto al servicio del crecimiento del pueblo de Dios como del de los cristianos comprometidos en la transformación del mundo;

- todas las personas bautizadas, aunque en modos y grados diversos, en cuanto constituyen el sujeto de la acción apostólica;
- todos los organismos e instituciones que canalizan la comunión y participación de todos los bautizados en las diversas instancias del gobierno de la Iglesia.

En síntesis, la acción apostólica incluye a todos y a todo lo que esté incluido en la misión de la Iglesia y en cuanto ésta es responsabilidad del ministerio apostólico confiado por Cristo a los obispos con los presbíteros y diáconos, al servicio de la unidad. Este es el ámbito de la acción pastoral.

Esto no quiere decir que se planifica toda la vida de la Iglesia: lo que toca al estilo de vida de las personas en su ámbito privado, a las estructuras y asociaciones informales propias de la espontaneidad de la vida cristiana, a la vida interna de las instituciones religiosas, de los grupos, asociaciones y movimientos apostólicos y a la misma acción apostólica que los bautizados realizan cotidianamente y de modo informal. Sobre todo esto el obispo debe vigilar por la autenticidad de la vida cristiana pero no es objeto de la coordinación pastoral del obispo.

Pero, la acción apostólica que todos éstos realizan como Iglesia y, de alguna manera, es oficialmente reconocida por ella, cae bajo el ministerio y la coordinación del Obispo y, por lo mismo, es objeto de planificación.

De este modo se respetan los diversos dones y carismas y, al mismo tiempo, se coordina toda la acción apostólica en favor de la unidad-santidad del pueblo de Dios, a la que Cristo condicionó la conversión del mundo.

Por qué la Iglesia debe planificar

- 1. Desde la antropología**
- 2. Desde la historia actual**
- 3. Desde la teología**
- 4. Desde la espiritualidad**
- 5. Desde la pastoral**
- 6. Desde la tradición de la vida religiosa**

Las razones que fundamentan la necesidad de un plan pastoral son múltiples. Las sintetizamos brevemente.

1. Desde la antropología

Cada persona, por ser racional, actúa siempre bajo el impulso de una intención o propósito más o menos explícito, más o menos válido y coordina cuanto es y cuanto tiene para alcanzarlo. Esto es verdad tanto para una madre que va al mercado como para el director técnico de un equipo deportivo o para el presidente de quien depende la suerte de una nación. Ninguna persona puede actuar sin una intención o propósito, explícito u oculto, en orden a cuya consecución organiza un conjunto de acciones. Es decir, ninguna persona puede actuar sin un plan.

2. Desde la historia actual

El cambio acelerado, permanente y cada vez más rápido, la interdependencia creciente entre personas, grupos y pueblos, la distancia creciente entre ricos y pobres –personas, grupos y pueblos–, las aspiraciones a la paz, a la justicia y a la salvaguarda de lo creado, la búsqueda de un nuevo sentido de vida y de convivencia social, etc. ponen a la humanidad ante la necesidad de redefinir no sólo las estrategias de su acción sino también los mismos fines de la convivencia humana. Sólo a la luz de nuevos fines la humanidad puede convivir en la justicia y en la paz, y hacer que converjan todas las energías y todos los recursos para el bien

universal de los pueblos. En este contexto la planificación participativa y libremente elegida en los diversos niveles y sectores del quehacer humano, según orientaciones compartidas por todos, puede llevar a la humanidad hacia la colaboración, cooperación y solidaridad necesarias para un mundo mejor.

Sumergidos en un mundo dinámico proyectado hacia el futuro, no podemos vivir ni actuar en función de un pasado que ya no existe ni de un presente que se nos escapa de las manos. Es necesario proyectarse hacia un futuro mejor que se debe construir a partir del presente. Esto exige una mentalidad de planificación que, de hecho, es una mentalidad y práctica común a todas las categorías de personas en todos los campos del quehacer humano.

3. Desde la teología

Todo lo que se acaba de decir vale para toda persona y, por tanto, para todo cristiano, para toda realidad eclesial y para la misma Iglesia. Todas estas realidades son mundo y forman parte del mismo.

Además, Dios nos ha revelado su misterio, su voluntad de salvación universal (mundo y cosmos) por Cristo en el Espíritu. Plan realizado a lo largo de siglos y del que hoy nosotros somos parte en la Iglesia y mediante ella.

El misterio de la encarnación, además, nos dice que Dios asumió todo lo que es humano, menos el pecado, para sanarlo y elevarlo a la dignidad de los hijos de Dios.

El misterio, por tanto, de la encarnación redentora, que por una parte nos ayuda a comprender la relatividad de todo lo

que es humano frente al Reino de Dios y a sus exigencias, exige al mismo tiempo el máximo de comprensión y colaboración, como lo demuestra el misterio vivido por María. De este misterio emerge una renovada responsabilidad en la búsqueda de la voluntad de Dios y en hacer que todo lo que somos y tenemos converja en la realización de la misma.

Por lo mismo, “de tal manera debemos fiarnos de Dios, que todo lo hagamos como si dependiese de nosotros; al mismo tiempo, debemos hacerlo como si nosotros no hiciéramos nada y todo fuera hecho por Dios” (S. Ignacio). También para el tema de la planificación vale el principio teológico: “Dios que te creó sin ti no te salva sin ti” (S. Agustín).

En definitiva, la encarnación nos dice que debemos actuar en todo como seres humanos conscientes y responsables y que nada es rechazado, a no ser el pecado, mientras toda la naturaleza humana con sus cualidades y capacidades es elevada a la dignidad de hijos de Dios. Por tanto, en nombre del misterio de Dios y del de la encarnación somos llamados a desarrollar los métodos en general y, concretamente, a planificar la acción que nos permite injertarnos conscientemente en el dinamismo de la historia de salvación. Como Cristo que eligió dar la vida por nosotros y, al momento oportuno, cuando llegó la hora, fue a Jerusalén para realizar su pasión, muerte y resurrección.

4. Desde la espiritualidad

La Iglesia, en su tradición, unió siempre el tema de la espiritualidad (don de Dios y aceptación por parte de las personas) a la ascesis, es decir, al esfuerzo humano y a los métodos necesarios para alcanzar la perfección. Pero no es

que la persona pueda alcanzar a Dios, aprehenderlo, como si fuera una propia conquista. Es Dios que viene a nuestro encuentro y se dona. No como respuesta a cuanto nosotros merecemos sino como don gratuito de quien es Amor. Si nosotros pudiésemos alcanzar a Dios, la ascesis se convertiría en un voluntarismo mecanicista.

Ninguna espiritualidad –núcleo catalizador del conjunto de los valores evangélicos que vivir como cristianos– puede expresarse históricamente sin una ascesis o disciplina, hecha de esfuerzos y métodos, que permite a las personas corresponder al don de Dios con todas las energías personales de que disponen. “Bienaventurados aquellos que hacen la voluntad de mi Padre que está en los cielos”.

En la historia de los últimos cinco siglos, la Iglesia ha desarrollado no sólo la teología espiritual desde la óptica de la vocación de la persona a la santidad sino que ha puesto su atención y ha valorizado la ascesis correspondiente. Por ello, además de pedir y motivar el esfuerzo personal, ha creado y difundido diversos métodos para la oración, la penitencia, el discernimiento, la ayuda fraterna, la programación de la vida espiritual personal, el examen de conciencia, etc.

La Iglesia en nuestro tiempo, en el Concilio Vaticano II, nos ha recordado que la vocación a la santidad se da en un pueblo, todo él santo y llamado a la santidad en Cristo Jesús (LG 9). Así, la Iglesia, superando todo riesgo de individualismo y de espiritualismo, busca no sólo nuevas motivaciones que susciten esfuerzos renovados por construir la unidad, sino también nuevos métodos que conduzcan a ello, como son los métodos de comunicación y diálogo, de oración y discernimiento comunitarios, de planificación y programación, etc. Sólo así un conjunto de personas pueden colaborar orgánicamente para el bien común de la Iglesia y del mundo.

Se dice que el Espíritu no puede ser aprisionado por los métodos. Y es verdad. Pero cuando esto se dice para negar la necesidad de los métodos o para disminuir su importancia en el camino espiritual, entonces hay que recordar que la encarnación en sí misma es un método. Dios quiso correr el riesgo de permanecer aprisionado en la condición humana. Pero sólo así la liberó de la esclavitud del pecado. Tanto es verdad que los santos han vivido con tal intensidad la voluntad de Dios y se han identificado de tal manera con ella, que de hecho han creado métodos correspondientes a las necesidades históricas de la Iglesia y de la sociedad. Basta recordar que gran parte de los sistemas educativos y asistenciales han sido creados por los santos y llevados adelante y difundidos por la Iglesia. Si es cierto que la invención y el uso de los métodos no hace al santo, es también cierto que los santos siempre han creado y asumido métodos para la extensión del reino de Dios en el mundo. Los santos han sido y serán siempre hombres de su tiempo.

Si es verdad que no se puede aprisionar el Espíritu en esquemas prefabricados es verdad también que el mismo Espíritu nos empuja a actuar con toda nuestra responsabilidad humana para hacer fructificar los dones que Él nos ha concedido. Es la parábola de los talentos, el valor de los frutos, el no limitarse a decir Señor, Señor... etc. Es del espíritu humano crear métodos pero sobre todo lo es del Espíritu Santo por cuya obra el Verbo se hizo carne y los apóstoles iniciaron la estrategia de evangelización del mundo.

5. Desde la pastoral

El tiempo, para la Iglesia que peregrina en el mundo, es el espacio que Dios le ofrece entre el “ya y todavía no” de la esperanza; es el trecho de un camino abierto a la fidelidad

creciente. El tiempo impone la progresividad, el desarrollo de todo por fases, etapas y ritmos que constituyen un límite respecto a la inmediatez que queremos, para alcanzar la situación definitiva. Por lo mismo, el tiempo es, a su vez, una posibilidad abierta a la libertad de opción, a la paciencia del paso posible, para caminar paso a paso hacia metas cada vez más completas y perfectas en el horizonte del Cristo total. Por esto, la Iglesia, en cuanto que es peregrina, está llamada a planificar su crecimiento en fidelidad a su vocación y para su progresiva realización en la santidad-unidad como pueblo de Dios.

6. Desde la tradición de la vida religiosa

Un argumento particular llega de la tradición de la vida religiosa que siempre ha buscado radicalizar lo que es común al ser de la Iglesia, según el propio carisma.

Cuanto se ha dicho sobre los métodos de oración, de penitencia, de corrección fraterna, de dominio de sí, etc., y que la tradición de la espiritualidad de la Iglesia nos ha transmitido hasta hoy, debemos reconocer que en su mayor parte ha surgido de la experiencia religiosa de aquellos que han sido los maestros de la vida espiritual y, en muchos casos, fundadores de institutos religiosos o de corrientes de espiritualidad (S. Pablo Abad, S. Benito, S. Domingo, S. Francisco, S. Ignacio, Sta. Teresa, S. Juan de la Cruz, Sta. Teresita... etc.). Precisamente el Concilio Vaticano II, en el documento sobre la Iglesia, en el capítulo VI, reconoce la validez de los caminos espirituales que las diversas familias religiosas ofrecen a sus miembros (cfr. LG 43). En estas experiencias han nacido las diversas formulaciones de los itinerarios de santificación o itinerarios espirituales hacia la santidad, vividos por los místicos cris-

tianos (S. Agustín, S. Tomás, S. Juan de la Cruz, S. Teresa, etc.).

Pero la experiencia religiosa no ha quedado reducida a los métodos que se refieren a la vida espiritual, entendida como vida interior, sino también a métodos que, refiriéndose a la totalidad de la vida de las personas y de la comunidad, se han traducido en acción apostólica y en una organización social de tipo empresarial como son, por ejemplo, las empresas agrícolas de los Benedictinos, las escuelas y los hospitales de muchos Institutos que funcionan, aún hoy, como si fueran un reloj. Organizaciones cuyo secreto ha estado en la perfección de la caridad, del amor a los hermanos, normalmente a los más necesitados, que han vivido aquellos que, a través de estas obras, dieron forma histórica hasta en los mínimos detalles al amor evangélico, hecho servicio y promoción de las personas y del ambiente en el que estaban injertados.

Todo esto ocurría en tiempos que podemos definir como prevalentemente “estáticos” (GS 5), en los que el cambio acontecía en tiempos muy largos, después de siglos. Pero hoy, en una sociedad prevalentemente dinámica, en cambio permanente, global y universal que camina rápidamente hacia una unidad planetaria cada vez más compleja (cfr. GS 1-10), las instituciones humanas y, por tanto, también las eclesiales y religiosas pueden asegurar su estabilidad y permanencia en el tiempo, en la medida en que organicen su adaptación permanente. Esto implica la creación de estructuras de participación y corresponsabilidad que permitan a todos la asunción de las propias responsabilidades en el momento de elaborar las propuestas orientadas al bien común, de tomar las decisiones oportunas y de ejecutarlas orgánicamente. Estructuras que expresan el dinamismo de la comunidad cuando, por la planificación-programación,

todos los miembros de un grupo social definen los propios fines, los objetivos comunes, los procesos de acción y los sistemas de evaluación que permiten canalizar las energías y las capacidades de todos en la realización de la propia misión.

Pero, como en el pasado, todas estas estructuras dinámicas y organizativas deben ser expresión del amor que se hace servicio mutuo para la edificación de Cristo, hasta alcanzar la perfección del hombre (cfr. Ef 4,13). Se trata de la caridad que construye la unidad en círculos cada vez más amplios, los de un grupo social y del ambiente en el que éste se encuentra. Entonces, la evangelización y la promoción humana resultan realmente un signo profético de la presencia del Reino de Dios, de su amor operante en medio de su pueblo.

Características de la presente propuesta

- 1. Entre un puro-método y un plan-receta**
- 2. Un pre-plan o “proyecto tipo”**
- 3. Es un proyecto “prospectivo”**
- 4. Un proyecto de evangelización
y de aplicación del Concilio Vaticano II**
- 5. Al servicio de la unidad y diversidad**
- 6. En coherencia con el Magisterio
y con los signos de los tiempos**

Como ya se dijo, desde el comienzo de las experiencias, una de las preocupaciones principales ha sido la de ayudar a los párrocos y luego a los Sres. Obispos a hacer un plan que al mismo tiempo respondiera a la necesidad de una nueva evangelización del pueblo de Dios y a la de transformación del modelo de Iglesia, según el Concilio. Para ello se trató de conjugar, en una síntesis operativa, cuatro componentes: la doctrina, la espiritualidad, la pastoral y el método técnico. Cada uno de estos componentes tiene su propio lenguaje, método y exigencias y, por lo mismo, no fue fácil encontrar la síntesis de vida y operativa, coherente con esos componentes.

Esto obligó a elaborar un proyecto con una serie de características que, a nuestro juicio, responden a diversas y razonables exigencias que provienen de los agentes de pastoral.

1. Entre un puro-método y un plan-receta

Durante todo el tiempo en que se fue elaborando el presente proyecto estuvieron presentes dos convicciones: la imposibilidad de ofrecer un puro método técnico de planificación pastoral y la imposibilidad, por el contrario, de ofrecer una propuesta completa en todos sus detalles, pronta a ser aplicada mecánicamente. Por ello, en el deseo de ir al encuentro del celo pastoral de los agentes de pastoral, principalmente los Obispos y Presbíteros, se ha optado por una vía intermedia, como se explicita más arriba.

1.1. La primera alternativa era la de ofrecer a todos los agentes de pastoral un método puramente técnico, de manera

que ellos fueran completamente libres para elaborar un plan que responda a las dos exigencias ya dichas: la de evangelización y la de transformación del modelo histórico de Iglesia. Esta alternativa no tiene posibilidad de éxito por varias razones y constataciones:

- a) En primer lugar, hay que señalar la desconfianza generalizada a los métodos, especialmente de planificación, por considerar que son deudores de una cultura eficientista y marxista, contrarios a la simplicidad evangélica, y que ponen el acento en las capacidades humanas, en vez de ponerlo en Dios mismo. La concepción de la espiritualidad, común a la mayor parte de los agentes de pastoral, rechaza los métodos por considerarlos contrarios a la espontaneidad del Espíritu.
- b) En segundo lugar, el clero y los religiosos, por su formación filosófica y teológica, están mentalmente y psicológicamente muy distantes de una concepción de la acción pastoral como algo operativo y global que abarca a todos y todo, aunque se hable constantemente de pastoral orgánica y de conjunto. Tampoco tienen sentido de itinerario pastoral, a no ser cuando hablan de itinerarios catecumenales aplicados a personas singulares o a pequeños grupos pero que excluyen, por creerlo imposible, cuando se quiere aplicar al conjunto del pueblo de Dios. En la acción pastoral predomina la visión de lo parcial, de lo sectorial, y por lo mismo los agentes de pastoral no están en condiciones de asumir una lógica operativa que les obligue a determinar los itinerarios específicos de cada campo de acción y un itinerario global en el que aquellos se integren armónicamente. Por una parte, la complejidad de esta operación los sobrecoge mientras, por otra, la armonía de una propuesta los atrae y les da la motivación para emprender el camino.

- c) En tercer lugar, es particularmente difícil para los agentes de pastoral mirar la realidad en sí misma y no desde un marco de referencia moral (moralismo), es decir, mirar la realidad en la objetividad de los datos y de la relación e interdependencia entre los mismos, independientemente de cualquier ideología y precedentemente a cualquier interpretación. Esto implica, para muchos, la pérdida de toda seguridad y superioridad y, por lo mismo, se oponen a esta operación sin darse cuenta de que sólo así salen de una actitud de “juez-superior” y entran en esa pobreza cristiana que permite entrar en el reino del amor y de la misericordia.
- d) El cuarto aspecto se refiere a la creatividad que todo método de planificación exige y que los agentes de pastoral en general no han desarrollado. Se encuentran poco preparados para el ejercicio de su creatividad, ya que su educación, en general, no ha desarrollado esta cualidad y la misma formación espiritual, especialmente del clero y de los religiosos, ha enseñado a prescindir de la imaginación y más bien a anularla, ya que se la consideraba como la “loca de la casa”, generalizando una advertencia de Sta. Teresa que podía ser válida para otros campos de la vida espiritual.
- e) Una quinta dificultad la constituye el mismo uso de un método técnico. Por una parte hay que hacer la transposición de un lenguaje técnico, aplicado normalmente a cosas materiales, a otro de tipo pastoral que usa otras categorías de acción y de clasificación. Además, en el momento de planear y planificar, habría que dar todas las respuestas ideales a los problemas teórico-prácticos que se plantea la pastoral. De lo contrario la gente se hace la ilusión de saber dónde va, cuando, en realidad, ha proyectado bajo forma de planificación su pro-

pia indefinición. El uso de un método técnico exige, también, un tipo de reflexión que debe articular en una síntesis, coherente con ese método, los múltiples elementos doctrinales, espirituales y pastorales que no siempre se poseen, que en muchos casos no son fáciles de descubrir en sí mismos y cuya armonización en una síntesis implica una serie de definiciones que, de hecho, no se quieren tomar. Otra cosa distinta es cuando esos mismos agentes llegan a descubrir la organicidad y armonía de lo que se les propone.

Si a pesar de estos argumentos se quisiera ofrecer un puro método, entonces se deberían tener en cuenta algunas condiciones. Ante todo, es necesario analizar la coherencia interna de cada método en sí mismo, es decir, si la lógica interna de las acciones conduce al objetivo que se quiere. Después, hay que verificar la capacidad de los mismos para ayudar a los agentes a comprender la situación con objetividad, a definir horizontes de futuro concretos, medibles y verificables, a determinar los caminos específicos en cada campo de acción y al mismo tiempo el camino de conjunto o de pastoral orgánica. Sin olvidar, además, que entre el método que se elige y la doctrina que se proclama debe haber una coherencia intrínseca. En concreto, como sucede en no pocos casos, no se puede querer una pastoral orgánica y de conjunto y luego elegir un método que “a priori” conduce a seleccionar algunas urgencias y a planificar una cierta respuesta a ellas. Estas son algunas de las exigencias que es preciso analizar desde el punto de vista metodológico y, quizás, ello daría, al menos en parte, la explicación del por qué de la ineficacia de ciertas planificaciones.

1.2. La otra alternativa consistía en dar una especie de recetario para la acción pastoral, cosa que de hecho mu-

chos parecen pedir y al mismo tiempo rechazarían. Pero este camino implica una profunda falta de respeto por la identidad de cada cual. Es una nueva forma de uniformismo y la negación misma de toda inculturación. Dar recetas puede aparecer como un servicio pero, en realidad, no es más que una forma de facilitar la comodidad y la pereza de quienes, por vocación, deberían procurar las respuestas más adecuadas a un pueblo al que se quiere servir, de acuerdo con la cultura y la experiencia del mismo.

1.3. Excluidos los dos extremos, se ha tratado de encontrar un camino intermedio. Es decir, un camino que fuera, al mismo tiempo, una propuesta concreta en aquello que es común al hecho de ser Iglesia y una propuesta metodológica que haga posible la aplicación de eso común, en un lugar determinado. Propuesta común en cuanto a un ideal de Iglesia comunión y a un itinerario básicamente común para lograr dicho ideal. Y esto para situaciones particulares que se analizan en cada caso, con un método determinado, el cual permite tanto la interpretación y la evaluación de cada situación a partir del ideal (diagnóstico) como la reexpresión, adecuada a cada lugar, del camino básicamente común (proceso operativo).

De este modo, como ya se dijo, se ofrece una visión pastoral y operativa coherente con el magisterio de la Iglesia y al mismo tiempo un método concreto para adaptar la propuesta a cada situación específica. De hecho, lo que es común al hecho de ser Iglesia se encuentra en la segunda parte de esta obra y en las primeras secciones de la cuarta parte. Mientras que lo que es diverso, propio de cada situación diocesana, se presenta en la primera y tercera parte y en la última sección de la cuarta. Son los capítulos dedicados a los aspectos metodológicos.

Así, se ha podido responder a varias exigencias, necesidades y urgencias de la Iglesia, hoy:

- a) la de encontrar, como iglesias locales, un camino de evangelización de todo el pueblo bautizado y de realización histórica del enfoque eclesiológico que la Iglesia da de sí misma en el Concilio Vaticano II;
- b) la de encontrar el “cómo” pasar del magisterio proclamado, a la práctica pastoral coherente;
- c) la de coordinar el conjunto de las acciones pastorales en un plan común al servicio de esa evangelización mientras, al mismo tiempo, se logran los objetivos propios de cada campo de acción; todo ello de modo que nada ni nadie esté aislado o disperso sino todo integrado en una verdadera pastoral de conjunto;
- d) la de encontrar una respuesta pastoral al problema de una nueva identidad de los Obispos y de los Presbíteros/Presbiterios que, superando los aspectos funcionales, los convierta en líderes espirituales del pueblo de Dios y gestores de un dinamismo que es del Espíritu;
- e) la de encontrar una coherencia existencial entre lo que se celebra y lo que se vive;
- f) la de ampliar los ministerios confiados a los laicos, no en razón de la falta de clero, sino en virtud de los sacramentos del bautismo y de la confirmación, además del sacramento del matrimonio;
- g) la de definir una organicidad funcional al crecimiento de la Iglesia en Cristo, en su vida y su misión;

h) en definitiva y, a nuestro juicio, la más importante, la urgencia de encontrar una síntesis, aunque provisional, entre la doctrina eclesiológica que ofrece el Concilio Vaticano II, la espiritualidad con que se ha de vivir el evangelio, la ascesis para conformarse al mismo y el método técnico adecuado para ello. Síntesis que se expresa en la espiritualidad de comunión y en la correspondiente ascesis comunitaria que incluye la planificación pastoral, como se dirá más adelante.

2. Un pre-plan o “proyecto tipo”

De este modo lo que se ofrece es **un pre-plan**, es decir, se ofrecen los elementos doctrinales, espirituales, pastorales y metodológicos para que cada diócesis, en base al análisis y al diagnóstico de su situación, elabore su propio plan pastoral y así construya su propia iglesia local de acuerdo con la propia situación eclesial, la propia cultura y contexto social y la propia historia, es decir, de acuerdo con las propias peculiaridades.

Por ello podemos decir, contrariamente a cuanto puede aparecer, que con el presente proyecto se ofrece **un cuadro de referencia común** para que las iglesias locales puedan vivir un proceso real de inculturación y, consecuentemente, puedan expresar una Iglesia autóctona, capaz de ofrecer su alteridad, su don peculiar, a las otras Iglesias.

Se trata, por tanto, de **un “proyecto tipo”** que nace de la lectura de los signos de los tiempos o interpretación en la fe de la situación del mundo actual y al que se da forma en cada lugar, al aplicarlo.

Se dice “proyecto” en el sentido de “propuesta” que contiene intencionalmente cuanto se quiere realizar y es “tipo”

por lo que tiene de común en cuanto única Iglesia de Cristo. Sólo cuando una diócesis concreta adopta este proyecto completándolo, adaptándolo y expresándolo según la propia realidad, entonces y sólo entonces, se habla de **plan**. Es decir, del conjunto de decisiones que toma una diócesis para su propio crecimiento, tanto en su vida como en el cumplimiento de su misión.

3. Es un proyecto “prospectivo”

El método para el cual se ha elaborado el proyecto y con el que hay que adaptarlo a cada diócesis para convertirlo en el propio plan es el de “Prospectiva”. Es un método que se basa:

- en la concepción del tiempo como algo abierto a la libertad humana (no como una repetición del pasado, ni como desarrollo de lo anterior, ni como salto histórico);
- y en la concepción de la persona como vocación, portadora de gérmenes de futuro a los que libremente da forma en ideales deseados y queridos.

El método parte del esfuerzo por hacer emerger las aspiraciones, expectativas, desilusiones, motivaciones, valores, propósitos, objetivos, etc. que normalmente están más o menos latentes en la conciencia colectiva de un pueblo o de un grupo humano (cultura).

A partir de ello, mediante un proceso creativo-imaginativo, se define un modelo utópico-imaginativo que expresa los sueños que toda persona tiene respecto al futuro de sí, de la familia, del trabajo, en nuestro caso, de la Iglesia. Sueños que, de hecho, revelan un mundo imaginario, irreal, en cier-

ta medida irracional, pero no necesariamente imposible. Es el mundo de lo “deseable”.

Ese mundo irreal es, a su vez, purificado y circunscrito mediante la reflexión doctrinal. Se pasa al mundo de lo racional. En nuestro caso, se discuten todos los componentes del modelo utópico a la luz de la doctrina teológica, psicológica, sociológica, espiritual y pastoral y se los circunscribe dentro una lógica orgánica. Así el modelo utópico se convierte en el “modelo prospectivo”, es decir, en el conjunto de los componentes que en su relación orgánica definen un modelo ideal, en nuestro caso, de la Iglesia en su “deber ser”. En este modelo ideal se expresa: el núcleo central del mismo, el conjunto de los rasgos que lo identifican, los diversos papeles de los agentes y su organicidad, los fines que lo justifican y el objetivo último que, como blanco de la acción, concretiza cuanto se quiere obtener. Es así como, del mundo de lo “deseable”, se pasa al mundo de lo “elegido” y “querido”.

Este modelo ideal, a su vez, como horizonte de futuro, deseado y querido, permite interpretar la realidad de la situación, de los diversos componentes de la misma, de los diversos y múltiples factores que la condicionan tanto en el presente como en el pasado y permite entrever los dinamos de futuro. La interpretación de la situación presente a la luz del ideal da como resultado la visión de la realidad desde dos ópticas: como situación-obstáculo y como situación-potencialidad para alcanzar el ideal deseado y querido. Es el diagnóstico o visión del presente como dinamismo de salvación y de muerte, de gracia y de pecado, de signos de la presencia operante de Dios y de la presencia del maligno. Es la visión cristológica de la historia.

Además, precisamente porque es deseado y querido, ese “modelo” ideal atrae la voluntad y la mueve a crear los ca-

minos y los medios para valorizar las potencialidades, superar los obstáculos y alcanzar lo que se propone. Es la atracción del ideal y no el simple cálculo de las posibilidades, la que determina y crea los medios y los procesos de acción que permiten el logro del ideal.

Por ello, el último paso consiste en una relación dialéctica entre el ideal y el diagnóstico para determinar y definir los objetivos que se quieren lograr, las etapas que hay que recorrer, las metas sucesivas que se proponen alcanzar, los medios que es preciso utilizar, los procesos de acción que se han de seguir, los programas e instrumentos que hay que usar, etc. Es la planificación y la programación prospectiva que, en nuestro caso, determina el camino que se ha de seguir de acuerdo con las etapas del camino catecumenal.

La elección del método prospectivo para la planificación pastoral responde a varias motivaciones:

- la concepción de la persona que subyace al método coincide con la visión antropológica cristiana de la persona llamada a “ser más, con y para los demás”;
- además, el método pone en evidencia el aspecto creativo de la misma persona y, por tanto, su capacidad de ser protagonista de la historia.

Desde otro ángulo, y en segundo lugar, el conjunto de la metodología o proceso lógico del método permite y ofrece un modo de hacer la lectura de los “signos de los tiempos” de una determinada diócesis. Permite, por tanto, una profunda contemplación interpretativa de la presencia de Dios en medio de su pueblo. No es un simple análisis sociológico basado en la cantidad de datos, resultantes de múltiples

encuestas, sino que es un análisis de la psicología colectiva, a modo del análisis del médico, que trata de encontrar, en la profundidad de la situación colectiva de la comunidad, el mal o problema fundamental que se interpone para el alcance del ideal y los múltiples obstáculos que impiden y las múltiples potencialidades que favorecen el logro del ideal. Así, por el diagnóstico se trata de descubrir las razones últimas de las múltiples insatisfacciones que una comunidad tiene en el presente para convertirlas en potencialidad de superación.

En fin, el motivo tercero y determinante de la elección del método es que éste es coherente con la teología de la esperanza y de las actitudes correspondientes. Esperanza que expresa la voluntad de Dios en un propósito de futuro, en una situación ideal futura, deseada y querida (objetivo). Puesta la confianza en Dios y en su poder para cumplir con sus promesas, la esperanza vive intensamente el “ya y todavía no” del presente (diagnóstico). Además, en la paciencia de la esperanza, se concentran las energías en el paso posible “aquí y ahora” (planificación), siempre abiertos a pasos ulteriores y que se viven en el anhelo del Señor que viene (oración). Así, en el dinamismo de la esperanza se experimenta el proceso de transformación de un pueblo llamado por Dios a la perfección de la santidad-unidad.

4. Un proyecto de evangelización y de aplicación del Concilio Vaticano II

Como ya se dijo, el plan pastoral está al servicio de la espiritualidad, es decir, al servicio de la conversión y crecimiento de la conciencia refleja de los valores de la vida cristiana o evangélica. Es el proceso de evangelización, de conversión-conformación al Evangelio de Jesucristo, al que el plan

debe servir. Este expresa el itinerario de fe que debe vivir el pueblo de Dios y como pueblo de Dios, teniendo en cuenta de forma particular a aquellos que comúnmente llamamos “alejados”, a las personas de buena voluntad y a los pobres, es decir, a todos aquellos que de algún modo “no saben, no pueden y no tienen”. Es la evangelización, además de la gente de buena voluntad, de las mayorías bautizadas que no se sienten identificadas con “esta” Iglesia visible porque no responde a sus expectativas y problemas. Esto lo exige la fidelidad a Cristo Jesús que vino al mundo para salvar no a los sanos que no tienen necesidad de médico sino a los enfermos. Él frecuentó a los pecadores y a los publicanos e indicó la evangelización de los pobres como signo de su mesianidad.

Es, al mismo tiempo, un plan cuyo proceso de evangelización debe conducir a un determinado modelo de comunidad-Iglesia. Toda evangelización auténtica conduce a la comunidad ¿pero a cuál, a qué tipo de comunidad? ¿Simplemente a la preexistente o a una renovada? Sin duda a la que la misma Iglesia intuye y nos indica en el Concilio Vaticano II en sus documentos fundamentales cuando se define a sí misma como Misterio y Sacramento (comunidad), Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo, Misión, Peregrina. Comunidad de fe, esperanza y caridad, espiritual y visible, que peregrina en este mundo como discípula de Cristo (cfr. LG 8 y 9). Esto, en concreto, significa que el proceso de evangelización debe ser al mismo tiempo un proceso por el que hay que pasar del antiguo modelo de Iglesia-sociedad-perfecta, o de lo que aún queda de él, a otro comunional, comunitario, sinodal.

Evangelización, en fin, que se expresa en un camino de fe vivido por el conjunto de los bautizados como Pueblo de Dios. Camino que comienza por un proceso kerigmático, de anuncio inicial y convocante, a partir de la situación, espe-

cialmente cultural y religiosa, en que vive ese pueblo. Camino que después continúa de hecho según el proceso catecumenal, dada la transformación cultural que vive el mundo actual y que afecta a toda la vida de los bautizados.

5. Al servicio de la unidad y diversidad

El proceso de evangelización y de transformación del modelo histórico de la Iglesia crea en algunos el temor de que un plan pastoral sea una nueva forma de imponer el uniformismo que experimentamos en el pasado. Pero un plan, si es coherente con la teología y se elabora con un método válido, respeta, da lugar y favorece las diversidades y al mismo tiempo las integra en la unidad.

De hecho, el proyecto que se presenta tiende a organizar el conjunto de las acciones en función de la concientización-evangelización del conjunto del pueblo o de la comunidad eclesial. Por eso, al mismo tiempo que todos contribuyen a este propósito, pueden realizar las acciones que competen a cada uno, con las diversidades que la realidad impone.

Así, el proyecto pastoral que se presenta es y conduce a la “unidad” en el sentido de que todos contribuyen, en forma cooperativa y coordinada, a la maduración colectiva de los valores evangélicos que determinan el crecimiento del conjunto. Al mismo tiempo es un plan diversificado, porque cada campo de acción tiene su propio objetivo y su correspondiente proceso de acción que, a su vez, es programado en cada lugar o ámbito de ejecución. Así el método técnico, por una parte, y el pastoral, por otra, llevan a un equilibrio entre unidad y diversidad. Con más razón se respeta lo que corresponde a la vida de las diversas realidades eclesiales y que no son objeto de planificación.

6. En coherencia con el Magisterio y con los signos de los tiempos

Es la Palabra de Dios, vivida en la Iglesia, actualizada por el Magisterio, la que fundamenta un estilo de Iglesia que tiene sus raíces en la experiencia del Pueblo del Antiguo Testamento y en la experiencia del nuevo Pueblo de Dios, la Iglesia peregrinante. Es un pueblo en camino de santificación hacia la plenitud de Cristo varón perfecto, guiado por la Palabra de Dios, expresada en las Sagradas Escrituras y en la vida de la Iglesia.

Es, así, un proyecto basado en el Magisterio de la Iglesia, a partir del Concilio Vaticano II, especialmente en su visión sobre la Iglesia y sobre el Mundo que se encuentra en los documentos *Lumen Gentium*, *Gaudium et Spes*, *Dei Verbum*, *Ad Gentes*, *Sacrosanctum Concilium*, *Presbyterorum Ordinis*, *Apostolicam Actuositatem*, *Perfectae Caritatis* y *Unitatis Redintegratio*. A estos hay que añadir las múltiples encíclicas de los Papas y sus cartas apostólicas, fruto de los Sínodos, a partir de S.S. Pío XII hasta Juan Pablo II, pasando por Juan XXIII y Pablo VI. De ellas señalamos algunas particularmente indicativas: *Mystici Corporis*, *Pacem in Terris*, *Ecclesiam Suam*, *Evangelii Nuntiandi*, *Evangelica Testificatio*, *Catechesis Tradendae*, *Familiaris Consortio*, *Centesimus Annus*, *Christi Fideles Laici*, *Pastores dabo vobis*, etc. A estos hay que añadir los innumerables documentos de las Conferencias Episcopales tanto continentales (Medellín, Puebla, Santo Domingo) como nacionales.

En relación con el Magisterio de la Iglesia se puede decir que el presente proyecto es un esfuerzo leal y sincero por traducir en la práctica cuanto la Iglesia nos enseña a partir del Concilio, poniendo la atención no tanto en lo que puede ser objeto de discusión cuanto en aquello que ha sido ad-

quirido por la conciencia de la Iglesia y forma parte de su patrimonio salvífico. En este sentido va el testimonio de varios Obispos que consideran este proyecto como una forma concreta de traducir el Concilio Vaticano II a la vida.

Por otra parte, el proyecto tiene presente los “signos de los tiempos”, es decir la lectura en la fe de la situación histórica en que vivimos. Concretamente vivimos un tiempo caracterizado por:

- la aspiración a la unidad universal, fruto de la creciente interdependencia a nivel planetario en los diversos campos del quehacer de la humanidad: reflexión, investigación, formación de la conciencia, quehacer político, económico, social, cultural, militar, artístico, deportivo, etc. Es el proceso de integración en todos los niveles de la vida social, desde la relación entre los sexos hasta las relaciones internacionales. El mundo camina hacia la unidad planetaria, hacia un “poder” y una cultura planetarias, con infinidad de contradicciones, con el riesgo de anular identidades culturales y con la consiguiente reacción defensiva de las mismas;
- la aspiración a la paz, entendida como valor absoluto, contra quienes quieren la violencia armada como sistema para el logro del poder; la aspiración a la justicia, por la que se pretende la superación de las desigualdades que genera un sistema de lucro indiscriminado, unida a la tendencia al desarrollo integral de la persona humana, que no se limita a la consecución del bienestar material sino que incluye su dimensión social, cultural y religiosa; por la aspiración a la salvaguarda de lo creado, contra el uso indiscriminado de los recursos naturales que ponen en peligro la misma supervivencia de la humanidad sobre la tierra. Tres tendencias que se condicionan entre sí tanto para el bien como para el mal;

- la búsqueda de un sentido ético y espiritual de la convivencia humana que permita a la humanidad subordinar los intereses particulares al bien general y regule las relaciones internacionales y locales, de acuerdo con un código común de conducta humana.

Estos fenómenos del mundo actual, leídos a la luz del plan de Dios de salvación universal en la unidad, del Reino de Dios presente en germen y llamado a extenderse en el mundo con sus exigencias de justicia, paz, amor, verdad y santidad, de la Persona de Cristo, centro y fin de la historia, nos revelan una serie de signos tanto de la presencia de Dios operante en la conciencia de la humanidad como del espíritu del mal también presente en esa misma conciencia. Es una realidad reflejada en la parábola del trigo y de la cizaña.

La misma Iglesia se encuentra todavía marcada por diversas mentalidades, inclusive contrapuestas, en las que se suman elementos dispares, sin todavía alcanzar una imagen histórica bien definida. Vive como entre dos mentalidades que se entrecruzan en un estilo de vida muchas veces contradictorio. Por una parte una mentalidad pre-conciliar de tipo autoritario, verticalista, individualista, legalista y disciplinar, connivente con los poderes temporales de turno y, por otra, una mentalidad de comunión, de diálogo, de participación, de corresponsabilidad y de compromiso con todos aquellos que luchan por la justicia y la paz. Una Iglesia marcada por el pasado y otra de tipo profético que conviven en un constante esfuerzo por alcanzar una renovada coherencia evangélica. A esta Iglesia en búsqueda, consciente de la necesidad de renovarse comunitariamente, se dirige esta propuesta para pasar de un modelo a otro en forma lenta, progresiva y global.

En relación, pues, con los signos de los tiempos se puede decir que el presente proyecto es un esfuerzo leal y sincero por responder a la humanidad actual en su aspiración por un mundo mejor, según los signos de los tiempos.

Y decir que el presente proyecto es coherente con el magisterio de la Iglesia y con los signos de los tiempos, es lo mismo que decir que es fiel a Dios y al hombre. Al menos lo quiere ser. Al lector le corresponde llegar a la conclusión sobre si esta propuesta es o no conforme a la voluntad de Dios.

CONCLUSIÓN

Al concluir esta primera parte introductoria se ha hecho ciertamente un largo camino. Se han tratado de definir los términos de muchas palabras corrientes en el lenguaje eclesial; de dar una respuesta a las dificultades más comunes que se ponen a la tarea de la planificación; de entrar en la profundidad del enfoque fundamental y de las motivaciones últimas que sostienen, exigen y dan sentido al proyecto que se presenta: la espiritualidad de comunión.

En esta “comunión”, constitutiva del ser de la Iglesia y su “espiritualidad”, encuentra su razón de ser la planificación pastoral, ascesis global de esa misma espiritualidad. Si se ha logrado la comprensión de esto, se ha encuadrado realmente en su justo lugar y sentido todo cuanto se dirá sucesivamente.

El proyecto o propuesta pastoral que se ofrece no quiere ser otra cosa que un modo orgánico de vivir y construir la unidad que Cristo ha iniciado, querido yorado. Unidad que la Iglesia está llamada a mostrar en la historia como signo de la unidad del mundo (LG 1). Es el misterio de la comunión con Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

ÍNDICE

Presentación	5
Esquema general	7
<i>Cuaderno Nº 1</i>	
Presentación General	
Parte Introdutoria: Presupuestos	9
Presentación	11
Sentido de esta obra	11
Qué se ofrece	14
Destinatarios	16
Agradecimiento y dedicación	17
Introducción	19
1. Algo de historia del proyecto y su aplicación	21
1. Antecedentes remotos	24
2. Antecedentes próximos:	
el Proyecto de Renovación Parroquial	26
Las investigaciones	26
Las experiencias	27
3. El Proyecto Diocesano de Renovación/ Evangelización (PDR/E)	29
4. Algunos frutos de las primeras experiencias	34

2. Los desafíos del mundo a la Iglesia	37
1. La democratización del poder mundial	40
2. Unidad y diversidad	41
3. Ecología.....	43
4. Una ética común	45
5. Una espiritualidad de las relaciones	47
3. La Iglesia ante estos desafíos	51
1. Ser ella misma.....	53
2. Opciones pastorales.....	54
2.1. Opción por la globalidad	55
2.2. Opción por la espiritualidad de comunión o comunitaria	56
2.3. Opción por la comunidad como sujeto	57
3. Conversión pastoral.....	58
4. Exigencia fundamental: proyectar el futuro	59
4. La espiritualidad de comunión	61
1. Qué se entiende por espiritualidad	63
2. La espiritualidad del Concilio	64
3. En qué consiste esta espiritualidad (sus componentes esenciales).....	65
5. Características de la espiritualidad de comunión	69
1. La esperanza	71
2. La participación	73
3. La reconciliación-conversión-renovación comunitaria	74

4. El diálogo	77
5. El discernimiento comunitario	79
6. La comunicación de bienes	81
7. La liturgia y oración	83
6. Originalidad de esta espiritualidad	87
1. Espiritualidad de Iglesia en cuanto tal	89
2. Espiritualidad de Iglesia local	90
3. Espiritualidad “nueva”	91
4. Espiritualidad fundamento de todas las otras espiritualidades	92
5. Espiritualidad mariana	93
7. La ascesis comunitaria y el plan pastoral	95
1. Qué se entiende por ascesis	97
2. La ascesis comunitaria	99
3. Plan pastoral y ascesis comunitaria	102
a) Necesidad de un plan global	102
b) El plan pastoral fruto de la ascesis comunitaria	103
c) El plan, instrumento de la ascesis	104
8. Pastoral: espíritu y acción	107
1. Qué se entiende por pastoral	112
2. Servicio, ¿en qué sentido?	114
3. Los destinatarios	115
4. El sujeto-agente	116
5. Los medios	117
6. El fin	118
7. Algunas exigencias o criterios de acción pastoral ..	118

9. Pastoral de conjunto y planificación pastoral (Directorio Pastoral de los Obispos)	121
1. Pastoral orgánica o de conjunto	123
1.1. Acción común y orgánica (n. 103)	123
1.2. Exigencias de la pastoral orgánica (n. 104).....	124
1.3. Condiciones para una eficaz pastoral orgánica (n. 105)	124
2. Pastoral planificada/programada	125
2.1. Necesidad de la planificación y sus características (n. 148)	126
2.2. Elaboración del plan y aprobación del Obispo (n. 149)	126
2.3. Contenido del plan (n. 150)	127
10. Qué se entiende por plan pastoral	129
1. Qué se entiende por plan	131
2. Qué se planifica	132
3. Elección de un método	134
4. Simplicidad-complejidad de un plan	136
5. Qué es un plan de acción pastoral	138
11. Por qué la Iglesia debe planificar	141
1. Desde la antropología	143
2. Desde la historia actual	143
3. Desde la teología	144
4. Desde la espiritualidad	145
5. Desde la pastoral	147
6. Desde la tradición de la vida religiosa	148

12. Características de la presente propuesta	151
1. Entre un puro-método y un plan-receta	153
2. Un pre-plan o “proyecto tipo”	159
3. Es un proyecto “prospectivo”	160
4. Un proyecto de evangelización y de aplicación del Concilio Vaticano II	163
5. Al servicio de la unidad y diversidad	165
6. En coherencia con el Magisterio y con los signos de los tiempos	166
Conclusión	171

SERVICIO DE ANIMACION COMUNITARIA

Es un grupo intervocacional compuesto por laicos, religiosos, religiosas, presbíteros y obispos, que lo presiden en calidad de garantes, que está al servicio de la renovación-conversión de las iglesias particulares desde el horizonte de la unidad universal querida por Cristo para la salvación del mundo.

Nace de la inspiración y celo apostólico del P. Ricardo Lombardi, S.J. y de la voluntad explícita del Papa Pío XII, en 1952, como grupo internacional al servicio de la renovación y conversión global de la Iglesia y de la sociedad hacia situaciones cada vez mejores y más plenas de salvación en la unidad.

Aprobado por la Santa Sede como "Asociación privada de fieles", tiene su Sede central en Roma y está presente y actúa en 45 países de los cinco continentes.

Fundamentalmente este grupo se identifica por la promoción y animación de la "Espiritualidad de Comunión", caracterizada por la participación, el diálogo, el discernimiento comunitario, la reconciliación-conversión comunitaria, la comunicación de bienes, la esperanza, la liturgia y la oración.

Se identifica también por las Opciones que asume el grupo, a saber:

- opción por la lectura de los signos de los tiempos
- opción por la globalidad
- opción por el pueblo como sujeto histórico.

Tanto la "Espiritualidad de Comunión" como las "opciones" se traducen en Proyectos operativos, orientados a la renovación eclesial y a la transformación de la sociedad.

* Proyectos de Iglesia

El Proyecto Diocesano de Renovación; y al servicio de este mismo proyecto: - Proyecto de Pastoral Familiar, - Movimiento Juvenil Diocesano, - Movimiento Infantil Diocesano

Proyecto de Renovación de la Vida Consagrada

* Proyectos de Sociedad (en elaboración): - Medios de Comunicación Social / - Economía / - Política / - Salud / - Educación / - Informática

SEDE INTERNACIONAL - Via di Monte Altissimo 23 - 00141 Roma

Tel. 6 818-5678 - Fax: 6 871-91893 / Email: mondo.migliore@iol.it

Centro de Publicaciones del CELAM
Transversal 67 No. 173-71
A.A. 253 353 / E-mail: editora@celam.org
Santa Fe de Bogotá, D.C. - Colombia

Servicio de Animación Comunitaria
Carrera 6a. No. 35-37
Tels: 2327215 - 5657746 / Fax: 2855649
E-mail: sedacmmm@andinet.com
Santa Fe de Bogotá, D.C. - Colombia

